

MINOTAURO 11

TIPTREE • LE GUIN • DAVIDSON • SMITH

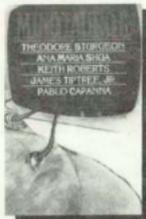
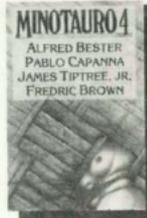


LA IMAGINACION

La ficción especulativa.
Las conjeturas de la ciencia y de la fantasía.
El pensamiento alternativo.
Cuentos, artículos, libros, cine, noticias.
Publicación trimestral de



Ediciones Minotauro



INDICE

-
- 2 *Minotauro 11*
-
- 5 *Etcétera*
-
- 9 JAMES TIPTREE, JR. *Música lenta*
-
- 49 URSULA K. LE GUIN *La ciencia ficción y la señora Brown*
-
- 67 EDUARDO J. CARLETTI *Ruta*
-
- 75 AVRAM DAVIDSON *La casa de los Blackeneys*
-
- 87 LAURA KRAUZ *Las tortugas de paja*
-
- 101 CORDWAINER SMITH *Hasta un mar sin sol*
-
- 125 CARLOS GARDINI *Libros: La persistencia de las visiones*
-

Director: MARCIAL SOUTO

Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

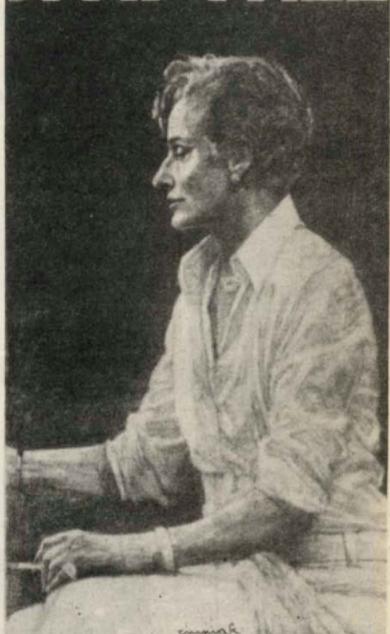
Corrección: ELVIRA IBARGÜEN

Ilustración de la tapa: CARLOS A. SANCHEZ



LILIANA OLIVERO DE ALBERTO OLIVERA

J. TIPTREE



El nombre **James Tiptree, Jr.** apareció por primera vez en una revista de ciencia ficción en 1968, firmando el cuento "Birth of a Salesman". Al año siguiente, su cuarto cuento, "The Last Flight of Doctor Ain", fue uno de los cuatro candidatos al premio Nebula. Cuatro años más tarde alcanzaría ese trofeo con "Love is the Plan, the Plan is Death". En 1974 obtuvo el Hugo por "The Girl Who Was Plugged In", y en 1976 el Nebula y el Jupiter por "Houston, Houston, Do You Read?". En 1977 se reveló su verdadera identidad: Alice Bradley Sheldon, nacida en 1915, psicóloga experimental, que durante la infancia recorrió con los padres Asia y África, acumulando una experiencia insólita para una niña, como ella misma relata (en tercera persona) para la publicación **Contemporary Authors**: "Se



Sánchez



Davidson



Krauz

descubrió tratando a... leprosos, reyes negros con piel de león, reyes blancos en ropas de tweed, esclavos árabes, santones y locos en el poder, poetas, asesinos, eunucos encadenados, actores de fama internacional con resfrios de cabeza, negros que comían a sus enemigos y un blanco que había comido a sus amigos; y sobre todo, mujeres; mujeres-objeto, deliberadamente hambreadas, deformadas, cegas y esclavizadas; mujeres con hábitos de monja salvando el mundo; una inglesa en **blommers** saliendo a caballo de su castillo a la cabeza de su ejército personal musulmán; mujeres, desde las esposas-esclavas de los "avanzados" **kkuyu**, rutinariamente torturadas, obscuramente mutiladas, hasta las libres y ricas matriarcas de Sumatra que dirigen la economía y trajeron seiscientos años de pacífica prosperidad a los **menang-kabau**" (v. "Las andanzas de un viejo primate", de Carlos Gardini, en **Minotauro**

3). Sheldon empezó a escribir durante los exámenes del doctorado, que vivió como un rito de tortura: "Un muchacho perdió las muelas del juicio, otro se vomitó sangre en la camisa, otras personas tuvieron problemas menos espectaculares. Yo escribí mi primer cuento de ciencia ficción." Aplicando su experiencia (durante muchos años trabajó para el Pentágono), Sheldon se fabricó una nueva identidad, alquiló una casilla de correo y abrió una cuenta bancaria a nombre de Tiptree, y empezó a enviar sus obras a los editores. Dieciocho años después de la aparición de su primer trabajo, se reconoce en Tiptree a uno de los indiscutidos maestros del género. "Cuando empecé a escribir", declaró en 1981, "sentí que me sacaba capas, como a una cebolla. Comencé a acercarme a las capas verdaderamente interiores, y creí que había llegado al hueco del centro. Escribí "Música lenta", que parece una marcha fúnebre, una

despedida. Esa era mi intención. Pensé que me había acabado, y que, típicamente, me iba a matar. Pero entonces tuve la sensación de que había algo más, después de todo. Encontré otra cebolla."

Eduardo J. Carletti nació en Buenos Aires en 1951, y trabajó como ingeniero de mantenimiento de computadoras en una empresa de exploración petrolera. "Ruta" incluye algunas de sus experiencias de viajero nocturno.

Avram Davidson (n. Nueva York, 1923) es justamente famoso como uno de los mejores cuentistas norteamericanos. Luchó en la guerra árabe-israelí de 1948-49, y empezó a publicar en 1954, y entre 1962 y 1964 dirigió **The Magazine of Fantasy & Science Fiction**. Es autor de diez novelas, y sus cuentos fueron agrupados en cuatro volúmenes: **Dr. All the Seas with Oysters** (1962), **What Strange Stars and Skies** (1965), **Strange Seas and Shores** (1971) y **The Enquiries of**

El Hugo

La Convención Mundial de Ciencia Ficción correspondiente al año 1985 tuvo lugar en Melbourne, Australia, entre el 22 y el 26 de agosto. El huésped de honor fue Gene Wolfe, y el premio Hugo, votado por los aficionados, recayó en las siguientes obras:

Mejor novela: **Neuromancer**, de William Gibson.

Mejor novela corta: "Press Enter █", de John Varley.

Mejor cuento largo: "Blood-child", de Octavia Butler.

Mejor cuento: "The Crystal Spheres", de David Brin.

Mejor libro de ensayo: **Wonder's Child: My Life in Science Fiction**, de Jack Williamson.

El premio John W. Campbell, reservado al mejor autor nuevo, fue otorgado a Lucius Shepard.

El World Fantasy

Durante un banquete realizado el 3 de noviembre pasado en Tucson, Arizona, fueron entregados los premios World Fantasy 1985. Estos son los ganadores: Obra completa: Theodore Sturgeon.

Mejor novela (empate): **Mythago Wood**, de Robert Holdstock, y **Bridge of Birds**, de Barry Hughart.

Mejor novela corta: "The Unconquered Country", de Geoff Ryman.

Mejor cuento corto (empate): "Still Life With Scorpion", de

Scott Baker, y "The Bones Wizard", de Alan Ryan.

Mejor Antología: **Clive Barker's Books of Blood** (tres volúmenes), de Clive Barker.

Mejor dibujante: Edward Gorey.

Premio especial: Evangeline Walton.

L. Ron Hubbard
(1911-1986)

La Iglesia de la Cienciología anunció en los primeros días de febrero la muerte de su fundador y guía, Lafayette Ronald Hubbard, acaecida el 24 de enero. Hubbard (v. **Minotauro** 1) se hizo famoso como escritor de ciencia ficción a fines de la década del 30. En 1950 publicó el ensayo **Dianetics**, donde está la semilla de su nueva religión. Desde 1980 no aparecía en público, y corría el rumor de que estaba muerto. En 1982 publicó su "space opera" **Campo de batalla: la Tierra**, y en 1985 apareció **The Invaders Plan**, primera parte de **Mission Earth**, una novela en diez volúmenes.

Frank Herbert
(1920-1986)

En febrero murió el famoso autor de **Dune**. Había publicado su primer cuento en 1952, y su primera novela (según muchos su mejor libro), **The Dragon in the Sea**, en 1956. Pero su fama se debe, ante todo, a los

seis libros de la serie **Dune**, aparecidos entre 1965 y 1985, de los que se han vendido treinta y cinco millones de ejemplares.

Libros del futuro
cercano

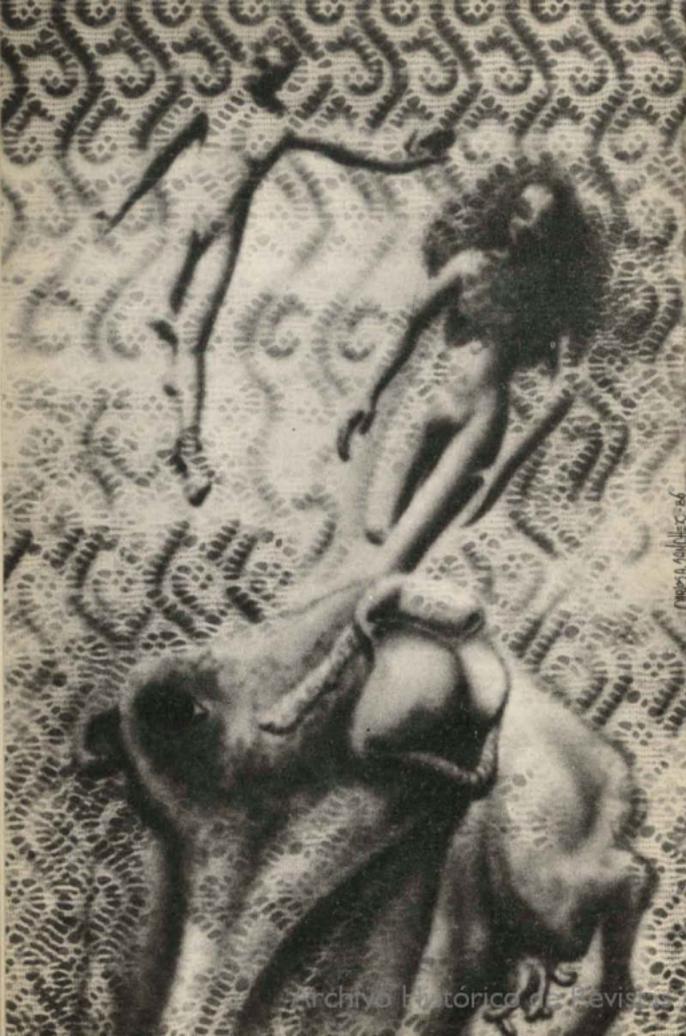
En 1985 una nueva casa editorial, Per Abbat Editora, se incorporó en Buenos Aires al mercado de habla española. En medio de la agobiante situación económica argentina, el lanzamiento de esta empresa se planteaba como una apuesta riesgosa (y como una excelente noticia, por cierto, para los autores interesados en hallar canales de publicación). En el curso de ese año, la nueva editorial abrió el fuego con tres libros de ficción (**El libro de las evocaciones**, de Guillermo Rodríguez; **Baleine**, de Paul Gadenne; **Cavemicolas**, de Héctor Libertella) y cuatro libros de ensayo (**Del conocimiento histórico**, de Henri-Iréné Marrou; **Psicoanálisis y crítica cultural**, de Elizabeth Wright; **Cuerpo y temblor**, de Francis Barker; **El testamento de Icaro**, de Igor Markevitch), todos ellos caracterizados por una elegancia gráfica que lamentablemente no es habitual en nuestro medio.

Las próximas propuestas editoriales de Per Abbat resultarán especialmente tentadoras para los interesados en lecturas científicas y filosóficas. **Espacio y relatividad**, de Françoise Balibar, es un atractivo y didáctico estudio

sobre la teoría de la relatividad donde se analiza el estrecho parentesco que une el pensamiento de Galileo y Newton con el de Albert Einstein; **La búsqueda del laberinto**, de Joseph Leo Koerner, propone una historia del laberinto, desde Micenas hasta nuestros días, no sólo como engendro arquitectónico sino como rasgo del pensamiento occidental; **La pesadilla**, de Ernst Hartmann, es un actualizado estudio de la pesadilla y otros fenómenos oníricos, donde este psiquiatra norteamericano se vale de su experiencia clínica y sus investigacio-

nes en el laboratorio de sueños para llegar a nuevas conclusiones sobre la biología de los sueños; **La mente: un ensayo sobre el sentimiento humano**, de Suzanne Langer, explora las más diversas disciplinas, desde la estética y la teoría de la evolución hasta la física y la antropología, para indagar las diferencias que separan la mentalidad humana de la mentalidad animal; **Educación y psicología**, de Egan Kieran, sugiere que ninguna conceptualización psicológica resulta aplicable a los problemas de educación.

Los planes de publicación de Per Abbat también incluyen **Éxodo y revolución**, de Michael Walzer; **Historia y verdad del unicornio**, de M. Green; una edición crítica del poema **Altazor**, de Vicente Huidobro; **Escritos lógicos filosóficos**, de Gottlob Frege; **Una teoría de la acción humana**, de Alvin Goldman; la novela **Apuestas**, de Andrés Rivera; libros de cuentos de Cristina Siscar y Luis Gusmán; y un volumen de Pablo Capanna que incluye ensayos sobre J. R. R. Tolkien, C. S. Lewis, Olaf Stapledon y Ernst Jung.



JAMES TIPTREE, JR.

MUSICA LENTA

*Todo desemboca
en el Río. Y el Río
¿dónde desemboca?*

ILUSTRACION DE CARLOS A. SANCHEZ

*Caoilte agitando el cabello ardiente
y Niamh clamando: "Ven, ven;
vacía tu corazón de su sueño*

*"mortal...
Apartamos al hombre del acto de
[su mano,
lo apartamos de la esperanza de su
[corazón."*

W. B. YEATS

Se encendieron luces en el parque cuando Jakko pasó frente a la casa, focos y reflectores elegantemente ocultos que convertían la noche en una sala amplia y acogedora. La hirsuta arcada formada por las coníferas bajaba hacia el lago negro que se extendía al pie del farallón. Notó que éste había sido un hogar

amado; cada recurso del lujo se sometía a la preservación de la belleza de la costa boscosa. Caminaba en una alfombra de violetas y musgos, llevando en la mano el mapa que lo había guiado hasta aquí desde la ciudad.

Reinaba el silencio que precede al amanecer. Un pájaro nocturno de alas largas descendió para capturar una última mariposa en la cúpula de luz. Ante él brillaba una resplandeciente punta de lanza. Jakko vio que era el extremo fosforescente de un mástil contra las estrellas. Bajó por escalones aterciopelados para encontrar un pequeño velero que flotaba junto al muelle como una hoja de plata reflejada

en un espejo oscuro. Lo abordó en silencio, tocó el mástil.

Una vela de gasa se desplegó, las amarras se desprendieron sin ruido. La brisa del alba apenas inflaba la vela, pero el velero bogaba tersamente, trazando una estela cristalina. Jakko se dispuso a saltar. No sabía nada sobre esos juguetes, le convenía buscar otra embarcación. Mientras tanto, las luces de la costa se apagaron, dejándolo a oscuras. Se volvió y vio que Regulus despuntaba adelante, donde debía estar el canal. Aun así, esta embarcación no era para él. Tironéó del timón y la vela, tratando de girar.

Pero el pequeño velero seguía adelante, y entonces Jakko vio las luces de un pequeño computador que relucían junto al mástil. Se relajó; no era un juguete, sino que la embarcación estaba programada, y él presentía cuál sería el rumbo. De pie, escrutó el cielo como un hombre-estatua desliziándose en un reflejo oscuro.

El horizonte cambió hacia el este, velando las estrellas a medida que él se acercaba. Ahora veía el canal, un tajo plateado entre barrancas oscuras. El velero pasó sobre bajos titilantes donde algo chapoteó con fuerza, y se dirigió hacia el callejón brillante. Los colores plateados se volvieron plomizos, y las estrellas se esfumaron. Llegaba el día. Un gran rubor color perla se extendió allá adelante, se ramificó en franjas lavanda y en rayos de fuego oro coral que se derretían en la iridiscencia verde de arriba. Ahora el bote, se deslizaba por una cinta de luz furibunda entre barrancas

de perfil negro. Jakko miró hacia atrás y vio deslumbrantes nubes que se apiñaban como ciudades en el oeste. La vasta inminencia del amanecer. Suspiró.

Comprendía que esta demostración de gloria no era más que el efecto del polvo y el vapor en la delgada capa de aire que rodeaba un pequeño planeta, sobre el cual él se arrastraba sin alas. Ninguna vastedad meditaba; el planeta sólo giraba con el bañado en los rayos de su mediocre estrella primaria. La familia de Jakko, todos, sabían que en el Río se hallaba la Galaxia misma en su gloria. Un sinfín de soles, una magnificencia ante la cual esto no era nada. No obstante, esto valía algo para él. Le pertenecía íntimamente, estaba hecho a su medida. Soltó un ambiguo sonido gutural. Lamentaba la trivialización de esta belleza, y lamentaba ser conmovido por ella. De modo que siguió viaje, aferrando ociosamente la cuerda de la vela como un hombre que sujeta el viento, la cara turbada y muy joven.

La pequeña embarcación hendía tenazmente el lustre cimbreante del canal. Cuando despuntó el sol, Jakko oyó un murmullo tenue adelante. Las rompientes. Pensó en las personas que habían realizado ese viaje antes que él: la familia del velero, saboreando sus últimos días de mortalidad. Un viaje feliz, un picnic. El pensamiento le recordó que tenía hambre; el sintetizador del último vehículo andaba mal.

Ató la cuerda y buscó. La embarcación se había reaprovisionado de agua, pero había una sola barra

alimenticia. Jakko se tendió en la cabina acolchada y comió y bebió cómodamente, mientras el cielo se volvía turquesa y después cobalto. Pronto salieron a una enorme laguna y navegaron hacia el sur entre islas bajas. Jakko hundió la mano en el agua y probó su gusto salobre. Cuando el velero giró de nuevo hacia el este y buscó una salida al mar, Jakko se sintió aun más seguro: la embarcación estaba programada para el Río, como casi todas las cosas en el mundo que conocía.

Por cierto, la pequeña barca atravesó una caleta y buscó una abertura más allá de una playa larga, desplegó los aparejos y pasó como un corcho sobre la espuma de los arrecifes para lanzarse hacia las grandes y profundas olas verdes. Allí cabeceó una vez y se estabilizó; Jakko supuso que habría activado una quilla. Luego viró hacia el sur y avanzó a lo largo del arrecife, firme como un cuchillo con el viento en la popa. Iba hacia el Río, sin duda. El lugar del-Río más cercano se llamaba Vidalita o Beata, y a veces Falaz. Estaba muy lejos hacia el sur, tierra adentro. Jakko supuso que se dirían hacia un punto donde una vía se encontraría con el mar. Aún tenía tiempo para pensar, para luchar con el problema que lo acuciaba.

Pero mientras el sol convertía el velero en un raudó pájaro dorado y blanco sobre una transparencia verde, Jakko cerró los ojos y se durmió, protegido de las salpicaduras de proa por deflectores invisibles. Una vez abrió los ojos y vio

un pez de color suspendido mágicamente en una ola. Sonrió y se durmió de nuevo, soñando con una gran ola moribunda, una ola que era una bestia de muchas cabezas. La cara se le entristeció, y movió los labios en silencio, como repitiendo: "No... no..."

Cuando despertó, navegaban a la izquierda de un largo farallón. En un peñasco había una casa o torre grande y blanca, no demasiado ruinosas. De pronto vio una figura en la playa. ¿Un ser humano? Se irguió para mirar. Hacía años que no veía a un humano desconocido. Si, era una persona viva, extrañamente coloreada de oro y negro. Jakko le hizo señas.

La persona de la playa alzó un brazo lentamente.

Eufórico, Jakko apagó el computador y aferró el timón y la vela. La línea de las rompientes parecía abrirse aquí. Viró hacia la costa, cabalgando sobre una ola enorme. Pero la ola lo abandonó a su suerte. Giró erráticamente, y la ola siguiente se desplomó sobre el velero, volcándolo y arrojando a Jakko al agua. Sabía nadar; emergió y braceó con fuerza hacia la costa, escupiendo espuma. Poco después llegaba a la blanca playa, un joven bajo, robusto y rojizo, de cabello claro y ojos azules y acuosos.

La persona caminaba hacia él con incertidumbre. Jakko vio que era una muchacha, una joven delgada y morena con un extraño sombrero reticular. Tenía el cuerpo envuelto en seda naranja y llevaba guantes gruesos en una mano. La seguían tres nerviosos perros lunares. Él se

extrajo el agua de los bolsillos del short mientras ella se acercaba.

—Tu... barco —dijo ella en el idioma de esa época. La voz era tímida y vacilante.

Ambos se volvieron para mirar hacia el confuso lugar donde el velero flotaba medio sumergido junto al arrecife.

—Lo apagué. El computador —dijo él, vacilante. Ninguno de los dos estaba acostumbrado a hablar.

—Se acercará a la costa por allá. —Ella señaló, aún estudiándolo con cautela y preocupación. Era mucho más pequeña que él—. ¿Por qué giraste? ¿No ibas hacia el Río?

—No —tosió él—. Bien, sí, en cierto modo. Mi padre quiere que me despida. Se fueron mientras yo estaba de viaje.

—¿No estás... preparado?

—No. Yo no... —Jakko se interrumpió.— ¿Estás sola aquí?

—Sí. Yo tampoco iré.

Se miraron con turbación en el viento marino. Jakko advirtió que los tres perros lunares estaban alineados en fila india, y avanzaban de puntillas hacia él con los ojos cerrados, olisqueando. Desde luego, no procedían de la luna, aunque daban esa impresión, pues eran blancos y de forma extraña.

—Es una alegría para ellos —dijo la muchacha—. Algo diferente. —Ahora hablaba con mayor firmeza. Al cabo de una pausa añadió: —Puedes quedarte aquí un tiempo si lo deseas. Te mostraré el lugar, pero antes debo terminar mi trabajo.

—Gracias —dijo él, tras recordar la palabra.

Mientras subían los escalones tallados en el peñasco, Jakko preguntó: —¿En qué trabajas?

—Oh, hago de todo. Ahora trabajo con abejas.

—¡Abejas! —exclamó él—. Las abejas fabricaban... ¿miel? Pensé que habían desaparecido.

—Tengo muchas cosas viejas. —Ella no dejaba de mirarlo atentamente mientras subían.— ¿Gozas de buena salud?

—Oh sí. ¿Por qué no? Soy alfa, por lo que sé. Todos los son.

—Eran —corrigió ella—. Aquí están mis colmenas.

Bordearon un parapeto y se detuvieron frente a cinco pequeñas chozas de mimbre. Un insecto zumbón rozó la cara de Jakko, saliendo de unos arbustos plumosos. El florido follaje bullía con esas criaturas murmurantes y doradas. Recordó que podían picarlo, y retrocedió.

—Será mejor que vayas por el otro lado. —Ella señaló.— Podrías lastimar a un forastero. —Ella se tapó la cara con el velo. Mientras él se alejaba, añadió: —Pensé que podrías dejarme encinta.

Él retrocedió, incapaz de reaccionar a causa del acoso de las abejas. —¿Pero no es eso terriblemente complicado?

—No lo creo. Tengo las pildoras. —Ella se calzó los guantes.

—Sí, las pildoras. Ya sé. —Él frunció el ceño.— Pero tendrías que quedarte. Es decir, uno no puede...

—Eso lo sé. Ahora tengo que trabajar con las abejas. Ya hablaremos. —Desde luego. —El echó a andar y se volvió de pronto.

—¡Mira! —exclamó. No conocía

el nombre de la muchacha—. ¡Eh tú, mira!

—¿Qué? —Ella lucía extraña, negra y naranja con grandes manazas y una cabeza cubierta por un velo.— ¿Qué?

—Lo sentí. Acabo de sentirlo... Deseo. ¿No ves?

Ambos miraron los shorts húmedos.

—Supongo que no —dijo él al fin—. Pero lo sentí, lo juro. Deseo sexual.

Ella se alzó el velo, frunciendo el ceño. —Persistirá, ¿verdad? ¿O volverá? Este lugar no es muy adecuado, con las abejas. Y no sirve de nada sin las pildoras.

—Así es.

Él se alejó, caminando con cuidado a causa de la tensión alrededor del hueso púbico. Como una quilla, dura y cortante. Su cuerpo entero parecía reorganizarse. Hacía años que no sentía esos fognozos, por lo menos desde que tenía quince. La mayoría de la gente nunca los sentía. Se mencionaban varias causas: el Río, o la supervivencia de los padres a los Siglos del Veneno, o el predominio del cerebro delantero en la raza alfa. Le daba un orgullo arcaico y secreto. Tal vez era una criatura atávica.

Atravesó frescas arcadas, y se encontró en un lugar verde y protegido detrás de la pared que daba al mar. Notó que era un jardín y observó, sorprendido, macizos de grandes plantas frutales, árboles extraños con esferas verdes en la copa, hileras desordenadas de hortalizas poco estéticas. Tentativamente, identificó tomates, pimien-

tos, una hoja plumosa que debía de tener una raíz comestible. Un huerto utilitario. En un tiempo su tío había divertido a la familia haciendo algo parecido, pero no en esta escala. Jakko meneó la cabeza.

En el centro del jardín había un brocal redondo con un aparato primitivo encima. Se acercó para mirarlo. Agua, un balde con una soga. Luego vio que también había una canilla. La abrió y bebió, mirando los extraños implementos apoyados en el brocal. Herramientas para la tierra. Prefirió no pensar en las palabras de la extraña mujer.

Una sombra se movió junto a su pie. El perro lunar más grande se le había acercado. —Hola —dijo él. Algunos de estos perros hablaban un poco. Éste abrió los ojos pero no dijo nada.

Miró en torno, enjugándose la boca. La ropa se le había secado bastante al calor del sol. En tres lados, el jardín estaba rodeado por arcadas; arriba, en la parte ruïnosa, había una torre cuadrangular de mampostería agrietada, sin techo. Un lugar grande, fuera lo que fuese. Jakko entró en la sombra de la galería más cercana, donde se amontonaban miles de objetos desmantelados o parcialmente ensamblados: herramientas, contenedores, quién sabía qué. ¿El "trabajo" de ella? El lugar parecía extraño, vibrante y activo. Advirtió que había entrado sólo en casas vacías en su viaje de un año. Ésta estaba viva y habitada. Desordenada. Zumbaba como las colmenas. Dobló hacia un corredor fresco, atisbando en cuartos donde había más cosas arrum-

oadas. En uno de ellos, tres animales blancos que no pudo identificar dormían en una cama sobre un paño. Movieron las orejas, que parecían grandes conchillas pálidas, pero no despertaron.

Oyó ruidos de picoteo y salió a otro patio donde aves blancas y rechonchas caminaban moviendo la cabeza espasmódicamente. "¡Pollos!", pensó, complacido por la irracional variedad de este lugar. Fue de aquí para allá dentro de una amplia sala con ventanas que daban al mar, y oyó un portazo.

Era la mujer, o muchacha, que venía hacia él, sosteniendo el sombrero y los guantes. El cabello era una gorra oscura y rizada sobre una cabeza elegante y pequeña: un efecto que él siempre había admirado. Recordó algo que debía decir. —Me llamo Jakko. ¿Cuál es tu nombre?

—Jakko. —Ella saboreó el sonido—. Hola, Jakko. Yo soy Ladrona de Duraznos. —Sonrió fugazmente, y su cara cambió por completo.

—Ladrona de Duraznos. —Él avanzó impulsivamente hacia ella, tendiendo las manos. Ella se puso el bulto bajo el brazo y tomó las manos de Jakko. Se quedaron así un instante, sin mirarse. Jakko estaba excitado. No sexualmente, sino como si hubiera una carga eléctrica en el aire.

—Bien. —Ella apartó las manos y se puso a desenvolver un paquete de hojas. —Traje un panel, aunque todavía no está listo. —Le mostró una estructura pegajosa con dos abejas muertas encima. — Ven.

Se dirigió de prisa hacia otro co-

rredor y entró en un cuarto lustroso que parecía un laboratorio.

—Mi cuarto de alimentación —dijo. Jakko se asombró de nuevo. Había un sintetizador, por cierto, pero al lado había estantes llenos de frascos, bolsas, jarras y recipientes de toda clase. Se veían implementos desconocidos y un hogar parcialmente tapado. Manojos de plantas colgaban de anaques. Jakko identificó como huevos unas formas ovoides depositadas en un cuenco. ¿De los pollos?

Ladrona de Duraznos limpiaba el panel con un cuchillo manual. —Uso la cera para mi telar, y para hacer velas. Luz.

—¿Qué problema tienen las luces?

—Ninguno. —Ella dio media vuelta, gesticulando enfáticamente con el cuchillo. — ¿No comprendes? Estas máquinas desaparecerán. No funcionarán para siempre. Se romperán, se gastarán, o se descompondrán. No estarán más. Entonces tendremos que usar cosas naturales.

—¡Pero antes de eso pasarán siglos! —protestó él—. Décadas, al menos. Todavía funcionan, y durarán lo suficiente para nosotros.

—Para ti —dijo ella desdenosamente—. No para mí. Yo pienso quedarme. Con mis hijos. —Le dio la espalda y añadió, con voz más cordial: — Además, las cosas viejas son estéticas. Te mostraré cuando oscurezca.

—¡Pero tú no tienes hijos! ¿O sí? —Jakko estaba desconcertado.

—Todavía no —dijo ella, sin verse.

—Tengo hambre —dijo él, y puso en marcha el sintetizador. Le hizo

fabricar una barra con un relleno duro; por alguna razón, quería triturarla entre los dientes.

Ella terminó con la miel y se volvió. —¿Alguna vez probaste una comida natural?

—Oh sí —dijo él, masticando—. Un tío mío hizo la prueba. Era muy sabrosa —añadió por cortesía.

Ella lo observó y sonrió otra vez: con recelo. Salieron del cuarto de alimentación. La tarde se disolvía en franjas doradas y anaranjadas encima del patio, colorida como la vestimenta de Ladrona de Duraznos.

—Puedes dormir aquí. —Ella abrió una puerta-persiana. El cuarto, pequeño y desnudo, tenía una ventana que daba al mar.

—No hay cama —objetó él.

Ella abrió un baúl y extrajo un bulto de cordeles. —Cuelga este extremo de ese gancho.

Cuando ella colgó la otra punta él vio que era una gran hamaca.

—Yo duermo en una. Son cómodas. Haz la prueba.

Él se encaramó torpemente. La hamaca lo envolvió como una bolsa. Ella soltó una risa dulce y corta, fugaz como su sonrisa.

—No, tíndete en diagonal. Así. —Ella estiró las piernas, provocándole un extraño escozor. —Así se nivela, ¿entiendes?

Todo andaría bien, pensó él, bajando. Ladrona de Duraznos señaló un balde tapado.

—Eso es para tus desechos. Al final, todo va a parar al jardín.

Él quedó pasmado, pero no dijo nada. Se dejó guiar, por una habitación con tanques de vidrio en las paredes, hasta un porche cubierto

frente al mar. Necesitaba una buena limpieza. El cielo ardía en cúpulas y espirales opalescentes, reflejos del ocaso, que pintaba colores asombrosos en el mar.

—Aquí es donde como.

—¿Qué es este lugar?

—Creo que antes era una estación marítima. La Estación Julieta. Estudaban los peces y el tráfico oceánico, rescataban gente y todo eso.

Lo distrajeran unos largos rayos azulados que convergían como sendas misteriosas en el horizonte; sombras nubosas arrojadas sobre el mundo. La belleza del polvo. ¿Por qué lo conmovía tanto?

—... incluso una sección médica —estaba diciendo ella—. De veras podría tener hijos. Es decir, si hubiera algún contratiempo...

—No hablas en serio —dijo él, ofuscado—. Ya no siento más deseo. Ella se encogió de hombros. —Yo tampoco. Hablaremos de ello más tarde.

—¿Siempre viviste aquí?

—Oh, no. —Ella extrajo frascos y platos de una caja aislante. Los tres perros lunares se habían acercado en silencio; ella les puso cuencos en el suelo. Los perros lamieron, echando miradas furtivas a Jakko. Eran muy fuertes pese a su aspecto raquítico.

—Sentémonos aquí. —Ella se acomodó en un extremo de la sala y se puso a morder con fuerza una cosa crocante que parecía un trozo de comida seca. Jakko notó que la muchacha tenía una magnífica dentadura. Contrastaba bellamente con la tez morena, que también le realzaba los ojos. Él nunca había visto

a alguien tan diferente de él y su familia. Vacilaba entre el interés y una vaga alarma.

—Prueba un poco de miel.—Ella le entregó un recipiente y una cuchara. Todo parecía limpio. Él la saboreó ávidamente; se hablaba mucho de la miel en los textos antiguos. Al principio sintió sólo algo ceroso y resbaloso, pero luego una abrumadora dulzura le envolvió la lengua. Era muy diferente de los dulces a que estaba acostumbrado. No se disipaba, sino que parecía penetrarle la nariz, y casi los oídos, de un modo vigorosamente físico. Una comida *animal*. Probó un poco más, cautelosamente.

—No te ofrecí mi pan. Necesita algún producto químico, no sé qué. Para alivianarlo un poco.

—¿No tienes una terminal de acceso?

—Hay algo que no funciona —dijo ella con la boca llena—. Tal vez yo no sé utilizarla. Nunca tuvimos una tan grande, pues éramos una tribu viajera. Ellos creían en las experiencias sensoriales.—Cabeceó, chupándose los dedos.— Fueron al Río cuando yo tenía catorce años.

—Muy pequeña para estar sola. Mi gente esperó hasta este año en que cumplí dieciocho.

—No estaba sola. Tenía dos primeros mayores. Pero ellos querían llevar un vehículo aéreo hacia el norte, a la parte del Río que llaman Final. Yo me quedé aquí. Es decir, nunca dejábamos de viajar, nunca vivíamos en ninguna parte. Yo quería hacer como las plantas, echar raíces.

—Puedo inspeccionar tu programa —ofreció él—. He visto muchos modelos diferentes. Pasé casi un año en las ciudades.

—Lo que necesito es una vaca. O una cabra.

—¿Por qué?

—Por la leche. Supongo que necesito un par.

Otra cosa animal; él pestañeó con disgusto. Pero era agradable estar sentado allí en la luz profunda y azul, junto a ella, oyendo el murmullo del mar.

—Vi muchos caballos —dijo—. ¿Ellos no usan leche?

—No creo que los caballos sirvan para dar buena leche —suspiró ella con preocupación. Parecía tener la cabeza llena de energía, hirviendo de planes y propósitos. De pronto alzó los ojos y emitió un chillido agudo entre los dientes.

Sobresaltado, él vio una cosa blanca en el aire, y luego dos más. Se asustó de ese furioso revoleo.

—Muy bien —les dijo ella—, a trabajar.

—¿Qué son?

—Mis murciélagos. Comen mosquitos y otros insectos.—Emitió otro chillido y el murciélago más grande se le posó en la mano y se puso a lamer miel. Tenía una cara pequeña y crispada.

Jakko se relajó de nuevo. Al menos, este lugar y su extraña habitante le estaban brindando recuerdos notables para el Río. Reparó en un fulgor tenue que se desplazaba allá donde el cielo oscuro se unía con el mar más oscuro.

—¿Qué es eso?

—Oh, el tren marino. Se dirige al puerto del Río.

—¿Lleva gente?

—Ya no. Mira, te mostraré.—Ella se incorporó de un salto. Estaba abriendo una consola en el rincón cuando una dulce voz de computadora le habló al aire.

—¡Tren Marino Foxtrot Nueve llamando a Estación Julieta! ¡Adelante, Estación Julieta!

—Hace años que no llaman —dijo Ladróna de Duraznos. Cambió de lugar unos recipientes—. Tren Marino, aquí Estación Julieta. ¿Tiene usted un problema?

—Afirmativo. Pasajero realizando actividades no estándar. Él-barrarella no se conforma a parámetros. Solicito instrucciones.

Ladróna de Duraznos reflexionó un instante. Luego sonrió.—¿El pasajero anda en cuatro patas?

—¡Afirmativo! ¡Afirmativo!—Tren Marino Foxtrot parecía aliviado.

—Sumínistrela cuencos de comida y agua en el suelo y no interfiera con él. Julieta fuera.

Ella apagó el aparato, y observaron la lejana telaraña de luces que se movía en el horizonte, transportando un animal.

—Tal vez un perro que sigue el olor de la gente —dijo Ladróna de Duraznos—. Espero que llegue bien... Hay grandes diferencias genéticas entre nosotros —continuó con otra voz—. Es decir, tú eres tan menudo, con otro tipo de cuerpo, y todo eso.

—Lo he notado.

—Daría una buena heterosis. Vigor.

Ella estaba hablando de quedar

encinta, del hijo con el cual fantaseaba. El se enfureció.

—Mira, no sabes lo que dices. ¿No adviertes que deberías quedarte y criarlo durante años? Quedarías comprometida, ética y moralmente. Y cada vez hay menos lugares-del-Río. Quizá llegues demasiado tarde.

—Sí —dijo ella, sombríamente—. Ahora que ha absorbido a todos, desaparece. Pero aun así deseo quedarme.

—Pero odiarías la situación, aunque te quedara tiempo. Mi madre la odiaba, hacia el final. Sentía que había comenzado a deteriorarse energéticamente, que su vida quedaría disminuida. Y además, ¿qué pasaría conmigo? Yo también debería quedarme.

—Sólo tendrías que quedarte un mes. Para mi ovulación. El padre no está comprometido éticamente.

—Sí, pero creo que es un error. Mi padre se quedó. Nunca dijo que lo lamentaba, aunque no sé...

—Sólo tienes que esperar un mes —dijo ella hurañamente—. Pensé que no tenías prisa por llegar al Río.

—No se trata de eso. No quiero sentirme comprometido, quiero viajar. Conocer más mundo, primero. Después de despedirme.

—Tú no entiendes nada —refunfuñó ella—. Claro que irás. Sólo que no quieres admitirlo. Irás, igual que Mungo y Ferrocil.

—¿Quiénes son ellos?

—Gente que pasó. Varones, como tú. Mungo estuvo el año pasado; creo. Tenía un coche aéreo. Decía que iba a quedarse, hablaba y hablaba. Pero dos días después se

marchó. Hacia el Río. Ferrocil estuvo antes. Iba caminando. Hasta que me robó la bicicleta.

El repentino furor de la voz sobresaltó a Jakko; ella parecía tener una relación primitiva y especial con su bicicleta, con sus cosas.

—¿También querías que ellos te dejaran encinta? —Jakko advirtió una rara intensidad en su propia voz.

—Oh, pensé en ello, con Mungo. —De pronto ella se volvió hacia él, los ojos abiertos en la penumbra como joyas de ribetes blancos.— ¡Te diré una cosa! ¡No iré! Estoy viva, soy una mujer humana. Me quedaré en esta tierra para hacer cosas humanas. Tendré una prole para continuar la raza, aunque deba morir aquí. ¡Vayan ustedes, sombras sin carácter!

La voz retumbó en la habitación oscura, tocando a Jakko en su médula dormida. Guardó silencio, como si hubiera sonado una campana sepultada profundamente.

Ella respiraba con esfuerzo. Luego se movió, y para sorpresa de él una pequeña llama brincó entre sus manos unidas, convirtiendo la habitación en una caverna.

—Esto es una vela. Esto soy yo. Vamos, búrlate como lo hizo Mungo.

—No me burlo —dijo él, escandalizado—. Pero no sé qué pensar. Quizá tengas razón. En realidad... en realidad yo no quiero ir, en cierto modo —tartamudeó—. Yo también amo a esta Tierra. Pero todo sucede tan de prisa. Déjame... —No pudo continuar.

—Háblame de tu familia —dijo ella con calma.

—Oh, todos estudiaban. Abordaron todos los enfoques que puedas imaginar. Lenguas antiguas, historia, tradiciones. Mi tía escribía poemas en inglés... Las capas de la tierra, el nombre de las células y los tejidos del cuerpo, joyas, todo. Especialmente las estrellas. Nos hacían memorizar mapas estelares. Así sabremos dónde estamos, al menos por un tiempo. Siquiera los nombres terráneos. Mi padre decía que cuando remontas el Río no puedes volver para buscar nada. Sólo tienes lo que recuerdas. Claro que puedes preguntar a otros, pero habrá tantas cosas nuevas...

Calló, preguntándose por millonésima vez: ¿es posible que me vaya para siempre hacia las estrellas, en la grandiosa y torrencial compañía de inteligencias extrañas?

—¿Cuántos niños había en tu tribu? —preguntó Ladrona de Durazos.

—Seis. Yo era el menor.

—¿Todos los demás remontaron el Río?

—No sé. Cuando regresé de las ciudades toda la familia se había ido, pero tal vez ellos esperen un poco. Mi padre dejó una carta pidiendo que fuera a despedirlo, y que le llevara cualquier cosa nueva que hubiera aprendido. Dicen que te vas despacio. Si me apresuro, quedará algo de su mente como para contarte lo que vi.

—¿Qué viste? Nosotros estuvimos una vez en una ciudad —dijo soñadoramente Ladrona de Durazos—. Pero yo era demasiado pequeña. No recuerdo nada excepto la gente.

—Ahora la gente se ha ido. Están

vacías, pero todo anda. Las lúces cambian, las vías funcionan. Yo no creía que todos se habían marchado hasta que revisé las oficinas de control central. Oh, había aparatos sensacionales —suspiró—. Cuánta belleza y complejidad. Es increíble que la gente la inventara. —Suspiró de nuevo, pensando en la maravillosa tecnología, en las creaciones abandonadas, deterioradas.— Una cosa extraña. En la ciudad más grande que vi, la antigua Chio, casi todas las pantallas de esparcimiento proyectaban la misma cinta.

—¿Qué era?

—Una muchacha, una joven de cabello largo. Casi hasta los pies. Nunca he visto semejante cabello. Estaba tendida en una especie de mesa, con la cabeza hacia abajo. Pero no había sonido, creo que el audio no funcionaba. Ella derramaba un líquido, muy despacio. Y después lo encendía, y se quemaba. Las llamas estallaban y la devoraban. Creo que era real. —Jakko se estremeció.— Pude verle la boca por dentro, la lengua que se ennegrecía y retorció. Era espantoso. La misma imagen en todas partes. Atascada.

Ella hizo un ruido de asco. —¿Y eso le contarás a tu padre, a su fantasma o lo que sea?

—Sí, es nueva información, y puede ser importante.

—Oh, si —dijo ella con desdén. Y luego sonrió.— ¿Y yo? ¿Yo también soy nueva información? ¿Una mujer que no va al Río? ¿Una mujer que piensa quedarse para tener hijos? Quizá sea la última.

—Eso es muy importante —dijo él, despacio, sintiendo una profunda confusión en las entrañas—. Pero no puedo creer que tú...

—Hablo en serio —afirmó ella con infinita convicción—. Daré vida aquí, y tendré hijos tuyos. O de otro hombre, si no te quedas. Y les enseñaré a vivir en la tierra naturalmente.

De pronto le creyó. Lo embargaba una emoción totalmente nueva, cargada de amaneceres y lazos sin nombre con la tierra; lastimaba sin dolor, como si una puerta oxidada se le abriera adentro.

Tal vez esto era lo que él buscaba a tientas.

—Creo... creo que te ayudaré. Quizá me quede contigo, al menos por un tiempo. Nuestros... nuestros hijos.

—¿Te quedarás un mes? —preguntó ella—. ¿De veras?

—No, tal vez me quede más tiempo. Para hacer más hijos, verlos y ayudarte a criarlos, como hizo mi padre. Cuando regrese de mi despedida, me quedaré.

La expresión de ella cambió. Se inclinó para tomarle la cara entre las manos delgadas y morenas.

—Jakko, escucha. Si vas al Río no regresarás. Nadie regresa. Nunca te veré de nuevo. Tenemos que hacerlo ahora, antes que te vayas.

—¡Pero un mes es demasiado tiempo! —protestó él—. La mente de mi padre no estará allí. Llegaré muy tarde.

Ella le clavó los ojos y lo soltó, retrocediendo con su dulce y breve risotada. —Sí, y ya se hace tarde para la cama. Ven.

Lo condujo de vuelta a la habitación, llevando las velas, y él se maravilló de nuevo ante la variedad de extrañas actividades que ella practicaba. —¿Qué es eso?

—Mi cuarto de tejer. —Bostezando, ella estiró el brazo y le mostró un paño pequeño y tosco. —Lo hice yo.

Era feo, pensó él; feo y patético. ¿Para qué confeccionar cosas tan inútiles? Pero estaba demasiado cansado para discutir.

Ella dejó que se aseara precariamente en el brocal del patio iluminado por la luna, después de mostrarle otro lugar para desechos en el jardín. Los desechos de otras personas olían mal, notó él con somnolencia. Tal vez ésa era la causa de todas las guerras antiguas.

En su habitación, se tumbó en la hamaca y se durmió al instante. Esa noche tuvo sueños caóticos: multitudes, tormentas, ecos y forcejeos en dimensiones extrañas. Su última imagen fue un gran torbellino que llevaba en la frente una joya que era una mujer dormida, arqueada como un embrión.

Despertó en la luz rosada del alba para encontrar la cara morena de la muchacha inclinada sobre él, con una sonrisa pícaro. Tuvo la impresión de que ella lo había estado observando, y saltó de la hamaca.

—Perzoso —dijo ella—. Encontré el velero. Date prisa y come.

Le dio un plato de madera con brillantes frutas naturales y lo condujo al jardín.

Cuando bajaron a la playa ella lo llevó hacia el sur, y allí estaba la pequeña embarcación, movién-

dose de aquí para allá, volcada en los bajos bajo la vela enredada. La quilla aún sobresalía. Plegaron torpemente la vela, y remolcaron el velero hacia aguas más profundas para enderezarlo.

—Quiero esto para los niños —repetía Ladrone de Duraznos excitadamente—. Además podrán pescar. ¡Oh, les encantará!

—Apoya tu peso en la quilla y aferra la baranda —le dijo Jakkó, haciendo lo propio. Notó que la seda se había aflojado a la altura de los senos de la muchacha, que eran altos y puntiagudos, muy diferentes de los de su tribu. Esa visión lo distrajo, relajó los muslos, y perdió pie cuando la embarcación se enderezó y le cayó encima. Al levantarse vio a Ladrone de Duraznos encaramada a bordo como un gato, aferrada del mástil.

—¡La vela! ¡Za la vela! —gritó, y volvió a hundirse de cara. Pero ella lo había oído, y la vela se abrió temblando como una gran ala, contrastando con el cuerpo brillante y moreno. Por primera vez Jakkó reparó en el nombre del velero, en la proa: *Gojack*, "Vete, amigo". Sonrió. Una profecía.

Gojack comenzaba a alejarse rumbo al arrecife.

—¡El timón! —gritó él—. Toma el timón y regresa.

Ladrone de Duraznos se acercó al timón y lo movió; él pudo ver su esfuerzo. Pero *Gojack* continuaba su marcha hacia el viento, acercándose con creciente velocidad a la rompiente. Recordó que ella había manipulado el mástil donde estaba el computador.

—¡Detén el computador! ¡Apágalo, apágalo!

Ella no podía oírlo. Jakkó la vio actuar frenéticamente, tironando del timón, aferrando cuerdas, tratando de derribar la vela. Luego pareció ver el computador, pero evidentemente no comprendía el funcionamiento. Entretanto *Gojack* se deslizaba con celeridad, reanudando el interrumpido viaje hacia el Río. Jakkó advirtió horrorizado que ella pronto estaría en aguas peligrosas; la rompiente retumbaba sobre las cabezas de coral.

—¡Regresa, salta de ahí! —La siguió a nado con todas sus fuerzas, pero avanzaba con penosa lentitud. Vio que ella aún forcejeaba con la embarcación, gritando algo que él no podía oír.

—¡SALTA!

Y al fin ella saltó, pero sólo para tratar de trabar a *Gojack* con las sogas de amarre. El velero titubeó y brinco, pero continuó su impetuoso avance, remolcando a la agitada muchacha.

—¡Suéltalo! ¡Suéltalo! —Una ola rompió sobre la cabeza de Jakkó.

Cuando pudo ver otra vez, notó que ella había soltado la embarcación y nadaba sin rumbo, observando cómo *Gojack* montaba las olas y se alejaba. Al fin regresó a la costa, y Jakkó le salió al encuentro. Lo embargaba una emoción desconocida, tan fuerte que le entorpecía los movimientos. Cuando tocó fondo, advirtió que era rabia.

Ella se le acercó, la cara deformada por el llanto. —El bote de los niños —gimió—. Perdí el bote de los niños...

—Estás loca —gritó él—. No hay ningún niño.

—Lo perdí... —Ella se le apoyó en el pecho, llorando. Él le golpeó la espalda, los costados, repitiendo, furiosamente: — ¡Local! ¡Estás chiflada!

Ella gimio con más fuerza, fro-tándose contra él, pequeña y desnuda y frágil. De pronto él se sorprendió arrojándola sobre la arena húmeda. Cayó sobre ella con el sexo hinchado y aplastado entre ambos. Por un instante todo fue confusión, y luego la sorpresa lo serenó. Se levantó para mirarse a sí mismo y Ladrone de Duraznos lo miró también, con ojos de asombro.

—¿Quieres ahora?

En ese momento él sólo deseaba hundirse en ella, pero una ola pequeña y arenosa los cubrió y de golpe él no vio más que ropa mojada y una muchacha escupiendo agua de mar. La magia se esfumó. Él se puso torpemente de rodillas.

—Pensé que ibas a ahogarte —dijo Jakkó, nuevamente furioso.

—Lo quería por ellos... —Ella aún sollozaba suavemente, mirándolo con desolación. Él comprendió que en realidad no se refería sólo al velero. Una sensación de compromiso inexorable lo invadió. Esta pequeña y loca criatura había creado una suerte de vórtice de energía alrededor de sí, y él era absorbido junto con animales, hortalizas, pollos, multitudes de cosas desconocidas. Sólo *Gojack* había escapado.

—Lo encontraré —masculló ella, retorciendo sus sedas, mirando el destello que se empequeñecía más

allá de los arrecifes. Él miró a esa muchacha fanática y vulnerable, y su paisaje interior se ladeó temiblemente, revelando una dimensión antigua y nueva a la vez.

—Me quedaré contigo —dijo roncamente. Se aclaró la garganta, pues le temblaba la voz—. Quiero decir que no iré al Río. Haremos nuestros hijos ahora.

Ella lo miró boquiabierto. —¡Pero tu padre! ¡Se lo prometiste!

—Mi padre se quedó —dijo él, dolorosamente—. Creo que es... lo correcto.

Ella se acercó y le aferró los brazos con las manos pequeñas.

—¡Oh, Jakkó! Pero no, escucha... yo iré contigo. Podemos empezar un hijo en el camino, estoy segura de ello. ¡Podrás hablar con tu padre y cumplir tu promesa, y yo estaré allí para asegurarme de que vuelvas!

—¡Pero estarías encinta! —exclamó él, alarmado—. ¡Correrías peligro de llevar un embrión al Río!

Ella rió con orgullo. —¿No puedes meterte en la cabeza que yo no iré al Río? Tan sólo te observaré y te sacaré. Veré de que vuelvas aquí. Por un tiempo, al menos —añadió con serenidad. Luego se le iluminó la cara—. Oye, veremos muchas cosas. ¡Tal vez encuentre una vaca o unas cabras en el camino! ¡Sí, sí! Es una idea perfecta.

Lo miró con alegría. Tentativamente, acercó los labios a los de él, y se besaron inexpertamente, saboreando sal. Él no sentía deseo, sólo una resonancia profunda, como un afianzamiento en la tierra. Los tres perros lunares observaban lastimeramente.

—¡Ahora comamos! —Ella lo arrastró hacia los escalones del peñasco.— Podemos comenzar con las pildoras ahora. ¡Oh, tendré tanto que hacer! Pero lo arreglaré todo, y saldremos mañana.

Ella era un torbellino. En el cuarto de alimentación buscó una pequeña caja color oro y la abrió para mostrar una pila de cápsulas relucientes, verdes y rojas.

—Las rojas con el símbolo masculino son para ti.

Ella tomó una verde, y tragaron solemnemente, compartiendo un vaso de agua. Él notó que el lacre de la caja estaba roto, y pensó en ese extraño que ella había mencionado, Mungo. ¿Hasta dónde habrían llegado? Una sensación desagradable y nueva creció en el estómago de Jakkó. Intuyó que se internaba en reinos de la experiencia más dudosos de lo que había pensado. Tomó su barra alimenticia y se alejó por las arcadas para calmarse.

Cuando regresó, ella parecía estar increíblemente atareada. Plegaba, llenaba y envolvía, cerraba ventanas y sujetaba puertas. De nuevo esa intensa relación con las cosas... Sintió una oscura irritación y se alegró de haber tenido una idea superior.

—Necesitamos una mapa —dijo—. El mío estaba en el velero.

—Oh, gran idea. Mira en la vieja sala de control. Tienes que bajar esas escaleras. El lugar asusta un poco. —Ella empezó a poner aceite en el telar.

Él bajó por una rampa blanca que se convirtió en una escalera dentro de un túnel, cruzó un portal

blindado y llegó a una sala circular dentro de la roca, tenuemente iluminada por troneras hundidas en largos conductos. Desde aquí se oía el ronroneo de la fuente de energía de la estación. Mientras se le adaptaban los ojos, distinguió un banco de pantallas sensoras y una gran consola. Al parecer la habían forzado para abrirla; habían derramado una especie de sellador sobre los circuitos.

Había visto antes un lugar como éste; comprendió de inmediato que desde aquí se controlaban terribles armas antiguas que volaban. Tal vez aún esperaban en sus agujeros ocultos, detrás de la estación. Pero el control maestro estaba desactivado desde hacía tiempo. Al acercarse a la consola vio que alguien había garrapateado algo en el sellador congelante. Sólo pudo distinguir las palabras: NO MÁS GUERRA. Sin duda éste era un altar de días muy antiguos.

Encontró un interruptor de luz que inundó el lugar con un resplandor frío, y comenzó a explorar los pasadizos laterales. Equipos antiguos, trajes, armarios llenos de máscaras y paquetes desmigajados que no pudo identificar. Entre ellos había algo útil: dos recipientes de tela para llevar cosas sobre la espalda, apenas un poco húmedos. ¿Pero dónde estaban los mapas?

Al fin halló uno en la pared de la sala de control, justo donde él había entrado. Alguien lo había actualizado con anotaciones apresuradas. Tiritó al comprender cuán antiguo debía ser esto; databa de un tiempo en que los Ríos aún no

habían tocado la Tierra. Apenas podía asirlo.

Estudiando el mapa, vio que había un gran puerto hacia el sur, a poca distancia. Desde allí una vía iba tierra adentro unos cien kilómetros, hasta un parque aéreo. Si Ladrona de Duraznos podía caminar veinticinco kilómetros llegarían al puerto al atardecer, y si los coches aún funcionaban el resto sería rápido. Todas las vías que había visto tenían coches en buen estado. Desde el parque aéreo una línea punteada iba hacia el sudeste entre montañas, hasta un gran círculo rojo con una cruz, y la inscripción ¡VIDA! Ese sería el Río. Esperaba que algún vehículo del parque aéreo pudiera volar, de lo contrario sería un largo trajín.

Aún tenía la brújula en el cinturón. Memorizó las instrucciones y regresó arriba. El patio ya era color azafrán bajo los pabellones del ocaso.

Ladrona de Duraznos estaba acucillada junto a la fuente, y al parecer entablaba una conversación con sus animales. Jakkó vio algunas criaturas que no había visto antes, que parecían vivir en una cabaña abierta. Tenían orejas largas y rosadas y narices móviles. ¿Conejos, o tal vez liebres?

Dos de los extraños animales blancos que él había visto dormidos estaban ahora bajo un banco, y parloteaban irritadamente con Ladrona de Duraznos.

—Mis mapaches —le explicó ella a Jakkó—. Están enfadados porque los desperté demasiado pronto. —Dijo algo con una voz aguda que Jakkó

no comprendió, y el mapache más grande cabeceó con altanería.

—Los pollos estarán bien —dijo Ladrona de Durzanos—. Lotar sabe cómo alimentarlos y conseguir los huevos. Y todos saben manejar la palanca del agua.—El otro mapache también asintió de mal humor.

—Los conejos son un terrible problema.—Ladrona de Durzanos frunció el ceño.—Tú no eres muy sensata, Eusebia —dijo cariñosamente, acariciando a la hembra—. Tendré que preparar algo.

El mapache grande protestó; Jakkó creyó captar la palabra "perro".

—Quiere saber quién zanjará sus disputas con los perros —explicó Ladrona de Durzanos. En ese momento, uno de los perros lunares se acercó y dijo con voz gruesa: —Nos-otros vamo-os.—Era lo primero que Jakkó le oía decir.

—¡Bien! —exclamó Ladrona de Durzanos—. ¡Eso lo soluciona todo! —Se levantó de un brinco y empezó a verter líquido de un balde sobre una hilera de plantas. Los mapaches blancos se alejaron en silencio con un andar saltarín.

—Me alegra que vengas, Tycho —le dijo la muchacha al perro—. Sobre todo si debo regresar sola con un niño adentro. Pero dicen que te sientes fuerte... al principio, al menos.

—No volverás sola —le dijo Jakkó. Ella sonrió con una expresión radiante, y neutra. Él notó que estaba vestida de otra manera; no se le veía tanto el cuerpo, y apartaba la mirada casi con timidez. Pero se excitó mucho cuando él le mostró las mochillas.

—Magnífico. Así no tendremos que enrollarnos las mantas en la cintura. De noche refresca, ¿sabes?

—¿Llueve alguna vez?

—No en esta época del año. Ante todo necesitamos linternas, comida y agua. Y un buen cuchillo para cada uno. ¿Encontraste el mapa?

Él se lo mostró. —¿Podrás caminar un buen trecho, si es necesario? ¿Tienes zapatos?

—Oh sí. Camino mucho. Especialmente desde que Ferrocil me robó la bicicleta.

El tono de resentimiento divirtió a Jakkó.

¡El empeño con que ella provisionaba su pequeño hábitat!

—Los hombres construyen monumentos, las mujeres construyen nidos —citó él de alguna parte.

—No sé qué monumento habrá construido Ferrocil con mi bicicleta —dijo ella con sarcasmo.

—Eres una salvaje —contestó él, con un raro dolor que estalló en una risa apagada.

—Nuestra raza necesita algunos salvajes. Será mejor que comamos ahora y vayamos a dormir para salir temprano.

Apenas hablaron mientras cenaban en el porche iluminado por el poniente. Jakkó observó soñadoramente los murciélagos blancos que aleteaban en el aire. Cuando miró a Ladrona de Durzanos, notó que desviaba los ojos con rapidez. Pensó que tal vez cenarían aquí cientos, miles de veces; tal vez toda la vida. Y tal vez hubiera niños corriendo alrededor. Él nunca había visto humanos más pequeños que él mismo. Era demasiado, y parecía

irreal. Siguió mirando los murciélagos.

Esa noche ella lo acompañó hasta la hamaca y permaneció allí, tímida pero terca, mientras él se acomodaba. Luego sintió que las manos de ella le bajaban por el cuerpo hacia la ingle. Al principio pensó que se trataba de una preocupación clínica, pero luego advirtió que le buscaba el sexo. La sangre empezó a martillarle.

—¿Puedo acostarme junto a ti? La hamaca es muy fuerte.

—Sí —jadeó él, tomándole el brazo.

Pero al tenderse junto a él, ella dijo con voz práctica: —Debo empezar a tejer una hamaca pequeña, ante todo. Del tamaño de un niño. Jakkó se enfurruñó.

—Mira, lo lamento, pero he cambiado de idea. Vuelve a tu hamaca. Ahora nos conviene dormir.

—De acuerdo.—Ella abandonó la hamaca.

Con una rara mezcla de tristeza y satisfacción, él oyó que los ligeros pasos se alejaban. Esa noche soñó con extraños crecimientos sensoriales, la tierra y el aire tumefactos; una mujer de labios sonrientes yacía en aguas verdes y claras, esperándolo, mientras los pájaros flacos y negros del amanecer se acercaban a la orilla del mar.

A la mañana siguiente comieron a la luz de las velas, y se pusieron en marcha cuando el cielo se volvía gris rosáceo hacia el este. La antigua carretera de coral blanco era buena para andar. Ladrona de Durzanos marchaba junto a él, la mo-

chila en la espalda. Los perros lunares trotaban serenamente detrás.

Jakkó se encontró absorto en la observación del paisaje cada vez más brillante. Cerros selváticos se elevaban a la derecha, y el mar se extendía a la izquierda, lustroso y titilante en el alba. Cuando una astilla diamantina de sol despuntó en el horizonte, sintió ganas de gritar ante el resplandor; las palmeras se inflamaron como antorchas doradas, y los contornos de cada fronda y piedra eran claros como gemas. Por un momento se preguntó si habría tomado algún alucinógeno.

Avanzaron en un sueño de luz y calor crecientes. Sopló el viento diurno, y jirones de nubes blancas volaron sobre ellos, trayendo momentos de frescura. El andar de ambos cobró ese ritmo que Jakkó amaba, sólo interrumpido por los tramos de carretera en mal estado. En esos lugares a menudo se sorprendían al ver que los perros lunares los esperaban sentados, tras abandonar en silencio la carretera para atravesar las malezas por cuenta propia. Ladrona de Durzanos avanzaba con empeño, y sólo una vez se detuvo para mirar el lejano centelleo blanco de Estación Julieta, casi fundido con el trémulo horizonte.

—Nunca había llegado tan al sur —comentó.

Él bebió un sorbo de agua y la obligó a beber a ella también, y ambos continuaron. La carretera comenzó a serpear, con suaves ascensos y declives. Cuando él volvió a mirar atrás, la estación había desaparecido. La extraordinaria lumi-

nosidad del mundo aún lo delectaba.

Cuando llegó el mediodía, él juzgó que habrían recorrido más de la mitad del camino que los separaba del puerto. Se sentaron en unos escombros, bajo las palmeras, para comer y beber, y Ladrona de Duraznos alimentó a los perros lunares. Luego extrajo la caja de píldoras de la fertilidad. Cada cual tomó la suya en silencio, con rara solemnidad. Luego ella sonrió.

—Te daré algo de postre.

Se desprendió un cuchillo curvo del cinturón y se puso a buscar entre las piedras. Regresó con una gran fruta pardo-amarillenta. Jakko observó cómo la atacaba con alarmante vigor; ella la mondó y luego usó una piedra para insertarle la punta.

—Toma —le dijo—. Bebe de ese agujero. —Algo líquido se agitaba adentro; cuando él bebió, le raspó la garganta. No tenía un sabor especial, pero era intenso como el día. Ladrona de Duraznos asestaba golpes al medio de la fruta, que de pronto se partió, revelando una carne vividamente blanca. Ella cortó un pedazo.

—Come esto. Está lleno de proteínas.

La carne era dulce y agudamente orgánica.

—¡Es un coco! —recordó él de pronto.

—Sí. No moriré de hambre al regresar.

Negándose a discutir, él se levantó para reanudar el viaje. Ladrona de Duraznos envainó el cuchillo y lo siguió, masticando un

trozo de coco. Continuaron en silencio un largo rato, dejándose llevar por el ritmo. Una vez, cuando un lagarto cruzó la carretera, Ladrona de Duraznos le dijo a un perro lunar: —Tycho, pronto tendrás que aprender a capturar y comer uno de éstos. —Los perros lunares miraron dubitativamente al lagarto pero no dijeron nada. Jakko sintió disgusto y pensó en otra cosa.

Ahora caminaba con el sol declinante a la derecha. Una bandada de grandes aves anaranjadas de pico azul se elevó graznando desde un árbol, donde aparentemente construían una estructura. Sombras nubosas cruzaban el mundo, arrojando reflejos azules y bronceinos sobre el mar. Jakko aún sentía que sus impresiones sensoriales eran casi dolorosamente agudas; un rayo de sol convertía la rompiente en una cadena de diamantes, y el verde traslúcido de los bajíos cercanos parecía hechizarle los ojos. Cada paisaje ardía en luz, como si lanzara un grito silencioso.

Él caminaba en un trance, sólo consciente de que la carretera había sido buena y pareja por un tiempo, cuando Ladrona de Duraznos soltó un grito.

—¡Mi bicicleta! ¡Allí está mi bicicleta! —Echó a correr; un metal brillante sobresalía de una zanja angosta. Cuando Jakko se acercó, ella alzaba una máquina junto al parapeto que bordeaba el camino.

—La rueda delantera... ¡Oh, la dobló! Debía de ir a demasiada velocidad y chocó aquí. ¡Ese Ferrocil! Pero la arreglaré, sin duda podré arreglarla en la estación. La

llevaré conmigo cuando regrese.

Mientras ella se lamentaba por la máquina, Jakko miró más allá del parapeto: un peñasco abrupto, y la caricia del sol sobre una playa rocosa. Había algo atascado entre las rocas: una maraña de estacas blancuzcas, tela, una cosa redonda. Con un nudo en el estómago, Jakko observó hasta descubrir con disgusto que la cosa redonda tenía cuencas oculares, una boca abierta en forma de U, mechones de pelo al viento. Nunca había visto un cadáver (nadie lo había visto), pero sí imágenes de huesos humanos. Temblando, advirtió que ése debía de ser Ferrocil. Debía de haber volado por encima del parapeto al tropezar con la zanja. Ahora estaba muerto, muerto desde tiempo atrás. Nunca remontaría el Río. Todo lo que había habido en esa cabeza estaba muerto, extinguido para siempre.

Sin saber lo que hacía, Jakko aferró a Ladrona de Duraznos por los hombros. —¡Ven —jadeó—, ven! —Ella se resistió confusamente, y él le asió el brazo y la arrastró para que pudiera mirar. La carne de la muchacha ardía y vibraba, el mundo entero disparaba colores y sonidos y olores contra Jakko. Las imágenes de Ferrocil muerto se mezclaban con el aroma penetrante de algunas flores de la carretera. De pronto lo alarmó un pensamiento; se detuvo.

—Escucha. ¿Estás segura de que esas píldoras no son alucinatorias? Sólo tomé dos y todo está desquiciado.

—Tres —dijo distraidamente La-

drona de Duraznos. Ella le tomó la mano y se la apoyó en la espalda—. Hazlo de nuevo, pásame la mano por la espalda.

Desconcertado, él obedeció. Cuando la mano pasó de la camisa de seda a los shorts delgados el cuerpo de ella onduló de un modo que espantó a Jakko.

—¿Lo sientes? El efecto lordótico —dijo ella con orgullo—. Sexualidad femenina. Está comenzando.

—¿Has dicho tres?

—Tomaste tres píldoras. Te di una esa primera noche, en la miel.

—¿Qué? Pero... pero... —El luchó por expresar la enormidad de ese abuso, boqueando de furia. Ahogándose, alzó la mano y le golpeó las nalgas con fuerza, haciéndola tambalear. Era la primera vez que le pegaba a alguien. Un perro lunar gruñó, pero él no le prestó atención.

—Nunca más me hagas... esos trucos... —Quiso aferrarle los hombros para abofetearle la cara. En cambio cerró la mano sobre un pecho; vio el cabello de ella al viento, como el del cadáver de Ferrocil. Una agobiante sensación de mortalidad combinada con orgullo lo dominó, inflamándole las vísceras. La figura muerta de Ferrocil lo excitó violentamente. ¡El, Jakko, estaba vivo! Renunciando a toda cordura, se arrojó sobre Ladrona de Duraznos, tumbándola en la carretera entre las flores. Forcejeó para abrirle los shorts, pero notó que ella lo ayudaba. Su pené hinchado era toda la realidad; superó todas las obstrucciones y de pronto estuvo oblicuamente dentro de ella. El placer creció, estalló e inundó las entra-

ñas de la muchacha, dejándolo agotado.

Parpadeando, luchando por la lucidez, se incorporó y se separó. Ella yacía desmelenada, con las piernas abiertas. Sollozaba o jadeaba extrañamente, pero también sonreía. Jakkó sintió en la garganta el gusto nauseabundo de la revulsión.

—Ahí tienes tu hijo —rezongó. Encontró su cantimplora y bebió. Los tres perros lunares se habían alejado y estaban sentados en fila, mirando con solemnidad.

—¿Me das un poco, por favor? —dijo ella en voz baja. Se incorporó y se arregló la ropa. Él le dio el agua y se pusieron de pie.

—Anochece —dijo ella—. ¿Acampamos aquí?

—¡No! —Él reanudó la marcha salvajemente, sin importarle que ella tuviera que correr para alcanzarlo. ¿Así eran los antiguos? ¿Violentamente apasionados, impudicos, indiferentes? Era increíble que hubiera copulado tan cerca de un pobre cadáver. Y el mundo aún atacaba sus sentidos; cuando ella lo alcanzó, Jakkó volvió a sentir la atracción escalofriante de su carne, y tiritó. Caminaron un rato en silencio; él notaba que ella estaba más cansada, pero sólo quería recorrer la mayor distancia posible.

—No tomaré más esas pildoras —dijo al fin.

—¡Pero tienes que hacerlo! Se necesita un mes para estar seguro.

—No me importa.

—Pero, ohhh...

Él no dijo nada más. Ahora atravesaban un promontorio baña-

do por el crepúsculo. De pronto la carretera giró, y se encontraron frente a una gran bahía.

Abajo las aguas estaban atestadas de embarcaciones de todo tipo, que cabeceaban vacías allí donde las habían abandonado. Algunas aún tenían luces que parecían gemas tenues en el aire opalescente. El *Gojack* debía de estar entre ellas. La última luz del ocaso brillaba sobre los rieles de una vía que conducía hacia el puerto.

—Mira, allá está el tren marino —dijo Ladróna de Duraznos—. Ojala que el perro o lo que fuera haya llegado a la costa... Allá podré encontrar un velero, hay muchísimos.

Jakkó se encogió de hombros. Luego notó que algo se movía entre las sombras de la estación del puerto y olvidó su furia el tiempo suficiente para decir: —¡Mira! ¿Eso es un hombre vivo?

Observaron con atención. Pronto la figura cruzó un lugar iluminado, y vieron que era una persona que avanzaba despacio entre los coches inmóviles. Se detenía unos instantes para examinar alguno y luego continuaba.

—Le pasa algo —dijo Ladróna de Duraznos.

Pronto la sombra del desconocido se fundió con un vehículo, y vieron que comenzaba a moverse. Avanzó despacio al principio, y luego aceleró dirigiéndose a los carriles centrales, subió por los rieles relucientes y pasó más allá de ellos para perderse en los cerros del oeste.

—¡La vía funciona! —exclamó Jakkó—. Acamparemos aquí, y mañana por la mañana iremos a

la estación. Ya está más cerca.

Le alegró tanto que la vía funcionara que charló animadamente con Ladróna de Duraznos mientras cenaban. Le habló de las ciudades y le preguntó qué lugares había visto la tribu de ella. Pero cuando ella quiso unir ambas mantas él se negó, y acomodó la suya en una saliente alejada. Los tres perros lunares se tendieron junto a ella con el hocico sobre las patas, de cara a Jakkó.

Él volvió a sentir repugnancia de sí mismo; el remordimiento se mezclaba con arrebatos de gozosa animalidad. Ocultó la cabeza bajo el brazo para tapar el brillante claro de luna y anheló olvidar todo, deseando que el cielo contuviera sólo estrellas frías y serenas. Cuando al fin se durmió no tuvo sueños. Despertó con ominosos tañidos en su oído interior. *El Caballo tiene hambre*, cantaban voces profundas. *¡La Mujer es mala!*

Despertó a Ladróna de Duraznos antes del amanecer. Comieron y partieron rumbo a la estación de las colinas; fue una marcha penosa hasta que llegaron a un viejo sendero de piedra caliza. Los perros lunares exploraban los alrededores con aparente satisfacción. Cuando llegaron a la estación, la encontraron llena de coches.

La caja de energía del primero estaba agotada. Lo mismo ocurrió con los siguientes. Jakkó comprendió que hacía el desconocido en la estación: buscaba un vehículo que funcionara. Los coches inservibles se extendían hasta la ladera; un triste espectáculo.

—Deberíamos regresar al puerto —dijo Ladróna de Duraznos—. Él

encontró allí uno que funcionaba.

Interiormente Jakkó le dio la razón, pero la irracionalidad lo embargaba. Escrutó la brumosa distancia.

—Iré allá, donde están los cambios.

—Pero queda tan lejos. Tendremos que desandar todo el camino...

Él se puso en marcha con obstinación; ella lo siguió. Era un largo trecho. Rodearon una curva y treparon una elevación. Había coches muertos por todas partes. Estaban casi en el carril principal cuando Jakkó vio lo que había esperado: un movimiento espasmódico en la línea. Nuevos coches llegaban adelante, empujando a los inservibles.

—¡Bien!

Bajaron hasta el coche recién llegado y todos subieron. Los perros se acomodaron en el asiento de enfrente. Cuando Jakkó comenzó a manipular los controles que los llevarían a la línea principal, sonó una alarma automática. La voz de un vóder amenazó con denunciarlo a la Central. Pese a las protestas del vóder, Jakkó guió el coche hasta atravesar los cambios, donde el vehículo se calló y aceleró para tomar el carril expreso.

—Qué bien manejas estas cosas —dijo Ladróna de Duraznos, con admiración.

—Tendrás que aprender.

—¿Para qué? Pronto no servirán más. Sé andar en bicicleta.

Él apretó los labios, pensando en los huesos blancos de Ferrocil. Se internaron silenciosamente en las colinas, y pasaron otras estaciones. Las percepciones de Jakkó aún eran

demasiado agudas. El mundo sensible rebosaba.

Pronto sintieron hambre; y descubrieron que los mecanismos automáticos del coche funcionaban bien. Bebieron proteínas y comieron una barra agradablemente frutada, y Ladrona de Duraznos encontró barras para los perros. El carril trepaba ahora hacia las montañas; el coche atravesaba túneles y salía a pasajes que ofrecían panoramas maravillosos. En ocasiones atisbaban una vasta pradera adelante. El familiar nudo de tristeza se tensó dentro de Jakko con mayor fuerza que de costumbre. Pensar que ese magnífico sistema terminaría siendo una pila de chatarra... Se imaginó tratando de mantenerlo, pero el recuerdo del patético paño tejido de Ladrona de Duraznos lo acosó como una burla.

Todo era un error, un terrible error. Sólo quería marcharse, escapar hacia la racionalidad y la paz. Si ella lo había drogado, él no era responsable de su promesa. No estaba comprometido. Pero la tristeza se agudizaba, no lo dejaba en paz. Cuando ella extrajo la caja de píldoras y se la ofreció, él sacudió la cabeza con violencia. —¡No!

—Pero tú prometiste...

—No. Odio sus efectos.

Ella lo miró en silencio y tragó su píldora en actitud desafiante. —Tal vez haya otros hombres junto al Río —dijo al cabo de una pausa—. Ya vimos uno.

Él se encogió de hombros y fingió dormir. Se había amodorrado de veras cuando el coche dio la alarma y frenó suavemente.

—Oh, mira adelante... ¡No hay más vía! ¿Qué ocurre?

—Han caído rocas. Un alud de las montañas, creo.

Descendieron entre otros coches vacíos que estaban aguardando la pausa prescrita antes de regresar. Después del último, la vía desaparecía bajo una interminable pila de rocas y esquistos. Jakko avistó un precario sendero.

—Bien, caminaremos. Tomemos las mochilas, y un poco de agua y comida.

Mientras estaban de vuelta en el coche, activando el sintetizador, Ladrona de Duraznos miró por la ventana y frunció el ceño. Cuando Jakko terminó, ella pulsó un código diferente y unos bultos pardos le cayeron en la mano.

—¿Qué es eso?

—Verás... Ella le guiñó el ojo.

Cuando iniciaron la marcha, se les acercó un pequeño grupo de caballos. Los dos humanos se apartaron cortésmente del camino de la manada. El caballo líder era un macho corpulento y amarillo. Se detuvo ante Ladrona de Duraznos y meneó la cabeza.

—Zu-gar, zu-gar —farfulló. Los demás caballos se reunieron y comenzaron a decir "zu-gar, zúcar", en diferentes grados de claridad.

—Esto sí lo sé —le dijo ella a Jakko. Y se volvió al potrero amarillo—. Ayúdanos a cruzar estas rocas. Luego te daremos azúcar.

—Zu-gar —insistió el caballo, con cara de pocos amigos.

—Sí, azúcar. Después que nos lleves hasta la vía que está más allá de las rocas.

El caballo revolvió los ojos desagradablemente, pero se acercó a los demás. Hubo cierta conmoción, y dos yeguas fueron empujadas hacia adelante.

—Para cabalgar necesitas silla y riendas —protestó Jakko.

—También se cabalga así. Vamos, —Ladrona de Duraznos se encaramó ágilmente al lomo de la yegua más pequeña.

Jakko trepó de mala gana al lomo gordo y redondo de la otra yegua. Para su horror, la yegua irguió la cabeza y soltó un relincho áspero.

—Tú también tendrás azúcar —le dijo Ladrona de Duraznos. El animal se calmó, y echaron a andar a lo largo del camino rocoso, en fila de uno. Jakko tuvo que admitir que era mucho más rápido que ir a pie, pero resbalaba a cada momento.

—Aférrate de la crin. Es esa parte velluda —le aconsejó Ladrona de Duraznos, riendo—. Yo también sé manejar ciertas cosas, ¿ves?

Cuando el sendero se ensanchó, el potrero amarillo echó a trotar junto a Ladrona de Duraznos.

—Yo pensando —dijo pomposamente.

—Sí. ¿Qué?

—Yo empujo ti y como zúcar ahora.

—Todos los caballos piensan así —le dijo Ladrona de Duraznos—. No sirve. No dará resultado.

El caballo amarillo se apartó, y Jakko oyó que hablaba en idioma de caballo con un viejo ejemplar ruano del fondo. Luego se acercó nuevamente a Ladrona de Duraznos.

—¿Por qué no sirve yo empujo ti?

—Dos razones —dijo Ladrona de Duraznos—. Primero, si me derribas nunca tendrás más azúcar. Todos los humanos sabrán que eres malo y no te montarán más. Así que nunca más tendrás azúcar.

—No más humanos —dijo desdeñosamente el caballo amarillo—. Humanos terminaron.

—Allí también te equivocas. Habrá muchos humanos más. Yo los estoy haciendo, ¿ves? —Se palmeó el vientre.

El camino se angostó de nuevo y el caballo amarillo se rezagó. Cuando pudo acercarse de nuevo, flanqueó la yegua de Jakko.

—Pienso yo empujo ti ahora.

Ladrona de Duraznos se volvió.

—No oíste mi segunda razón —le dijo.

El caballo gruñó malignamente. —La segunda razón es que esos tres amigos míos te abrirán el vientre a dentelladas si lo intentas. —Señaló una roca donde los tres perros-lunares acababan de aparecer como por arte de magia, mostrando los dientes.

La yegua de Jakko relincho con más fuerza, y el ruano del fondo tosió quejosamente. El caballo amarillo alzó la cola y se adelantó hasta el principio de la fila, soltando excremento al pasar junto a Ladrona de Duraznos.

Rodearon el cúmulo de rocas caídas sin hablar más. Jakko estaba cada vez más incómodo; habría preferido desmontar y seguir a pie, pese a la lentitud. De vez en cuando iniciaban un trote largo, que le resultaba tan doloroso que ansiaba

gritarle a Ladrona de Duraznos que los detuviera. Pero guardó silencio. Cuando sortearon unos pedrejonos, fue recompensado por la visión distante de las inequívocas torres de un parque aéreo, a la izquierda en la pradera.

Por último el cúmulo de rocas terminó, muy cerca de una estación. Se detuvieron entre una hilera de coches atascados. Jakko se apeó con gratitud, acordándose de dar las gracias a la yegua. También le resultaba incómodo caminar.

—¡Fíjate si hay un coche en buen estado antes que me baje! —gritó Ladrona de Duraznos.

El segundo que examinó funcionaba. Se lo anunció a la muchacha.

Pronto vio problemas entre los caballos. La gran bestia amarilla atacaba, relinchando y pateando. Ladrona de Duraznos abandonó el tumulto junto con los perros, y subió al coche riendo.

—Di todo el azúcar a nuestras yeguas —gorjeó. Luego se calmó—. Creo que las yeguas sí dan buena leche. Les pedí que vengan conmigo a la estación cuando yo regrese. Si ese prepotente las deja.

—¿Cómo subirán a un coche? —preguntó él, estúpidamente.

—Vaya, volveré caminando. No sé manejar estas cosas.

—Pero yo estaré contigo. —No se sentía convencido.

—¿Para qué, si no quieres hacer niños? Tú no estarás aquí.

—Pues bien, ¿por qué vienes conmigo?

—Busco una vaca —dijo ella con desdén—. O una cabra. O un hombre.

No hablaron más hasta que el

coche llegó al parque aéreo. Jakko contó más de veinte naves en buen estado flotando junto a sus torres. Muchas más estaban desinfladas, y algunas torres se habían derrumbado. Las vías de la pista evidentemente no funcionaban.

—Creo que tendremos que hallar sombreros —le dijo a Ladrona de Duraznos.

—¿Por qué?

—Para que las alarmas de servicio no suenen mientras caminamos por allí. La mayoría de los lugares son así.

—Oh.

En la oficina de entrada encontraron una pila de sombreros para tripulantes, un acto previsor por parte de los últimos ocupantes del parque aéreo. Un gran letrero escrito a mano decía: *TODAS LAS NAVES PREPARADAS. MANEJO MANUAL. LEA INSTRUCCIONES.* Debajo había un fajo de folletos polvorientos. Tomaron uno, se pusieron los sombreros, y se dirigieron hacia una columna en cuya torre flotaban varias naves. Tuvieron que agacharse y desviarse para sortear la red de vías muertas, y cuando llegaron a la estación no parecía haber modo de subir.

—Tendremos que trepar a esa vía. Hallaron una escalerilla angosta y subieron, ayudando a los perros. El portal de la vía estaba abierto, y pronto llegaron a la sala de pasajeros. Aún estaba iluminada.

—Esperemos que funcione el ascensor.

Se dirigían al ascensor cuando los sobresaltó una voz vibrante.

—¡Ho! ¡Ho, Roldán!

—Eso no es un vóder —susurró Ladrona de Duraznos—. Allí hay un ser humano vivo.

Dieron media vuelta y vieron a una extraña persona tendida en una de las salas. Abrieron los ojos al acercarse, pues tenía un aspecto temible. El fino y sucio cabello blanco enmarcaba una cara hundida y horriblemente agrietada, y en lo que se veía del cuello y los brazos sólo había manchas y podredumbre. La chaqueta y los pantalones eran harapos mugrientos que se hundían donde debía haber carne. Jakko recordó los jirones de tela que rodeaban el cadáver de Ferrocil y se estremeció.

El desconocido los miraba ojorosamente. Dijo, con un hilo de voz: —Cuando murió el caballero Roldán, predijo que su cuerpo sería hallado a tiro de lanza de todos los demás, y de cara al enemigo... Si sois reales, ¿podéis darme un sorbo de agua?

—Por cierto. —Jakko desenganchó su cantimplora y trató de dársela, pero al hombre le temblaban tanto las manos que Jakko tuvo que acercársela a la boca, notando un tufo desagradable. El desconocido bebió ávidamente, derramando un poco. Detrás de él, los perros se acercaron, olisqueando con cautela.

—¿Qué le ocurre? —susurró Ladrona de Duraznos cuando Jakko se incorporó.

Jakko había recordado sus lecciones. —Creo que simplemente es muy, muy viejo.

—Así es —dijo el desconocido. Su voz era más fuerte. Los observó

con extraña avidez—. Esperé demasiado tiempo. Fibrilación. —Se puso una mano débil en el pecho.— Fibrilación... una bella palabra, ¿no? Se me acabó la medicina, o la perdí... Un animal pequeño y caliente mal sincronizado entre mis costillas.

—¡Lo ayudaremos a llegar al Río de inmediato! —dijo Ladrona de Duraznos.

—Demasiado tarde, señores míos, demasiado tarde. Además, no puedo caminar, y no podéis cargar conmigo.

—Puede sentarse, ¿verdad? —preguntó Jakko—. Tiene que haber sillas rodantes por aquí. Les usaban para los heridos. —Registró la sala y encontró una casi en seguida.

Cuando la trajo, el desconocido miraba a Ladrona de Duraznos y murmuraba algo en una lengua arcaica de la cual Jakko sólo entendió: ... *el seno de una muchacha grave forma una montaña contra el alba.* El hombre trató de instalarse en la silla pero se desplomó con un jadeo. Tuvieron que alzarlo y acomodarlo. Ladrona de Duraznos frunció la nariz.

—Esperemos que funcione el ascensor.

Funcionaba. Pronto estuvieron en la alta cubierta de partida, y en el cuarto embarcadero había una nave a la espera. Era un pequeño trasbordador local. Entraron en la cabina principal empujando al viejo, que tenía el cuerpo flojo y respiraba mal. Los perros lunares brincaban de ventana en ventana, mirando hacia abajo. Jakko ocupó el asiento del piloto.

—Lee las instrucciones —le dijo a Ladrona de Duraznos.

—Uno, poner la nave en guía interna —leyó ella—. ¿Qué diablos querrá decir? Oh, mira. Aquí hay un diagrama.

—Bien.

Resultó ser simple. Recorrieron juntos la lista: cerraron la escotilla, desprendieron las amarras, chequearon la hélice, leyeron las indicaciones de presión de las bolsas de gas que había encima de ellos, encendieron el reactor para que calentara el motor y suministrara aire caliente para operar la nave.

Mientras esperaban, Ladrona de Duraznos preguntó al viejo si quería sentarse junto a una ventana. Él asintió. Cuando lo instalaron, susurró: —¡Ver afuera! —Lo acomodaron sobre unos almohadones.

La luz de salida parpadeó. Jakko movió los controles, y la nave se elevó suavemente. El computador indicaba la velocidad del viento, la altitud, el ascenso, y alguien había marcado todos los verniers con las palabras: CURSO FIJADO: RÍO. Jakko ordenó todo mentalmente.

—Ahora dice: poner en automático —leyó Ladrona de Duraznos. Jakko obedeció.

El despegue había excitado al viejo. Se esforzaba por mirar hacia abajo, emitiendo murmullos incomprensibles. Jakko captó: —*Las frescas y verdes colinas de la Tierra...* ¡Pamplinas! —De pronto cantó en voz alta: — *Un extraordinario universo nos espera al lado...* ¡Vamos allá! —Y se derrumbó exhausto.

Ladrona de Duraznos lo observó preocupada. —Ojalá pudiera lim-

piarlo, pero se ve que está muy débil. El viejo abrió los ojos.

—*Nada será íntegro si no está desgarrado; pues el amor construyó su morada en el lugar del excremento* —cantó con voz cascada—. ¡Llévame al Río, el bello Río, y lava todos mis pecados...! Parezo demente, ¿verdad, muchacha? —Continuó con voz normal.— ¿Nunca oíste hablar de William Yeats? Gran cosa, Yeats.

—Creo entender un poco —dijo Jakko—. Una de mis tías hacia literatura inglesa.

—Conque *hacia* literatura, ¿eh? —El viejo jadeó y roncó.— Y ustedes dos... van al Río para pasar juntos la eternidad como matrices de energía o algo igualmente impresionante y asexuado... *Que por siempre la ames y ella sea bella* —gruñó—. Siempre desconfié de Keats. No tenía agallas. Aquí se encontraría a sus anchas.

—No vamos al Río —dijo Ladrona de Duraznos—. Yo no voy, al menos. Me quedaré para hacer hijos.

El viejo abrió la boca ruinosa; la miró con ojos desorbitados.

—¡No! —jadeó—. ¿Es verdad? ¿He tropezado con la amante y la madre del hombre, la última?

Ladrona de Duraznos asintió solemnemente.

—¿Cómo te llamas, oh reina?

—Ladrona de Duraznos.

—Dios mío. Alguien todavía recuerda a Blake. —El viejo sonrió trémulamente, y de pronto cerró los párpados; estaba dormido.

—Respira mejor. Exploremos.

La pequeña nave sólo tenía un depósito de cargamento en la popa. Cuando llegaron al cubículo del

sintetizador de alimentos, Jakko vio que Ladrona de Duraznos se guardaba algo en el bolsillo.

—¿Qué es eso?

—Una cuchara. Será adecuada para un niño —dijo ella sin mirarlo.

Cuando volvieron a la cabina principal, el poniente bañaba la tierra con una luz uniforme y rosada. Sobrevolaban una pradera inmensa tachonada de marcas. La nave aérea avanzaba en silencio excepto cuando una turbina corregía el curso con un breve susurro.

—¡Mira... vacas! Ésas deben ser vacas —exclamó Ladrona de Duraznos—. Mira las sombras.

Jakko distinguió pequeñas manchas pardas. Eran animales y arrojaban largas y grotescas sombras cornúpetas.

—Tendré que encontrarlas a mi regreso. ¿Qué es este lugar?

—Un gran cementerio, creo. Donde ponían los cadáveres. Nunca vi uno de este tamaño. En algunas ciudades tenían edificios tan sólo para los muertos. ¿Eso no envenenará a las vacas?

—Oh no, creo que es bueno para la hierba. Los perros me ayudarán a encontrarlo. ¿Verdad, Tycho? —preguntó al perro lunar más grande que miraba hacia abajo junto a ellos.

En el lado este de la cabina despuntaba la luna llena. El viejo abrió los ojos para mirarla.

—Más agua, por favor —graznó.

Ladrona de Duraznos le dio un sorbo, y luego le hizo beber caldo del sintetizador. Parecía más fuerte, y sonreía con esos dientes podridos.

—Dime, muchacha. Si piensas quedarte para hacer hijos, ¿por qué vas al Río?

—Él va porque prometió hablar con su padre, y yo voy para ver si él vuelve. Para hacer el niño. Sólo que él no quiere tomar más píldoras y tendré que encontrar otro hombre.

—Ah sí, las píldoras. Nosotros las llamábamos "despertadores"... Eran necesarias, después de esos productos químicos contra la población. Tal vez aún sean necesarias para las mujeres. Pero creo que el problema está ante todo en la cabeza. ¿Por qué no tomas más, muchacho? ¿Qué le ocurre a nuestro Adán?

Ladrona de Duraznos quiso responder, pero Jakko la interrumpió. —Sé hablar por mí mismo. Me alteran. Me obligaron a hacer cosas malas, descontroladas, y a sentir, oh... —Se interrumpió con una mueca de asco.

—Pareces demasiado quisquilloso, por tratarse de alguien que valora su calma más que la continuidad de la raza.

—Le digo que son las píldoras. Ellas... deshumanizan.

—Deshumanizan —repetió el viejo con tono burlón—. ¿Y qué sabes tú de la humanidad, joven? Eso es lo que fui a buscar, por eso permanecí tanto tiempo con las cosas viejas, anteriores a la llegada del Río. Quería llevar el conocimiento de lo que era en verdad la humanidad... Quería llevarlo a todos. Es simple, muchacho. *Morian*. —Inhaló con dificultad.— Todos morían. Vivían sabiendo que no los aguar-

daba más que pérdida, sufrimiento y extinción. Y sufrían, espantosamente... Oh, creaban mitos, pero pocos creían en ellos. La *muerte* acechaba detrás de todo, esperaba en todas partes. La vejez y la muerte. No había escapatoria... Algunos enloquecían, luchaban, mataban, y se esclavizaban unos a otros por millones, como si pudieran ganar más vida. Algunos daban sus preciosas vidas por otros. Amaban... y tenían que presenciar el envejecimiento y la muerte de sus seres amados. Y en su dolor y desesperación construían, luchaban, algunos cantaban. ¡Pero ante todo, muchacho, se apareaban! ¡Fornicaban, copulaban, hacían el amor!

Se echó hacia atrás, tosiendo, clavando los ojos en Jakko. Luego, notando que ellos apenas comprendían sus palabras antiguas, continuó con mayor claridad: —Practicaban el sexo, ¿comprendes? Hacían hijos. Era la única arma que tenían. Enviar algo de sí mismos al futuro, más allá de sus propias muertes. La muerte era el motor de sus vidas, la muerte impulsaba su sexualidad. La muerte los incitaba a e. transular al otro y a abrazar al otro. Al morir, triunfaban... Eso era la vida humana. Y ahora ese potente motor se ha detenido hace tiempo. ¿Y tú llamas humanidad a este cortés desfile de lémmings inmortales? ¿Aún la tibieza más tenue de ese holocausto inmemorial te causa temor?

Se arqueó entre horribles convulsiones. La saliva le humedeció la barbilla. Aún los observaba con un ojo entrecerrado.

Jakko guardó silencio, conmovi-

do por las resonancias de las palabras del viejo. Recordaba a Ferrocil muerto, y sentía que un profundo conducto de realidad llegaba hacia él desde el pasado remoto. Ladrona de Duraznos le apoyó una mano en el hombro, haciéndolo estremecer. Lentamente, su propia mano pareció alzarse sola para cubrir la de ella y estrecharla. Durante un largo momento miraron al viejo, que recobró poco a poco la compostura, y habló con voz suave y seca.

—No confío en ese Río... Todos piensan que seguirán siendo los mismos, ¿verdad? Qué se comunicarán entre sí, y con la esencia de seres de otros estrellas... Las últimas noticias de Betelgeuse —jadeó socarronamente.

—Eso es lo último que dicen los que se van —repuso Jakko—. Todos lo aprenden. Uno se aleja flotando, y puede hablar con otros seres reales. Libre para moverse.

—¿Qué podría ser mejor para el cumplimiento de nuestros sueños? —rió el viejo—. Me pregunto... si ése será el señuelo, la boca de alimentación de una máquina cósmica para fabricar salchichas...

—¿Qué es eso? —preguntó Ladrona de Duraznos.

—Una antigua máquina que mezclaba diferentes carnes hasta transformarlas en una sola sustancia... Tal vez nos encontremos gradualmente mezclados, triturados y fundidos en un... un plasma energético... y tal vez luego salgamos a imponer el terrible don de la conciencia de una inocente raza de cocodrilos, o huevos duros... Y así todo recomienza. Otro azaroso motor

del universo, que da y quita distraídamente... —Tosió, ya sin mirarlos, y se puso a murmurar en la lengua arcaica:— *Cuando el espíritu comienza a aligerarse, concluida la confusión del lecho de muerte, ¿lo envían desnudo a los caminos como dicen los libros, y recibe por castigo la injusticia de las estrellas? La injusticia de las estrellas...* —El viejo calló, y luego jadeó:— No obstante, yo también anhelo ir.

—Írá —le dijo Ladrona de Duraznos con firmeza.

—¿Cuánto... falta?

—Estaremos allí al amanecer —dijo Jakko—. Nosotros lo llevaremos. Lo juro.

—Un gran obsequio —balbuceó el viejo—. Pero temo... que yo te daré uno mejor. —Farfulló una palabra que Jakko no conocía; sonaba como "afrodisiaco".

Luego pareció dormirse. Ladrona de Duraznos trajo un paño húmedo y fragante de la sala de limpieza y le enjugó la cara con dulzura. El viejo abrió un ojo y le sonrió.

—Madame Tasselass —jadeó—. Madame Tasselass, ¿de veras vas a salvarnos?

La muchacha le devolvió la sonrisa, asintiendo con determinación. Él cerró los ojos, luciendo más apacible.

La nave atravesaba ahora el claro de luna. La cabina estaba tan iluminada de azul y plata que ni pensaron en encender las luces. De vez en cuando las brumas resplandecientes de una nube baja velaban las ventanas y se esfumaban nuevamente. Cuando Jakko iba a proponer que comieran algo, el viejo

boqueó agitadamente y abrió los ojos. Le gorgotearon los intestinos.

Ladrona de Duraznos lo miró intensamente y le tomó una muñeca. Luego frunció el ceño y se inclinó sobre él, abriéndole la chaqueta mugrienta. Le apoyó el oído en el pecho y se volvió hacia Jakko.

—¡No respira, no hay palpitaciones! —Hurgó dentro de la chaqueta como si buscara la vida a tientas. Dos lágrimas le rodaron por las mejillas.

—¡Está muerto...! ¡Ohhh! —Siguió tanteando, y de pronto se irguió y aferró aprensivamente la tela a la altura de las ingles del viejo.

—¿Qué?

—¡Es una mujer! —Ladrona de Duraznos soltó un sollozo y se volvió para abrazar a Jakko, apoyándole la frente en el cuello. —Ni siquiera supimos su nombre...

Jakko la estrechó, mirando ese cadáver de hombre-mujer, pensando: ella tampoco supo el mío. En ese momento la nave aérea dio un salto, y chasqueó como un cable antes de continuar su vuelo normal.

Jakko jamás había desconfiado de las máquinas, pero ahora un terror repentino le contrajo las entrañas. ¡Esa cosa podía caer! Ellos podían morir como Ferrocil, como el viejo, como los miles que ocupaban los cementerios de abajo. Ecos de la vieja voz perorando sobre la muerte le retumbaban en la cabeza, y de pronto tuvo una visión de Ladrona de Duraznos envejecida y moribunda. Después que se fueran los Ríos, morirían a solas. Se le humedecieron los ojos, y un profundo torbellino le estalló debajo de la mente.

Apretó con fuerza a la muchacha. De golpe supo, como si soñara, qué ocurriría exactamente. Sólo que esta vez no había frenesi; su cuerpo parecía una roca tibia y viviente.

Acarició a Ladrona de Duraznos para acallar sus sollozos, y la condujo al diván iluminado en el otro lado de la cabina. Ella aún moqueaba, abrazándolo con fuerza. Le pasó las manos por la espalda, le frotó las nalgas, sintió que el cuerpo de ella respondía.

—Dame esa pildora —le dijo—. Ahora.

Mirándolo con asombro en el azul claro de luna, ella extrajo la caja. Él tomó su pildora y la tragó con decisión, ansiando que ella comprendiera.

—Desnúdate —le dijo, quitándole la chaqueta, orgulloso del poder que le inflamaba el sexo. Cuando ella se desvistió, él volvió a ver el vellón negro y reluciente en la base del vientre chato, y las curvas plateadas del cuerpo. La urgencia lo embargó, pero aún en medio de una calma mágica.

—Tiéndete.

—Espera un minuto... —Ella se escabulló como un pez, y cruzó la cabina para acercarse al cadáver que yacía en la oscuridad. Jakko vio que trataba de cerrar los ojos muertos que aún relucían en la sombra. Podía esperar; nunca había imaginado que su cuerpo pudiera sentirse así. Ella cubrió la cara de la desconocida con el paño y volvió a él, tendiendo los brazos con cierta timidez, hundándose con las piernas abiertas en el diván bri-

llante. El claro de luna era tan intenso que él podía verle el color rosado del sexo.

Se le acercó con dulzura y aplo-mo, respirando el excitante aroma animal que despedía la carne de ella. Esta vez su pene penetró fácilmente, una intensa sensación de plenitud.

Pero un instante después los fuegos del terror, la piedad y el desafío que ardían muy dentro de él estallaron en una hoguera de resplandor apasionado en sus entrañas. Ese cuerpo menudo ya no parecía vulnerable, sino apetitoso. Apretó, besó, penetró profundamente, eufórico. La muerte no moría sola, pensó oscuramente mientras despertaban los antiguos mensajes inscriptos en sus vísceras. La muerte volaba con ellos y se deslizaba allá abajo, pero él afirmó la vida en el cuerpo de la mujer, apresado en el grandioso crescendo de una sensación desconocida, hasta que un espasmo culminante de placer casi doloroso lo atravesó y se derramó en ella, aliviándolo de pies a cabeza.

Cuando pudo hablar, quiso preguntarle: —¿Tú también...? —No conocía la palabra.— ¿Tú también estallaste como yo?

—Bien, no —le dijo ella al oído—. La sexualidad femenina es un poco distinta. Tal vez te muestre después... Pero creo que fue bueno para el niño.

El sólo se exasperó ante esas palabras, y se dejó arrastrar por el sueño con la cara hundida en el tibio cabello de la muchacha. Comprendió vagamente que la gran

bestia de sus sueños, quizá la raza misma, los había impulsado y utilizado. Que así fuera.

Lo despertó una sensación fría en el oído, y una voz ronca: —¡Comi-da! —Eran los perros lunares.

—¡Cielos, me olvidé de alimentarlos! —Ladrona de Duraznos se deslizo debajo de él para levantarse.

Jakko descubrió que él también se sentía famélico. La cabina estaba oscura ahora, pues la luna flotaba en lo alto. Ladrona de Duraznos localizó los interruptores y encendió una luz tenue en ese lado de la cabina. Comieron y bebieron gustosamente, mirando el mundo bañado por la luna. Ya no había cementerios, sino que sobrevolaban colinas oscuras y boscosas. Cuando se acostaron de nuevo, sintieron que la cabina se inclinaba ligeramente mientras la nave se elevaba.

Jakko despertó en la noche al sentir el movimiento del cuerpo de la muchacha contra el suyo. Ella parecía estar frotándose el sexo.

—Dame la mano —susurró ella con voz jadeante. Lo incitó a acariciarla con la mano, tocándolo a veces a él. Su cuerpo se arqueaba y contorsionaba, lustroso de sudor. De pronto él descubrió que tenía el pene nuevamente hinchado, en un tumulto de excitación y placer. —¡Ahora, ahora! —ordenó ella, y él la penetró, encontrando su interior violentamente vivo: luchaba contra él, pero también lo devoraba. El placer lo invadió, esta vez sin el terror. Se dejó llevar por las convulsiones de la muchacha. —¡Sí, oh sí! —jadeó ella, arrasada por

espasmos, arrastrándolo a una paz explosiva.

Él permaneció dentro de ella hasta que el cuerpo y la respiración de la muchacha se relajaron, y se separaron con naturalidad. Jakko comprendió que la actividad sexual tenía más posibilidades de las que él había advertido. Su familia no le había enseñado nada sobre eso. Tal vez no lo sabían. O tal vez era demasiado ajeno a su calma filosofía.

—¿Cómo sabes tanto sobre esto? —le preguntó somnolientemente a Ladrona de Duraznos.

—Una de mis tías también hacía literatura —rió ella en la oscuridad—. Una literatura diferente, supongo.

Durmieron casi tan inmóviles como el cuerpo que volaba con ellos en el otro diván, a un mundo de distancia. Ruidos bruscos los despertaron. Las ventanas estaban cubiertas de bruma rosada. La nave aérea parecía estar entrando en un embarcadero. Jakko miró hacia abajo y vio hierba y arbustos a poca distancia; era un portal instalado en una ladera.

El panel del computador se encendió: ACTIVAR PROGRAMA DE REGRESO A LA BASE.

—No —dijo Jakko—. Lo necesitaremos para volver. —Ladrona de Duraznos lo miró con una complicidad nueva; él comprendió que ella le creía ahora. Puso los controles en alerta mientras ella activaba el sintetizador de alimentos. Pronto oyó el siseo de las bolsas que se desinflaban, y se acercó a ella, que estaba de pie junto a la muerte.

—Sacaremos su cuerpo antes de regresar —dijo Ladrona de Duraznos—. Tal vez el Río la toque de algún modo.

Jakko lo ponía en duda, pero comió y bebió en silencio su desayuno de proteínas.

Cuando fueron a usar el cubículo de aseo y desechos, descubrió que no quería limpiarse todos los residuos de su contacto mutuo. Ladrona de Duraznos parecía sentir lo mismo; sólo se lavó la cara y las manos. Él le miró el vientre delgado, cubierto de seda. ¿Habría allí un hijo, su propio hijo? El deseo lo embargó de nuevo, pero recordó que tenía trabajo por delante. La promesa a su padre: debía cumplirla. Cuanto antes lo hiciera, antes regresaría aquí.

—Te amo —dijo tentativamente, y descubrió que esas extrañas palabras eran asombrosamente verdaderas.

Ella sonrió: radiante, ya sin recelo. —Creo que yo también te amo.

La luz del portal estaba encendida. Lo empujaron y descubrieron una escalera que conducía al suelo. Los perros lunares bajaron. Ellos los siguieron hasta salir a un ventoso mundo de brumas rosadas. Las nubes flotaban alrededor, y todo el aire subía por la ladera hasta la cresta, a cierta distancia del embarcadero. El terreno era desparejo y estaba cubierto con una hierba blanda y corta, como si allí pacieran animales.

—Todos los vientos soplan hacia el Río —citó Jakko.

Caminaron colina arriba seguidos por los perros, que merodea-

ban inquietamente con las orejas erguidas. Tal vez, pensó Jakko, les disgustaba ser incapaces de oler lo que había adelante. Ladrona de Duraznos le asía la mano con firmeza, como si estuviera resuelta a protegerlo de todo peligro.

Cuando llegaron a la cima chata de la colina, las brumas se despejaron de golpe, y se encontraron ante un valle de escasa profundidad que relumbraaba al sol. Ambos se detuvieron involuntariamente para observar el magnífico espectáculo.

Ante ellos se extendía una enorme pila de desechos, kilómetros de cosas arrumbadas que casi cubrían el suelo del valle. Objetos de toda clase se amontonaban allí; Jakko pudo distinguir ropas, libros, juguetes, joyas, miles de artefactos e implementos abandonados. Comprendió que esas debían de ser las últimas cosas que la gente llevaba consigo cuando remontaba el Río. En un anillo exterior a poca distancia, había tiendas, coches terrestres y aéreos, e incluso carretas. Todo relucía limpiamente, como si la influencia del Río hubiera ahuyentado el deterioro.

Jakko advirtió que el círculo de tiendas más cercano se cruzaba con otros círculos, aparentemente más antiguos y más grandes. El apiñamiento no parecía tener centro.

—El Río se ha desplazado, o escondido —dijo.

—Creo que ambas cosas —dijo Ladrona de Duraznos, señalando a la derecha—. Mira, un viejo lugar-de-guerra.

Un montículo herboso dominaba la cresta de la colina junto a ellos.

Jakko vio que tenía ranuras con bordes metálicos en los flancos. Recordó la historia: aún había amos de la gente cuando los primeros zarcillos del río tocaron la tierra. Algunos amos habían querido impedir que sus súbditos fueran a las salidas, apostando guardias alrededor e instalando artefactos de muerte en el terreno. Pero los guardias mismos habían remontado el Río, o el Río había crecido para llevarlos. Y la gente había llevado animales por el terreno minado y se había zambullido después en el torrente de la vida inmortal. Al final, los amos también se habían ido, o habían perecido. Observando con mayor atención, Jakko vio que los verdes declives de las colinas estaban desgarrados y poceados, como si antiguas explosiones hubieran abierto cráteres por doquier.

De pronto recordó que tenía que hallar a su padre en esa vasta confusión.

—¿Dónde está el Río ahora? La mente de mi padre tendría que estar aún allí, si no me he demorado demasiado.

—¿Ves ese resplandor titilante en el agua, allá abajo? Estoy segura de que es un lugar-de-peligro.

Hacia la derecha, muy cerca del borde, había un extraño resplandor. Mientras él miraba se volvió más nítido: una gran columna de aire ligeramente dorado o brillante. Oteó alrededor, pero no vio nada parecido en todo el valle.

—Si es el único foco que ha quedado, se está disipando de prisa.

Ella asintió y tragó saliva, con una expresión repentinamente hu-

raña. Se proponía vivir aquí y morir sin el Río, era evidente. Pero él estaría con ella; lo decidió de todo corazón. Le apretó la mano con fuerza.

—Si tienes que hablar con tu padre, será mejor que vayamos por aquí hasta el borde, donde no hay peligro —dijo Ladrona de Duraznos.

—No-oo —dijo un perro lunar a sus espaldas. Los dos humanos dieron media vuelta y vieron a los tres sentados en fila sobre la cima. Escrutaban el valle con los ojos entornados.

—De acuerdo —dijo Ladrona de Duraznos—. Esperen aquí. Volvemos pronto.

Apretó aún más la mano de Jakko y dejaron atrás el viejo montículo-de-guerra, restos de vehículos antiguos, un antiguo piloto abruptamente inclinado. Había huellas borrosas en la hierba corta. Otro montículo-de-guerra se erguía allá adelante; después de rodearlo, se encontraron en medio de un pequeño rebaño de animales blancos, de puzo largo y sin cuernos. Los animales continuaron pastando apaciblemente mientras los humanos pasaban junto a ellos. Jakko pensó que quizá fueran ciervos mutantes.

—¡Mira! —exclamó Ladrona de Duraznos, soltándole la mano—. Eso es leche... ¡Mira, amamanta al bebé!

Jakko vio que uno de los animales tenía una bolsa nudosa entre las patas traseras. Un pequeño estaba cuclillado al lado, y hociqueaba la bolsa con la cabeza erguida. Una madre y su pequeño.

Ladrona de Duraznos se les acer-

có cautelosamente, tratando de no asustarlos. La madre la miró con calma. Sin duda era mansa. El pequeño siguió alimentándose, revolviendo los ojos. Ladróna de Duraznos llegó hasta ellos, acarició a la madre, y luego se agachó para palpar la bolsa. El animal se alejó un paso, pero se quedó quieto. Ladróna de Duraznos se levantó lamiéndose la mano.

—¡Qué buena leche! ¡Y tienen el tamaño ideal! ¡Podemos llevarlos en la nave aérea! E incluso en los coches. —Estaba radiante de alegría. Jakko sintió una rara y tibia constricción en el pecho. ¡La intensidad con que ella construía su pequeño mundo, su futuro nido! Un nido para ambos...

—Ven con nosotros, ven —insistía Ladróna de Duraznos. Había echado el cinturón alrededor del pescuezo de la criatura, para guiarla. La madre accedió mansamente, y el pequeño la siguió con un trote vacilante.

—El bebé es macho. Oh, esto es perfecto —exclamó Ladróna de Duraznos—. Ven, tenla un minuto mientras miro al otro.

Entró a Jakko el extremo del cinturón y echó a correr. La bestia lo miró fijamente. De pronto retrajo el labio superior y le escupió la cara. Él se agachó, gritando a la muchacha que volviera.

—¡Antes debo encontrar a mi padre!

—De acuerdo —dijo ella, regresando—. ¡Oh, mira eso!

Cuesta abajo había una aparición: uno de los animales, pero medio transparente, espectralmen-

te delgado. Parecía flotar. De vez en cuando bajaba la cabeza, pero no comía.

—Sin duda el Río lo capturó en parte, está medio ido. ¡Oh, Jakko! ¿Ves que es peligroso? Tengo miedo, tengo miedo de que te atrape. —No lo hará. Tendré mucho cuidado.

—Tengo miedo. —Pero ella lo dejó seguir adelante, arrastrando al animal. Cuando pasaron junto a la criatura fantasmal, Ladróna de Duraznos gritó: —No puedes vivir así. Será mejor que te vayas. ¡Fuera, fuera!

El animal dio media vuelta y cruzó las pilas de desechos, dirigiéndose al resplandor.

Ahora estaban más cerca, y cada vez pisaban más cosas abandonadas. Ladróna de Duraznos observaba todo con intensidad: una vez se agachó para recoger un cuadrado vellos y blanco y guardarlo en la mochila. La cresta de la colina se fundía con un largo declive herboso, comparativamente limpio de residuos, que se dirigía hacia la columna titilante y aérea. Tomaron por allí.

El foco del Río resultaba más apabullante a medida que se acercaban. Ahora lo veían elevarse cada vez más, trazando una curva suave al perderse más allá del cielo. Un zarcillo del torrente incorpóreo de inteligencia sideral que había abrazado la tierra, un sendero hacia la vida inmortal. El aire de adentro ya no lucía dorado, sino plateado y pálido, como un gran rayo de luna atravesando el sol de la mañana. Los objetos de la base eran

claros pero trémulos, como vistos a través de un agua fresca y cristalina.

A un costado había tiendas. Jakko reconoció una yapuró la marcha. Ladróna de Duraznos le aferró el brazo.

—¡Jakko, ten cuidado!

Se detuvieron a cien metros del linde del efecto del Río. Reinaba un gran silencio. Jakko atisbó intencionalmente. En el borde del resplandor había una estaca de la cual colgaba una bufanda de seda verde y amarilla.

—¡Mira... la señal de mi padre!

—Oh Jakko, no puedes ir allí. Ante la señal de colores, todos los recuerdos de su vida con su familia habían embargado a Jakko.

La suave racionalidad, los solemnes preparativos para abandonar la tierra para siempre. Dos realidades diferentes lucharon brevemente dentro de él. Ellos lo habían amado, lo comprendía ahora. Especialmente su padre... Pero no como él amaba a Ladróna de Duraznos, gritó en silencio su espíritu despierto. ¡Yo pertenezco a la tierra! Que las estrellas cuiden de sí mismas. Su resolución se afianzó y venció.

Se liberó suavemente de la muchacha.

—Espera aquí. No te preocupes. El cambio lleva mucho tiempo, ya sabes. Horas, días. Yo estaré apenas un minuto. Volveré en seguida.

—Oh, es una locura.

Pero lo soltó y se quedó junto al animal mientras él bajaba por el risco y se abría paso entre los residuos para llegar a la estaca. Al

aproximarse, sintió que el aire cambiaba alrededor, cobrando vida y sin embargo apaciguándose.

—¡Padre! ¡Paul! Es Jakko, tu hijo. ¿Aún puedes oírme?

No hubo respuesta. Avanzó un par de pasos más allá de la estaca, repitiendo el llamado.

Un susurro resonante le invadió la cabeza, como si confines no terrenos se hubieran abierto ante él. Desde la infinitud, oyó sin oír la serena voz del padre.

Viniste.

Una sensación de serena bienvenida.

—Todas las ciudades están vacías, padre. Todos se han ido, en todas partes.

Ven.

—¡No! —Tragó saliva, ahuyentando los recuerdos, ahuyentando el señuelo de la extrañeza.— Creo que es triste. Es un error. Encontré a una mujer. Nos quedaremos para hacer hijos.

El Río se va, Jakko, hijo mío.

Era como si una estrella lo hubiera llamado, pero resistió. —No me importa. Me quedaré con ella. Adiós, padre. Adiós.

Un grave remordimiento lo invadió, y desde lejos lejos un ejército de voces silenciosas murmuró en el cielo: ¡Ven! Ven.

—¡No! —gritó, o trató de gritar, pero no pudo acallar las voces extasiadas. Y de pronto, al mirar hacia arriba, sintió la realidad del Río, la abrumadora apertura de la puerta de la vida eterna entre las estrellas. Todos sus temores mortales, su secreto espanto ante las fauces de la muerte, todo ello se disolvió,

dejándole una ligereza casi insoportable y una serena alegría. Supo que recibía el toque, que podía flotar para siempre en ese torrente inmortal. Pero aún mientras sentía ese anhelo, su mente humana recordó que éste era el inicio de la primera etapa, por lo cual el Río se llamaba Beata. Pensó en el animal fantasmal que se había quedado demasiado tiempo. Debía irse ahora, y pronto. Con gran esfuerzo retrocedió un paso, pero no pudo dar media vuelta.

—¡Jakko! ¡Jakko! ¡Regresa!

Alguien lo llamaba, gritando su nombre. Entonces se volvió y la vio sobre el risco. Cerca, pero tan lejos. El vulgar sol de la tierra brillaba sobre ella y las dos bestias blancas.

—¡Jakko! ¡Jakko! —Ella estiraba los brazos, corría hacia él.

Era como si toda la hermosa tierra le gritara, pidiéndole que volviera para cargar con el peso de la vida y la muerte. No lo deseaba. Pero ella no debía venir aquí, lo sabía sin recordar por qué. Comenzó a caminar inciertamente hacia ella, viéndola ahora como su mujer amada, y de nuevo como una criatura desconocida que lanzaba gritos extraños.

—Señora Muerte —murmuró, sin advertir que había dejado de moverse. Ella se dio prisa, tropezó, casi cayó entre las pilas de desechos. De nuevo él sintió que ella no debía ir hacia allí; dio varios pasos, y la cabeza se le despejó un poco.

—¡Jakko! —Ella lo alcanzó, lo aferró, lo arrastró fuera del linde.

Ante ese contacto, la realidad de su vida humana volvió a él, su corazón bombeó sangre humana, todas las estrellas se esfumaron. Echó a correr torpemente, casi arrastrando a la muchacha hasta la seguridad del risco. Al fin cayeron jadeando junto a los animales, abrazándose y besándose, los ojos húmedos.

—Pensé que te perdías, que yo te había perdido —gimió Ladrona de Duraznos.

—Tú me salvaste.

—Toma —dijo ella—. Será mejor que comamos algo. —Hurgó en la mochila, cabeceando con firmeza como si ese simple acto humano pudiera defenderlos contra poderes no terrenales. Jakko descubrió que tenía mucha hambre.

Comieron y bebieron apaciblemente en la hierba mullida y salpicada de flores, mientras los animales blancos pacían en las cercanías. Ladrona de Duraznos estudió el atestado valle, frunciendo el ceño mientras masticaba.

—Hay muchas cosas útiles aquí. Un día regresaré, cuando ya no esté el Río, y echaré una ojeada.

—Pensé que sólo querías cosas naturales —bromeó él.

—Algunas de estas cosas durarán. Mira. —La muchacha recogió un pequeño implemento.— Es una lezna, para punzar y coser cuero. Pueden hacer sandalias para los niños.

Muchas de las personas que iban allí debían de vivir sencillamente, pensó Jakko. Era verdad que podía haber herramientas útiles. Y metales. Libros, también. Instrucciones

para fabricar cosas. Se recostó soñadoramente, viéndose a sí mismo en el futuro lejano, un avezado artesano enseñando habilidades a sus hijos. Era una buena perspectiva.

Ladrona de Duraznos interrumpió su ensoñación. —¡Oh, ese animal! ¡Oh, no! ¡Allí no! —Se levantó de un brinco.

Jakko se incorporó y vio que el animal madre se había alejado del risco herboso. Ladrona de Duraznos lo seguía, gritándole que se detuviera.

Perversamente, el animal se alejaba, arrancando puñados de hierba. Ladrona de Duraznos apuró el paso. El animal irguió la cabeza y se internó entre las pilas de desechos.

—¡No! ¡Oh, mi leche! Ven aquí, vuelve.

Ella lo siguió, tratando de moverse con sigilo y de llamarlo con más calma.

Jakko se levantó, alarmado.

—¡Vuelve! ¡No vayas allí!

—La leche de los niños —gimió ella, acercándose a la bestia. Pero el animal se escabulló.

Jakko, horrorizado, vio que la columna titilante del Río había cambiado ligeramente de forma, despidiendo un velo de luz cimbreante a poca distancia de la bestia.

—¡Regresa! ¡Déjala ir! —gritó Jakko, y echó a correr con todas sus fuerzas.— ¡Ladrona de Duraznos... vuelve!

Pero ella seguía adelante, y él no lograba alcanzarla. La bestia blanca estaba ahora dentro del resplandor; él la vio brincar sobre una pila

de objetos resplandecientes como el sol y la luna. La forma morena de Ladrona de Duraznos la siguió despreocupadamente, y la criatura brincó de nuevo. El miedo estrujó el corazón de Jakko. La misma fuerza de su vida humana la arrastra a la muerte, pensó; tengo que llegar a ella físicamente, tengo que sacarla. Dio mayor impulso a sus piernas, sin advertir que el aire también había cambiado alrededor de él.

Ella desapareció un instante en un velo de aire trémulo, luego reapareció, aún siguiendo a la bestia. Aliviado, él vio que se detenía para recoger algo. Ahora sólo caminaba, y podría alcanzarla. Pero su propio cuerpo se movía morosamente, necesitaba toda su voluntad para impulsar las piernas.

—¡Ladrona de Duraznos! ¡Amor, vuelve!

Su voz sonaba sofocada en el aire plateado. Consternado, advirtió que él también se limitaba a caminar, y que ella se había perdido de vista nuevamente.

Atravesó con esfuerzo el resplandor y la vio. Se movía despacio detrás del animal fugitivo. Tenía la cara erguida, y una luz de otro mundo bañaba su belleza. Supo que ella estaba sintiendo el éxtasis, el llamado de la vida inmortal. Y él también; apenas avanzaba, pues una terrible serenidad le inundaba el corazón. Debían de estar entrando en el foco mismo del Río, donde corría con más fuerza.

—Amor... —El dolor mortal luchaba contra la invasora trascendencia. Delante de él, la muchacha

se desvanecía despacio entre los velos titilantes, siguiendo aún su último deseo terrenal. Él veía que la humanidad, todo lo que había amado en la gloriosa tierra, desaparecía para siempre de la realidad. ¿Para qué había despertado si ahora debía perderse? Voces espectrales lo rodeaban, pero no quería espectros. Un agónico anhelo de vida humana afloró en él, un último aguijonazo que llevaría consigo a través de la eternidad. Pero la urgencia se dispó. La vida incorporéa, inmortal, lo dominaba

ahora; lo tenía a él, tal como la tenía a ella. Su carne, su cuerpo, comenzaban a atenuarse, a desmaterializarse en el gran torrente de inteligencia que corría con misterioso propósito entre las estrellas.

La esencia de su yo terrenal se internaba despacio en las nieblas de la infinitud, arrastrando al Río una configuración que había sido un hombre atraído eternamente por una amada muchacha morena que seguía a una fantasmal cierva lechera blanca.

Titulo del original en inglés: *Slow Music*.

© 1980, James Tiptree, Jr.

Traducción de Carlos Gardini.



¡CUIDADO!

Estas aventuras están vivas

Historias que respiran bien

LACK SINNER / CORTO MALTES / FICCIONARIO /
CUESTION DE TIEMPO / MUSEO /

EVARISTO / EL SUENERO / PINON FIJO /

Autores que laten todavia

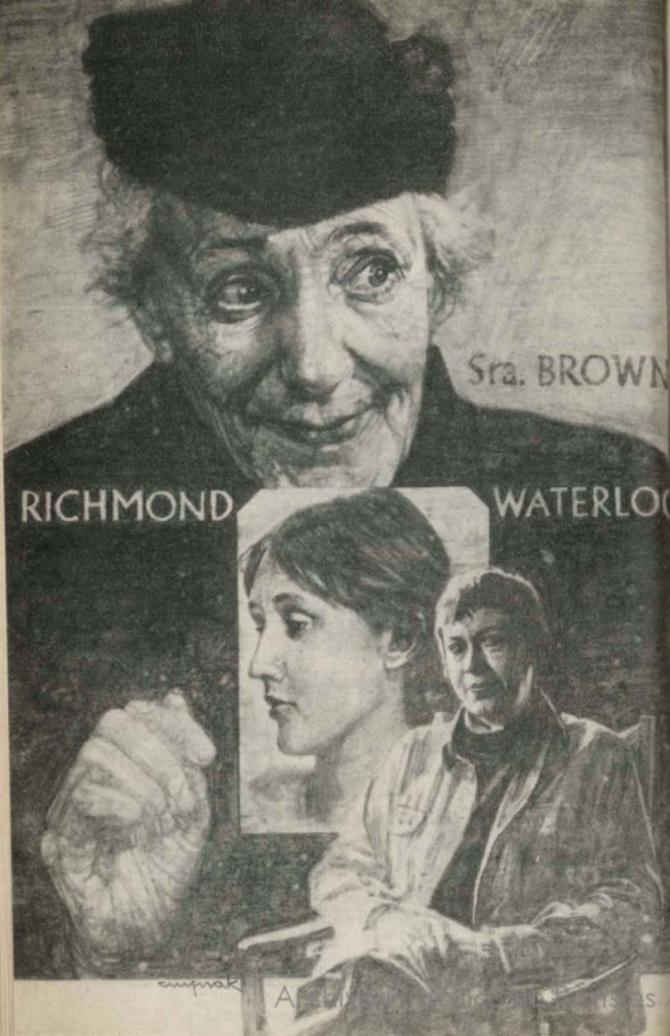
FONTANARROSA / ENRIQUE BRECCIA / ALTUNA /
TRILLO / MANDRAPINA / MUNOZ / SAMPAYO /

PATRICIA BRECCIA / SASTURAIN / GIMENEZ

SIN GANCHOS
NI ORTOPEDIAS

FIERRO

Historietas para sobrevivientes



URSULA K. LE GUIN

LA CIENCIA FICCIÓN Y LA SEÑORA BROWN

*¿Puede la ciencia
ficción crear personajes
memorables?*

ILUSTRACION DE ALBERTO OLIPAK

Hace unos cincuenta años, una mujer llamada Virginia Woolf se sentó en un vagón del tren Richmond-Waterloo frente a otra mujer cuyo nombre ignoramos. La señora Woolf también lo ignoraba; la llamó señora Brown.

Era una de esas ancianas limpias, de ropas raídas, cuya extrema pulcritud —todo abotonado, sujeto, atado, remendado y cepillado— sugiere una pobreza más extrema que los harapos y la suciedad. Había en ella un aire de hosquedad, un aspecto de sufrimiento y aprensión, y para colmo era extremadamente menuda. Sus pies, en sus botitas limpias, apenas tocaban el suelo. Pensé que no tenía nadie que la ayudara, que debía tomar sola sus decisiones; que, abandonada o envidiada

años atrás, había llevado una vida ansiosa y ajetreada, criando un hijo único que tal vez a esta altura estaba empezando a descarriarse. ("El señor Bennett y la señora Brown").

La señora Woolf, que era una fisgona incorregible, escuchó la conversación fragmentaria entre la anciana y el hombre que viajaba con ella: comentarios insulsos, jirones de problemas incomprensibles. De pronto la señora Brown dijo: "¿Puede decirme si un roble muere cuando los gusanos le han comido las hojas dos años consecutivos?" Hablaba con mucha vivacidad y bastante precisión, con una voz culta e inquisitiva. Y mientras el hombre se explayaba detalladamente sobre

las plagas de insectos en la granja de su hermano en Kent, la señora Brown sacó un pañuelito blanco y rompió a llorar, muy quedamente, para fastidio del hombre. Y luego él bajó en el cruce de Clapham; y luego ella bajó en Waterloo. "Vi cómo desaparecía, cargando con la maleta, en la vasta y luminosa estación", dice la señora Woolf. "Lucía muy pequeña, muy tenaz, muy frágil y muy heroica a la vez. Y no la vi nunca más."

La señora Brown, dice Virginia Woolf, es el asunto de la novela. Se le presenta al novelista, en un vagón de ferrocarril o dentro de la mente, y dice: "¡Atrápame si puedes!"

Creo que todas las novelas comienzan con una anciana en el rincón de enfrente. Creo que todas las novelas, con más precisión, tratan sobre el temperamento, y para expresar el temperamento —no para predicar doctrinas, cantar canciones, ni celebrar las glorias del Imperio Británico— se ha desarrollado la forma de la novela, tan torpe, verborrrágica y poco dramática, tan rica, elástica y vital [...] Los grandes novelistas nos han permitido ver lo que deseaban que viéramos a través de un personaje. De lo contrario no serían novelistas, sino poetas, historiadores o panfletistas. (*ibid.*)

Acepto esta definición. No sé si gusta a la crítica de hoy, y en verdad no me importa; puede resultar trivial para los críticos que se regodean hablando de epifanías, apocalipsis y otros vagos polisilabos religiosos, pero para un novelista —para esta novelista, al menos— es simple, profunda y concisamente atinada.

Era atinada en 1865, cuando la señora Brown se llamaba Sarah Gamp; era atinada en 1925, cuando la señora Brown se llamaba Leopold Bloom; es atinada en 1975. El nombre de la señora Brown en Inglaterra es hoy Rose, en *The Needle's Eye*, de Margaret Drabble; Sylvia, en *Late Call*, de Angus Wilson. Es Leni, en *Retrato grupal con dama*, de Heinrich Böll. Ha viajado hasta Australia, donde se llama Voss, o Laura. Nunca se fue de Rusia, donde por supuesto se llama Natasha o Anna o Raskolnikov, pero también Yury Zhivago, e Ivan Denisovitch. La señora Brown aparece en la India, en África, en América Latina, dondequiera se escriban novelas. Pues como dijo la señora Woolf, "la señora Brown es eterna. La señora Brown es la naturaleza humana. La señora Brown cambia sólo en la superficie; son los novelistas quienes entran y salen. Ella está allí sentada..."

Ella está allí sentada. Y lo que me despierta curiosidad es esto: ¿puede el escritor de ciencia ficción sentarse frente a ella? ¿Es posible? ¿Tenemos alguna esperanza de atrapar a la señora Brown, o estamos encerrados para siempre en nuestras grandes y relucientes naves espaciales que surcan la galaxia, vehículos asépticos más veloces que el tren Richmond-Waterloo, más veloces que la luz, naves capaces de albergar capitanes heroicos uniformados de negro y plata, y segundos oficiales con orejas especiales, y científicos locos con hijas núbiles, naves capaces de hacer trizas las naves hostiles con sus rayos apoca-

lípticos y holocáusticos, y de llevar partidas de colonos de la Tierra a mundos desconocidos habitados por seres extraños increíblemente siniestros o hermosos, naves capaces de cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, menos una: llevar a la señora Brown? Ella simplemente no encaja. La idea de la señora Brown en una nave espacial es ridícula. Ella es demasiado pequeña para visitar un imperio galáctico o volar alrededor de una estrella neutrónica. "Sus pies, en sus botitas limpias, apenas tocaban el suelo." ¿O no será para tanto? ¿Será posible que la señora Brown sea en verdad, en cierto sentido, demasiado grande para la nave espacial? ¿Que sea, por así decirlo, demasiado redonda, de modo que cuando entre en la nave ésta se reduzca a un lustroso artefacto de lata, y los capitanes heroicos se transformen en cartón, y los siniestros y hermosos extraterrestres de pronto no parezcan extraterrestres, sino meros elementos de la señora Brown, viejos y familiares, aunque sorprendentes, habitantes de la mente inconsciente de la señora Brown?

Ésa es pues mi primera pregunta: ¿pueden la señora Brown y la ciencia ficción sentarse frente a frente en el mismo vagón, o nave espacial? O por decirlo sin rodeos: ¿puede un escritor de ciencia ficción escribir una novela?

Y luego habrá una segunda pregunta: ¿es aconsejable, es deseable que suceda? Pero volveré a eso más tarde.

Sospecho que Virginia Woolf ha-

bría respondido a mi primera pregunta con un característicamente sutil y aparentemente tentativo pero serenamente decisivo No. Pero en 1923, cuando escribió el ensayo "El señor Bennett y la señora Brown", realmente no podría haber respondido, pues había muy poca ciencia ficción para leer y juzgar. Los "romances científicos" de H. G. Wells ya tenían un cuarto de siglo; él los había dejado atrás y estaba ocupado escribiendo utopías, utopías sobre las cuales Virginia Woolf dijo, muy decisivamente: "No hay señoras Brown en Utopía." Y tenía toda la razón.

Pero mientras ella decía eso, se publicaba un libro en Inglaterra, y se escribía otro en Estados Unidos; libros muy raros, escritos en circunstancias raras que impidieron que los críticos o el público les prestaran mucha atención. El que se publicó en Inglaterra fue escrito en ruso por un ruso, Zamiatin, aunque nunca se publicó, ni entonces ni ahora, en Rusia. Durante cincuenta años ha existido sólo en ediciones extranjeras y traducciones: en el exilio. El autor murió en el exilio. La trama, ahora, nos resulta bastante familiar. En cuanto al otro libro, no se escribió para ser publicado, y sólo se publicó después de la muerte del autor, Austin Tappan Wright, en 1942.

Una prueba bastante simple y eficaz para detectar la presencia o ausencia de la señora Brown en una obra de ficción es ésta: ¿se recuerda el nombre de ella al mes de haber leído el libro? Es tonto, pero funcional. Por ejemplo, casi todos los

lectores de *Orgullo y prejuicio* recordarán los nombres de Elizabeth y Darcy, tal vez durante mucho más que un mes. Pero quien haya leído las obras de ficción de Norman Mailer no tiene que disculparse si no puede recordar un solo nombre, excepto desde luego el de Norman Mailer. Porque los libros de Mailer no son sobre la señora Brown, son sobre Mailer. Es un maravilloso escritor, pero no un novelista. Muy pocos norteamericanos lo son. Como verán, en principio funciona. Pero la primera aplicación que quiero hacer de ella en la ciencia ficción es una prueba de ácido, y admito que fracasé. Sólo podía recordar dos o tres nombres de personajes principales. Las mujeres son O, e I-330; y está ese maravilloso personaje menor llamado S; pero ¿cuál es el nombre del narrador, el personaje central? Demonios. Tuve que mirar mi ejemplar del libro. D-503, desde luego. Es ése. Nunca lo olvidaré, pobre hombre; pero olvidé su número. Pretextraré que a veces olvidó el número telefónico que hemos tenido durante dieciséis años. Soy muy mala en matemática. Pero estuve sentada frente a D-503, claro que no en un vagón de ferrocarril, sino en un gran edificio superutopiano, con paredes de vidrio, suelo de vidrio y techo de vidrio; sufrí con él; escapé con él; fui capturada, llevada a la rastra a Utopía y lobotomizada con él; y no lo olvidaré. Ni el título del libro, *Nosotros*, ni el nombre del autor, Yevgeni Zamiatin, autor de la primera novela de ciencia ficción.

Nosotros es una distopía que contiene una Utopía oculta o implícita; un libro sutil, brillante y vigoroso; emocionalmente pasmoso, y técnicamente, con el uso del espectro metafórico de la ciencia ficción, aún mucho más adelantado que la mayoría de los libros escritos desde entonces. *Islandia*, la novela de Austin Tappan Wright, es harina de otro costal. Es anticuada. No mira hacia adelante; tampoco mira hacia atrás. Mira hacia el costado. No ofrece una Utopía, sino una alternativa. Y la alternativa parece, en la superficie, una mera ensoñación escapista. La ensoñación de toda una vida. Un libro escrito por un abogado exitoso, furtivamente, para su solaz y deleite privados; el país imaginario de un niño, con mapas y todo, elaborado durante treinta años, un enorme manuscrito, volúmenes enteros sobre la geología del continente de Islandia*, su historia, sus instituciones... Y también un relato con personajes. La hija del autor extractó el relato, Knopf lo publicó, y unas pocas personas lo hallaron. Y desde entonces siempre hay unas pocas personas que lo hallan y lo atesoran. Tal vez no sea un gran libro, pero es singularmente perdurable, y perdurablemente singular. No hay nada como *Islandia* en toda la literatura. Es el trabajo de una vida; Wright se entregó a él totalmente. Es una sociedad genuinamente alternativa, elaborada

* *Islandia* es el título original del libro. Desde luego no hay ninguna alusión al país europeo, para nosotros homónimo, que en inglés se denomina Iceland. (N.d.T.)

minuciosa, pragmática, humanamente. Y es una novela. Está llena de personas reales. En Islandia hay lugar de sobra para la señora Brown. En realidad, su objetivo es ése. Creo que Wright vio un mundo, su Norteamérica, su siglo, que se volvía psicótico, despersonalizado, inhabitable, y por eso creó un continente que no existía, con su geología, su clima, sus ríos, ciudades, casas, talleres, hogares, políticos, granjeros, amas de casa, modales, malentendidos, amorfos y todo, para que lo habitaran seres humanos. Y así puso en tela de juicio la afirmación de Virginia Woolf: "No hay señoras Brown en Utopía." A mi juicio a ella le habría complacido mucho saberlo.

Pero entretanto, mientras Austin Tappan Wright garrapatea felizmente en su estudio, y Zamiatin calla exiliado en París, se acerca la década del 30, y la ciencia ficción se pone en marcha. Los primeros cohetes parten de las plataformas de lanzamiento. Siguen décadas de aventuras escalofriantes. Venusinos malignos son derrotados. Núbiles hijas de científicos chillan mientras las rescatan. Se construyen y desmoronan imperios galácticos. Se compran y venden planetas.

Los robots reciben las Tablillas de las Tres Leyes del monte Sinaí. Se inventan artefactos maravillosos. La humanidad envejece, se destruye a sí misma, se redime, se reemplaza, se trasciende, vuelve a la bestialidad, se transforma en Dios. Las estrellas se apagan. Las estrellas titilan de nuevo, como letreros de neón. Se cuentan historias horren-

das y prodigiosas: algunas realmente prodigiosas, otras realmente horribles. Pero en ninguna de las naves espaciales, en ninguno de los planetas, en ninguna de esas historias deliciosas, estremeedoras, imaginativas, descabelladas, sagaces, hay ninguna persona. Está la Humanidad, y el Después, como en Stapledon. Está la Inhumanidad, y el Después, como en Orwell y Huxley. Hay capitanes y soldados, y alienígenas y doncellas y científicos, y emperadores, y robots y monstruos: señales, símbolos, planteos, efigies, alegorías, cualquier cosa entre el Estereotipo y el Arquetipo. Pero ninguna señora Brown. Díganme un nombre. No hay nombres. Los nombres no importan. Los nombres son meras etiquetas —Gagarin, Glenn—, símbolos, etiquetas heroicas, nombres de astronautas. La humanidad del astronauta es una pérdida, una debilidad, irrelevante para su misión. Como astronauta, no es un ser: es un acto. El acto es lo que cuenta. Estamos en la era de la Ciencia, donde nada es. Ningún científico, ningún filósofo puede decir lo que es algo o alguien. Sólo pueden decir, precisa y bellamente, qué hace. La era de la Tecnología; del Conductismo; la era del Acto.

¿Y entonces?

Pues bien, entonces, cuando el siglo se acerca a su punto medio y el Acto parece encaminarse cada vez más inexorablemente hacia un desenlace trágico, aparece la señora Brown más improbable que hemos visto jamás, y viene de la dirección más improbable. Debe ser una especie de señal o portento. Si hay algún campo de la literatura que no tiene ni puede

tener una señora Brown es la fantasía: la fantasía llana, descendiente moderna del folklore, el cuento de hadas y el mito. Estos géneros manejan arquetipos, no personajes. La esencia misma de la Tierra de los Elfos es que la señora Brown no puede llegar allí a menos que cambie completamente, transformándose en una bruja loca y vieja, o en una princesa bella y joven, o en un gusano detestable.

¿Quién es pues ese personaje que se parece tanto a la señora Brown aunque tenga pies velludos, ese individuo bajo, delgado, pachorrito, con un anillo de oro en la cadena que le ciñe el cuello, que camina desconsoladamente hacia el este? Creo que ustedes saben el nombre.

En verdad, no insistiré demasiado en defender a Frodo Bolsón como un personaje novelístico genuina y plenamente desarrollado; como decía, su importancia en mi exposición es ante todo la de una señal y un portento. Si juntan a Frodo con Sam, y con Gollum, y con Sméagol —y se los puede unir en una sola pieza— se obtiene en verdad un personaje complejo y fascinante. Pero así como los mitos tradicionales y los cuentos populares dislocan la compleja personalidad diurna y consciente en sus componentes arquetípicos del tiempo-sueño (la señora Brown se transforma en princesa, sapo, gusano, bruja o niño), Tolkien en su sabiduría dividió a Frodo en cuatro: Frodo, Sam, Sméagol, y Gollum; tal vez cinco, contando a Bilbo. Gollum es tal vez el mejor personaje del libro porque tiene dos de los componentes, Sméagol

y Gollum, o, como los llama Sam, Slinker y Stinker. Frodo mismo es sólo una cuarta o quinta parte de sí mismo. Aun así es algo nuevo en la fantasía: un héroe vulnerable, limitado, un poco imprevisible, que por último fracasa en su misión, fracasa, a último momento, y tiene que dejar que la lleve a cabo, su enemigo mortal, Gollum, quien sin embargo es su pariente, su hermano, en verdad él mismo... Y que luego vuelve a la Comarca, tal como haría la señora Brown si tan sólo tuviera la oportunidad; pero luego tiene que continuar, abandonar su hogar, hacer el viaje, de hecho morir, algo que nunca hacen los héroes de fantasía, algo que las alegorías no pueden hacer.

Nunca dejaré de asombrarme ante los críticos que tratan a Tolkien como un escritor "simple". ¡Deben tener mentes prodigiosamente simples!

De modo que ahora contamos con una suerte de versión primitiva de la señora Brown en la fantasía, el antiguo reino del cual la ciencia ficción es una provincia moderna. Allí se yergue, plantado con firmeza en pies velludos. Y la hemos encontrado dos veces en las fronteras de Utopía. Pero hace décadas que no se escribe ninguna utopía; el género parece haberse invertido, volviéndose puramente satírico y admonitorio. ¿Y la ciencia ficción en sí? Cuando llegamos a los años 60 y 70, una nueva clase de escritor está escribiendo ciencia ficción, e incluso se imprime ciencia ficción en una nueva clase de papel que no se amarillea ni se aja tan pronto en los bordes, y microras cohetes verdaderos parten de

veras y aterrizan en la Luna verdadera y así dejan a la ciencia ficción en libertad de dejar de describir el futuro para empezar a imaginarlo... ¿encontramos más lugar para la señora Brown en la nave espacial?

No estoy segura.

Tendré que hablar de mí misma y mi propia obra durante un rato; pero antes —para que no crean que me yergo como una especie de robusto Cortés, silencioso en un pico de Disneylandia, único descubridor de mares inexplorados— permitan mencionarme un par de nombres.

Thea Cadence.

Nobusuke Tagomi.

¿Estos nombres les dicen algo? A mí sí; mucho. Son los nombres de las dos primeras señoras Brown que encontré en la ciencia ficción moderna.

El señor Tagomi aparece en *El hombre en el castillo*, de Philip K. Dick. Thea es la protagonista de *Synthajoy*, de D. G. Compton.

No son únicos; en la ciencia ficción aún son pájaros raros, pero no únicos. Sólo elegí esos dos porque me gustan. Me gustan como personas. Son personas. Personajes. Redondos, sólidos, nudosos. Seres humanos con ángulos y protuberancias, partes duras y partes blandas, honduras y alturas.

También significan mucho, desde luego. Son modelos, auxiliares didácticos si ustedes quieren; expresan algo que los autores querían decir urgentemente, con la mayor claridad posible. Algo sobre seres humanos desgastados "por formas típicamente modernas de presión

Si los autores querían hablar claramente, ¿por qué no escribieron un ensayo, una monografía, un estudio filosófico, sociológico o psicológico?

Porque ambos son novelistas. Verdaderos novelistas. Escriben ciencia ficción, supongo, porque lo que tienen que decir se dice mejor usando las herramientas de la ciencia ficción, y el artesano conoce sus herramientas. Aun así son novelistas, pues aunque utilicen el gran espectro de la imaginaria de la ciencia ficción dicen lo que tienen que decir a través de un personaje. No un vocero, sino una creación secundaria cabalmente trabajada. El personaje es primario. Y lo que antes era todo el objeto de la ciencia ficción —la invención de aparatos milagrosos, la narración de historias alternativas, y demás— ahora se usa subjetivamente, como metáfora, como medio para explorar y explicar lo que sucede dentro de la señora Brown, o Thea, o Tagomi. El interés del escritor ya no está centrado en un artefacto, o el tamaño del universo, o las leyes robóticas, o el destino de las clases sociales, o cualquier cosa describable en términos cuantitativos, mecánicos u objetivos. Ya no se interesa en lo que hacen las cosas, sino en lo que son las cosas. Su tema es el sujeto, lo que no puede ser más que sujeto: nosotros mismos, los seres humanos.

Pero éstos son seres humanos que viven en el universo tal cual lo ve la ciencia moderna; y en el mundo transformado por la tecnología moderna. Allí es donde la ciencia ficción aún se diferencia del resto de

la ficción. La presencia de la ciencia y la tecnología es esencial en ambos libros. Es lo dado. Sólo, como decía, que las especulaciones y los hechos, la idea de relatividad, la idea de una máquina reproductora de emociones, no son fines en sí mismos, sino metáforas. ¿Metáforas de qué? De lo que no está dado; una *x*, una incógnita que los escritores intentan despejar. El elusivo individuo, sobre quien actúan todos los elementos dados, pero que simplemente es. La persona, la psique humana, la vida, la señora Brown, "el espíritu con el cual vivimos". ¡Atrápame si puedes! Y creo que ellos la atrapan. Está allí. Thea, astuta y trágica en su manicomio, el señor Tagomi, astuto y trágico en su despacho, ambos tratando, en una lucha semiconsciente y turbia, de alcanzar la libertad, ambos fracasando o triunfando, según como se mire, "muy pequeños y muy tenaces, muy frágiles y muy heroicos a la vez...".

Bienvenida a bordo de la nave, señora Brown.

Angus Wilson (cuyo libro *The Old Men at the Zoo* es muy definible como ciencia ficción, de paso, aunque dudo que a él le gustara mucho que se lo *catalogase* como ciencia ficción) ha descrito en *The Wild Garden* cómo una novela se le ocurrió por primera vez.

En mi concepción original de *Hemlock and After* [...] vi a la señora Curry, obesa, dulce y amenazante, segura en su noción histórica del poder de que puede destruir a un buen hombre, Bernard Sands; y como mi visión es primordialmente irónica, vi a Bernard dolo-

rosamente flaco, amargado, introvertido [...] una imagen visual momentáneamente poderosa de una mujer gorda y un hombre delgado. Todo el resto de la novela, para bien o para mal, es simplemente una extensión necesaria, a mi juicio, para comunicar esta imagen irónica y visual a los demás [...]

Las novelas, de hecho, *son* esos momentos de visión. Ninguna elaboración didáctica, sociológica, psicológica o técnica puede alterar esa significación para el novelista mismo. Como el de cualquier artista, el planteo del novelista es una visión concentrada [...] pero al contrario de los otros él ha elegido la forma más difícil, una forma que dicta su propia disciplina a medida que avanza. Nunca podemos esperar la perfección [...] que pueden alcanzar otras artes. Pero cualquier novelista serio que [...] no proclama esta visión como su impulso central está rebajándose para un público imaginario de "personas simples" o ha olvidado su verdadera inspiración original en su polémica moral, social o formal. Todos mencionan el lugar común de que una novela es una metáfora ampliada, pero demasiado pocos, tal vez, insisten en que la metáfora es todo y la ampliación sólo un medio expresivo.

Eso es espléndido, y continúa espléndidamente las citas de Virginia Woolf con que empecé. Me conmueve muchísimo, porque expresa muy aproximadamente mi propia experiencia. Un libro no se me ocurre como una idea, una trama, un acontecimiento, una sociedad o un mensaje; se me ocurre como una persona. Una persona, vista a cierta distancia, casi siempre en un paisaje. El lugar está allí, la persona está allí. Yo no la inventé, no la elaboré: está allí. Y mi trabajo es llegar allí también.

Una vez, como el señor Wilson vi a dos de ellos. Como mi visió-

no es irónica, sino romántica, eran figuras pequeñas, remotas, en un apabullante paisaje yermo de hielo y nieve. Estaban empujando un trineo o algo en el hielo, trajinando juntos. Eso es todo lo que vi. No sabía quiénes eran. Ni siquiera sabía qué sexo tenían (confieso que me sorprendí al descubrirlo). Pero así fue como empezó mi novela *La mano izquierda de la oscuridad*, y cuando pienso en el libro aún tengo esa visión. Todo el resto, con sus extraños reajustes de la sexualidad humana y su imaginaria de tradición, soledad y frío, es mi esfuerzo por focalizar, por acercarme, por llegar allí, al lugar donde había visto esas dos figuras en la nieve, aisladas y unidas.

El origen de mi libro *Los desposeídos* fue igualmente nitido, pero se enturbió mucho antes de recobrar esa nitidez. También empezó con una persona, vista esta vez mucho más cerca, y con intensa claridad: un hombre, esta vez un científico, un físico, para mayor precisión; vi el rostro con más precisión que de costumbre, un rostro delgado, grandes ojos claros, y grandes orejas; supongo que respondía a un recuerdo de la niñez de Robert Oppenheimer cuando joven. Pero más vivida que cualquier detalle visual era la personalidad, que era sumamente atractiva... es decir, tan atractiva como una llama para una mariposa. Allí, allí está, esta vez tengo que llegar allí.

Mi primer esfuerzo para "atraparlo" fue un cuento corto. Debí haber sabido que era demasiado grande para un cuento corto. Es

misión del escritor desarrollar un olfato infalible para el tamaño y longitud adecuados para un trabajo; la belleza de la novela corta y la novela es esencialmente arquitectónica, la belleza de la proporción. En verdad fue un cuento espantoso, uno de los peores que he escrito en treinta años de incompetencia profesional. El científico escapa de una especie de campo de concentración planetario, un Gulag estelar, y llega al rico, confortable y consentido planeta hermano, y por último no puede soportarlo, pese a que allí se enamora de alguien, de modo que vuelve a escapar y regresa al Gulag, triste pero noblemente. Noble pero débilmente. Oh, era un cuento estúpido. Todas las metáforas estaban mezcladas. No me había acercado en absoluto. Había errado por tanta distancia, de hecho, que ni siquiera lo había dañado. Allí estaba, intacto. ¡Atrápame si puedes!

Bien, bien, Fulano o cómo te llames. ¿Cómo te llamas, de paso? Shevek, me respondió en seguida. De acuerdo. Shevek. ¿Quién eres? Su respuesta fue menos segura esta vez. Creo, dijo, que soy un ciudadano de Utopía.

Muy bien. Parecía razonable. Tenía un aire tan decente, era tan inteligente, y sin embargo tan arrebatadoramente ingenuo, que bien podría haber venido de un lugar mejor. ¿Pero cuál? El lugar mejor; ningún lugar. ¿Qué sabía yo de Utopía? Fragmentos de Moro, fragmentos de Wells, Hudson, Morris. Nada. Necesité años de lectura y reflexión y confusión, y una buena ayuda de Engels, Marx, Godwin, Goldman,

Goodman, y sobre todo Shelley y Kropotkin, para empezar a ver de dónde venía, y pude ver el paisaje que lo rodeaba —y sí, en cierto modo era un campo de concentración, pero qué diferencia!— y las otras personas, las personas que veían sus ojos; y el lugar, el otro lugar, al cual se dirigía, y del cual yo ahora sabía, como él había sabido siempre, *por qué* debía regresar.

Pero mientras intentaba averiguar quién y qué era Shevek, descubrí mucho más, y pensé, con toda la intensidad de que era capaz, sobre la sociedad, sobre mi mundo, sobre mí misma. No habría averiguado nada de esto ni habría podido comunicarlo si no me hubiera obstinado en perseguir, por todos los atajos y senderos, a la elusiva señora Brown.

El libro que resultó es en cierto modo una utopía; en consecuencia, es didáctico, satírico e idealista. Es una novela temática, según la definición de Angus Wilson, en el sentido de que no atina del todo a “diseñar la propuesta moral tan completamente en una masa de experiencia vivida como para que nunca se la perciba directamente durante la lectura sino que sólo se la aprehenda al final como resultado de la vida que se ha compartido con el libro. Este”, continúa el señor Wilson, “es el verdadero desafío y triunfo de la novela.” (*The Wild Garden*) No estuve a la altura del desafío ni conseguí triunfo total. La propuesta moral de *Los desposeídos* a veces está plenamente encarnada, a veces no. De vez en cuando se notan sendas intenciones. Sin embargo

creo que es básicamente una novela, porque en el centro no hay una idea, ni un mensaje inspiratorio, ni siquiera una segunda intención, sino algo mucho más frágil y oscuro y complejo: una persona. Esta convicción mía se afianzó cuando noté que casi todos los reseñadores, por mucho que se empeñaran en respaldar o atacar o explicar los temas e ideas del libro, en un momento de la discusión mencionaban al protagonista por el nombre. ¡Allí está! Está, aunque sea por un momento. Tuve que inventar dos mundos enteros para llegar a él, dos mundos con todos sus pesares, pero valió la pena. Si pudiera brindar a los lectores un atisbo de lo que vi: Shevek, la señora Brown, el Otro, un alma, un alma humana, “el espíritu por el cual vivimos...”

Supongo que he respondido a mi segunda pregunta aun antes de formularla. Era, como ustedes recordarán, si un libro de ciencia ficción tenía que ser una novela. ¿Es posible, o bien es aconsejable o deseable que el escritor de ciencia ficción también cree personajes?

Ya he dicho que sí. Ya he admitido que para mí es fundamental. Que para mí ninguna otra forma de prosa sustituye la novela. Si no podemos atrapar a la señora Brown, al menos por un momento, todas esas hermosas naves más veloces que la luz, toda la ironía, la imaginación, el conocimiento y la invención son vanos; daría lo mismo escribir tratados o historietas, pues nunca seremos artistas verdaderos.

Seré por un momento mi propio rival e intentaré defender al bando

contrario: el punto de vista de la antinovela, o pos-novela, que afirma que los escritores de ciencia ficción por suerte nunca serán novelistas.

Desde este punto de vista, la novela, la novela de personajes, está muerta, tan muerta como el dístico heroico, y por la misma razón: los tiempos han cambiado. Escritores como Wilson y Drabble son meros epígonos que agotan las heces de un tonel vacío; escritores como Bhattacharya y García Márquez prosperan sólo porque sus países son marginales con respecto al lugar de origen de la novela, que tardó en llegar a la periferia y por lo tanto allí tarda en morir. La novela está muerta; y la tarea, la esperanza, de una forma nueva como la ciencia ficción no es continuar la novela, o revitalizarla, sino reemplazarla.

En verdad ya no existe la señora Brown. Sólo hay clases, masas, estadísticas, recuentos colectivos, listas de suscripciones, riesgos de seguros, consumidores, muestras seleccionadas al azar, y víctimas. O, si más allá de toda catalogación queda algún atisbo de lo cualitativo, algún jirón de señora Brown, ya no puede alcanzarse con las herramientas tradicionales de la ficción. Nadie puede atraparla. Nuestra vida ha cambiado demasiado profundamente, y demasiado rápidamente. La señora Brown también alcanzó la velocidad de la luz, y es invisible aun para nuestros telescopios más sofisticados. ¿Qué es ahora la “naturaleza humana”, quién puede mencionarla seriamente, en 1975? ¿Tiene alguna relación reco-

nocible con lo que se denominaba “naturaleza humana” en la novela de hace un siglo, que ahora vemos como un fragmento diminuto y limitado del amplio espectro de la variedad y potencialidad humana? El asunto de la novela era la parte consciente y articulada de la mentalidad de ciertos europeos y norteamericanos, la mayoría blancos, la mayoría cristianos, la mayoría clase media, la mayoría no afectados por la ciencia y, aunque afectados por la tecnología, absolutamente indiferentes a ella; un puñado de “nativos” intensamente interesantes para el etnólogo a causa de su elaborado código de conducta, y el extraordinario refinamiento de sus relaciones interpersonales. Pensaban que la naturaleza de ellos era la naturaleza humana; pero nosotros no lo pensamos; no podemos pensarlo. Se consideraban una norma; nosotros no tenemos normas. Gracias a la tecnología, que nos permite viajes e intercambios, y gracias a ciencias como la antropología y la psicología, hemos aprendido demasiado sobre la complejidad de la mente humana, consciente e inconsciente; es decir, hemos aprendido que en verdad no sabemos casi nada. No queda nada sólido, nada de qué aferrarse.

Como ejemplo de solidez, tomemos a Sarah Gamp. Allí está ella. Todo en ella es casi pasmosamente sólido. Representa un estrato social definido, establecido, aunque yo, una norteamericana ignorante, no trataré de especificarlo con exactitud. Es inglesa; es blanca; es cristiana... o al menos ella diría que es cris-

tiana. Es un producto de la urbanización y la Revolución Industrial, pero sus tradiciones son mucho más antiguas, y uno encontraría a sus ancestros rondando como arpias las camas de Ovidio y Orestes. Está fijada en la historia, y en la costumbre, y en su propia opinión de sí misma. Sabe quién es y sabe qué quiere. Lo que quiere es una botella que se pueda poner a mano en la repisa, de la cual "pueda echar un sorbo de vez en cuando, cuando tenga ganas".

¿Cuál es el equivalente moderno, en 1975, de la señora Gamp? Para evitar comparaciones odiosas, permítanme inventar uno. Muy probablemente, sería más joven que la señora Gamp. Tal vez no se bañaría con más frecuencia. Si fuera cristiana tendría una visión excéntrica de Jesús, pero más probablemente practicaría un vago ocultismo, o la astrología. Tal vez estaría mejor vestida, alimentada y alojada que la señora Gamp, o daría por sentados ciertos lujos que la señora Gamp jamás oyó nombrar: automóviles, champú envasado, televisión en el cuarto, penicilina y demás. Sin embargo, estaría mucho menos segura de su lugar en la sociedad; tal vez ni siquiera sabría quién es o qué quiere. Por cierto no tendría a mano una botella. Tendría a mano una inyección. Su adicción no resultaría cómica, como la de la señora Gamp en su ultrajante hipocresía. Sería demasiado visible y drásticamente desastrosa para resultar cómica. Ella estaría demasiado alejada de la realidad cotidiana, sería demasiado incompetente, aun para

ser una enfermera ineficaz como la señora Gamp. Y su relación con la criminalidad sería, como la de la señora Gamp, un modo desesperado de aferrarse a la respetabilidad, o al menos a la esperanza de una provisión ilimitada de gin. Su relación con los criminales y violentos sería pasiva, impotente, resignada. En verdad, allí donde la señora Gamp es más revulsivamente indomeñable, veo esta versión moderna de ella como más pasiva. Es muy difícil odiarla, o reirse de ella, o amarla, como nos sucede con la señora Gamp, o al menos como le sucedía a Dickens, y a mí. No vale demasiado. Es un desecho a la deriva, un peón, trozos mellados de una persona que nunca se integra, nunca forma una totalidad. ¿En verdad tiene lo suficiente para entrar en una novela como personaje real, lo suficiente para ser retratado? ¿No está ella, no estamos todos, demasiado cambiados y cambiantes, demasiado dispersos, shockeados por el futuro, revitalizados e inconstantes, para poder posar quietamente para un retrato, para poder quedarnos quietos el tiempo suficiente para que el arte lento y torpe del novelista pueda asirlos?

Clic, el ojo de la cámara: un momento, no una persona, no un retrato, apenas un momento que no implica nada antes ni después, ninguna continuidad, clic. Y el zumbido de la cámara cinematográfica, apresando un momento que se disuelve en el siguiente, que no tiene lazos con el anterior. Estas son nuestras artes. Las artes tecnológicas, que dependen de un increíble refinamiento del instrumental y un

gran derroche de energía mecánica, expresión de una era tecnológica. Aún hay poesía, pero ya no hay señora Brown. Hay instantáneas de una mujer en diversos momentos. Hay imágenes móviles de una mujer en varios lugares con varias personas. No bastan para formar nada tan sólido, tan fijo, tan victoriano o medieval como un "personaje", o siquiera una personalidad. Son momentos; modalidades; la poesía del flujo; fragmentos de lo fragmentado, de la mutación de lo mudable.

¿Acaso esto no está preanunciado en el arte de la misma Virginia Woolf?

¿Y qué es la ciencia ficción en sus mejores expresiones sino la "nueva herramienta" que la señora Woolf usó expresamente hace cincuenta años, una llave inglesa alocada, procaica, zurda, que puede prestarse a cualquier capricho del artesano —sátira, extrapolación, predicción, absurdo, exactitud, exageración, advertencia, mensaje, denuncia, lo que uno guste—, una metáfora en infinita expansión exactamente adecuada para nuestro universo en expansión, un espejo roto, roto en innumerables fragmentos, cada uno de los cuales es capaz de reflejar por un instante el ojo y la nariz izquierda del lector, y también las estrellas más remotas que brillan en las honduras de la galaxia más lejana?

Si la ciencia ficción es esto, o es capaz de ser esto, una metáfora genuina de nuestra época extraña, por cierto es estúpido y reaccionario tratar de encerrarla en los viejos

límites de un viejo arte; sería como tratar de convertir un reactor nuclear en una máquina de vapor. ¿Qué objeto tiene unir este espejo maravillosamente despedazado para que pueda reflejar a la pobre señora Brown, que tal vez ya no esté con nosotros? De hecho, ¿nos importa si está viva o muerta?

Bueno sí. Personalmente al menos, sí me importa. Por mí, si la señora Brown está muerta, pueden tomar sus galaxias, hacer un bollo con ellas y arrojarlas a un cesto. ¿De qué sirven todos los objetos del universo si no hay sujeto? No digo que la humanidad sea tan importante. No pienso que el Hombre sea la medida de todas las cosas, o siquiera de muchas cosas. No pienso que el Hombre sea el fin o la culminación de nada, y menos aún el centro de nada. Qué somos, quiénes somos, y adónde vamos, yo no lo sé, ni creo a nadie que diga que lo sabe, excepto tal vez a Beethoven, en el último movimiento de su última sinfonía. Todo lo que sé es que estamos aquí, y que sabemos que estamos aquí, y que es nuestra obligación saberlo: estar alerta. Pues no somos objetos. Eso es esencial. Somos sujetos, y quienquiera nos trate como objetos está actuando inhumanamente, equivocadamente, contra la naturaleza. Y con nosotros, la naturaleza, el gran Objeto, sus soles que arden sin cesar, sus galaxias y planetas que giran, sus rocas, mares, peces y helechos y abedules y animalitos peludos, todos se han vuelto, también, sujetos. Así como somos parte de ellos, ellos son parte de nosotros. Carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre. So-

mos su conciencia. Si dejamos de mirar, el mundo enneguecerá. Si dejamos de hablar y escuchar, el mundo se volverá sordo y mudo. Si dejamos de pensar, no habrá pensamientos. Si nos destruimos, destruiremos la conciencia.

Y todo esto, ver, oír, hablar, pensar, sentir, todo lo hacemos uno por uno. Los grandes místicos han ido más lejos que la comunidad y palparon la identidad, la identidad de todo; pero las almas comunes no podemos hacer eso, o sólo por un momento, tal vez un momento en una vida. Uno por uno vivimos, alma por alma. La persona, la persona individual. La comunidad es lo mejor a que podemos aspirar, y comunidad para la mayoría de las personas significa contacto: el contacto entre una mano y otra, el trabajo en conjunto, la maza levantada en conjunto, la danza bailada en conjunto, el niño concebido en conjunto. Sólo tenemos un cuerpo cada uno, y dos manos. Podemos formar un círculo, pero no podemos ser un círculo. El círculo, la verdadera sociedad, está formado por cuerpos individuales y almas individuales. De lo contrario, no está formado en absoluto. Sólo una imitación mecánica e insensible de la verdadera sociedad se forma con personas objetivas, cuantificadas: una clase social, una nación-estado, un ejército, una corporación, un bloque de poder. En esa dirección no hay más esperanzas. La hemos seguido hasta el fin. En verdad no veo ninguna esperanza en ninguna parte, excepto en la señora Brown.

Hoy día casi todos necesitamos un poco de esperanza y me inclino

a pensar que los lectores tienen derecho a pedir —no a exigir, nunca a exigir, sino a pedir— un poco de esperanza en nuestras artes. En verdad no podemos pedírsela a la ciencia. La ciencia no produce esperanza, ni la produce nunca. Cuando nos ofrece algo afirmativo, es un mero derivado, una aplicación secundaria; entretanto la ciencia continúa su curso verdadero, o sea hacia una imitación cada vez más fiel de la naturaleza, una objetividad cada vez más completa. Cuanto más libre es la ciencia de continuar hacia lo inevitable, más libre deja al arte en su propio dominio de subjetividad, donde puede jugar, a su propio modo, y si tiene el coraje, con la naturaleza, y con la ciencia misma, nuestro sustituto de la naturaleza.

En *El Invencible*, de Stanislav Lem, el protagonista Rohan y otros tripulantes de la nave estelar "Invencible" enfrentan un mundo hostil y enigmático. Paulatinamente elaboran una elegante explicación de la naturaleza de ese mundo, una explicación literalmente mecánica; pero el sentido del libro no está en esa explicación. No es una novela policial. El tema del libro es moral, y el clímax es una elección ética sumamente dificultosa realizada por un individuo. Después no hay premios ni castigos. Todo lo que hemos aprendido nosotros y Rohan es algo sobre él mismo, y algo sobre qué es invencible y qué no. En *Solaris*, de Lem, el protagonista se prenda de un mundo que no puede ser comprendido objetivamente. Buena parte del libro es la borgiana y gozosa parodia de Lem de los esfuerzos de

los científicos por explicar el planeta Solaris, que se resiste y los confunde a todos, y sin embargo participa de las motivaciones y problemas psíquicos más profundos del protagonista Kelvin, de modo que al final, si él no ha comprendido a Solaris, al menos Solaris parece haberlo comprendido a él en cierto modo. Las metáforas de estas novelas, deslumbradoramente ricas, inventivas y complejas, sirven para expresar, o simbolizar, o iluminar la mentalidad y las emociones del hombre de fines del siglo veinte tan exacta y vigorosamente como las barriadas de Londres, los tribunales, la oficina de circunlocución y la botella de la señora Gamp servían a Dickens para iluminar los caracteres y destinos de sus contemporáneos.

En el ensayo que cité al principio, Virginia Woolf estaba criticando a la escuela de Arnold Bennett porque, a juicio de ella, esos escritores habían reemplazado con lo externo, lo objetivo —casas, ocupaciones, alquileres, ingresos, posesiones, aficciones, etc.— al sujeto, en quien ya no estaban realmente interesados. Habían dejado de escribir novelas para hacer sociología. La moderna "novela psicológica" se presta a la misma objeción, pues normalmente no es el retrato de una persona sino el estudio de un caso. El "realismo socialista" es otro ejemplo del mismo rechazo por la subjetividad. Y la mayor parte de la ciencia ficción ha mostrado la misma tendencia. Tal vez deriva de una añoranza por el distanciamiento aparentemente divino del científico, pero el

resultado es una evasión de la obligación artística de reproducir —indirectamente, pues no puede reproducirse directamente— una visión. La ciencia ficción se ha decidido principalmente por una enumeración pseudoobjetiva de maravillas, prodigios y horrores que no iluminan nada más allá de sí mismos y carecen de genuina resonancia moral: ensoñaciones, expresiones de deseo y pesadillas. La invención es soberbia, pero cerrada y estéril. Y el sector más excéntrico y pueril del fándom de la ciencia ficción, los subgrupos de paranoides y fanáticos, justifican y alientan estas trivialidades, que son inofensivas en sí mismas pero degradan el gusto al rebajar las exigencias de los editores y las expectativas de los lectores y los críticos. Es como si quisieran que todos jugáramos al póker sin apostar. Pero la verdadera partida se juega por verdaderas apuestas. Es una lástima que se perpetúe esta imagen trivial, cuando la obra de personas que van de Zamiatin a Lem ha demostrado que cuando la ciencia ficción utiliza su espectro ilimitado de símbolos y metáforas novelísticamente, con el sujeto en el centro, puede revelarnos quiénes somos, dónde estamos y qué opciones enfrentamos con incomparable claridad, y con una belleza grande y perturbadora.

La belleza de la ficción siempre es perturbadora, supongo. No puede brindar trascendencia, la paz que sobrepasa el entendimiento, como la poesía y la música: tampoco puede brindar tragedia pura. Es demasiado híbrida. Su esencia es híbrida.

Pero la novela, la ficción preocupa-
da por individuos, en su obstinada
aserción de la personalidad humana
y la moralidad humana, parece afir-
mar, aún ahora, la existencia de la
esperanza. Pese a los notables es-
fuerzos de talentosos antinovelistas,
continúa eludiendo la higiénica y
flamante esterilidad de la desespera-
ción. Es caótica, elástica, inventiva,
maleable.

Tiene que ser maleable. Éstos
son malos tiempos, ¿y qué debe
hacer el arte en los malos tiem-
pos? El arte nunca alimentó a na-
die, con frecuencia ni siquiera al
artista. La mitad del mundo está
hambrienta, y el arte sólo alimenta
el espíritu, con un alimento no ma-
terial. Palabras, palabras, palabras.

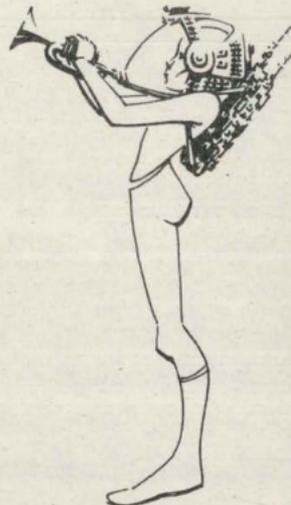
Título del original en inglés: *Science Fiction and Mrs. Brown*.
© 1976, Ursula K. Le Guin. Traducción de Carlos Gardini.

Tal vez un día deba comerme mis
palabras.

Pero aún así, esto es lo que pienso:
pienso que el arte sigue teniendo
una importancia central en cual-
quier época, la mejor o la peor,
porque no miente. La esperanza que
ofrece no es falsa. Y pienso que la
novela es un arte importante, porque
habla de las cosas que nos permiten
vivir y no son pan. Y pienso que la
ciencia ficción es... bueno, no im-
portante, pero digna de tomarse en
cuenta, porque es una promesa de
vida continua para la imaginación,
una buena herramienta, una am-
pliación de la conciencia, un atisbo
posible, contra un fondo vasto y
oscuro, de la muy frágil, muy heroica
figura de la señora Brown.

SINERGIA

EL FANZINE QUE RESISTE COMO EL ÚLTIMO
BASTIÓN DEL IMPERIO GALACTICO



director

Sergio Gaut vel Hartman

Sólo por suscripción C.C. 200 (1453) Suc. 53-B



EDUARDO J. CARLETTI

RUTA

*Relájese y disfrute
del viaje.*

ILUSTRACION DE JORGE SANZOL

*Veo a un hombre en un auto blanco
moviéndose como un fantasma en
[el horizonte.*

*Tomen todos sus sueños
y arrojémoslos lejos...*

YES

Entrás en la ruta propiamente dicha luego de pasar la rotonda de Mar Chiquita. Los kilómetros se deslizan despacio, mucho más despacio de lo que te gustaría. Prendés la radio, espantado por la falta absoluta de sonidos. Siempre te horrorizó la ruta: el silencio, la soledad; la oscuridad ominosa, envolvente; el riesgo constante de una mala maniobra, un reventón, la rotura de una pieza; cualquier

cosa pequeña que inevitablemente te llevaría a la catástrofe.

Estuviste todo el día lejos de la familia, solucionando los problemas ocasionados por un ladrón de manos rápidas, verdugo de turistas. La frente te late suavemente. Sentís que te sale la bronca otra vez; como ayer, como esta mañana. *Arreglar la cerradura del auto, pedir un préstamo a Julio, cerrar la cuenta del banco, asegurarte de que la denuncia telefónica a Diners haya tenido el curso correcto.* Cosas odiosas.

Cuanto más pensás en todo, más ganas tenés de llegar. Pero los kilómetros son interminables. La vuelta se hace larga. La ruta es oscura. Y estás cansado.

Te agachás un instante para ajustar la sintonía. Un dolor súbito en el pecho, punzante, te hace abrir los dedos de ambas manos, separándote por un momento del contacto con el volante. Te acomodás en el asiento, cerrando la pequeña ranura de la ventanilla: hace frío. Mucho frío.

La radio sigue desajustada. Se mezclan dos estaciones: la voz resonante de un periodista de noticiario, algo distorsionada por la sintonía incorrecta, y una música suave, cantada en inglés con maravillosa dulzura. Una mezcla verdaderamente atroz.

All our imagination, jewel of life. Trece grados. A guiding light la forma financiera a joyous new dawn, a clear commoción en el gifted time... Ajustás el dial. *Divine Nature. Super Nature.*

En unos minutos dejás las luces de la rotonda atrás, intermándote definitivamente en el largo y difuso túnel que dibujan los faros en la noche. Esperás la aparición de un cartel indicador, pero por muchos kilómetros no se ve ninguno. De cualquier modo eso no te preocupa: aun sin indicación sabés que faltan menos de cien kilómetros. Una hora.

Te das cuenta de la molestia en los ojos un poco más adelante: no se ve bien; para mantener el auto paralelo a la línea blanca del centro tenés que fijar mucho la vista. Pasás la mano por el interior del parabrisas para desempañarlo, mientras el limpiaparabrisas desparrama chorros de agua por el lado de afuera, dejando el vidrio

impeccable. A pesar de todo no se ve bien. Hay una neblina baja, liviana, no demasiado perceptible, que molesta mucho para manejar.

Bien. Es sólo una hora. Seguís a ciento veinte.

...In this cacophony of life...

Treinta y cinco kilómetros más adelante empezás a ver a los pájaros. Son oscuros, grandes y vuelan lenta, pesadamente. Aparecen generalmente desde el lado opuesto al mar (tu izquierda en este momento). Se deslizan oblicuamente a escasos centímetros del cemento, tan lejos que parecen arrastrarse, y se pierden por la derecha, a veces debajo del auto, aunque en ningún momento sentís el impacto. Son raros: tienen las plumas muy pegadas al cuerpo, como transpiradas, o quizá no tienen plumas en absoluto; más bien parecen cubiertos de cuero o piel. ¿Murciélagos? Imposible saberlo: la velocidad, la neblina y esa forma azarosa de aparecer se confabulan para impedirte una observación mejor.

Peace will come... un humo azulado. Come thru Horizon. Desast...

Aprovechás la distracción. La ruta es demasiado recta y monótona: Sabés que en estos casos son comunes los accidentes: la monotonía adormece. Te entrenés tratando de descubrir nuevas características de esos pájaros extraños, que parecen grandes fantasmas antediluvianos; grasosos, torpes, lentos. Así andás por kilómetros, observando. Observando.

Oh Dios. All that is good ¡Cómo... in this life... está! Is good, good is good. Una mancha, no sé...

Poco después la escena neblinosa vuelve a animarse. Ves nuevos personajes: pequeños cadáveres estampados en el cemento. Unos cuerpitos peludos, indefinidos, aplastados por las ruedas de los autos. Lo mirás con atención. No son cuises, esos ratones de campo que horrorizan a las mujeres. Estos son unos animalitos de pelaje más variado, más colorido, como el de los gatos; aunque está claro que no lo son: no tienen cola. Deben ser alguna clase de roedores locales, pensás, sin preocuparte demasiado. Vizcachas. O algo así.

Luego de cuarenta minutos te resulta sorprendente que no haya ningún cartel. Otra cosa rara es la falta total de curvas, ya que esa ruta bordea el mar a corta distancia y la costa es accidentada. Sin embargo el camino es recto, continuamente recto. Y vos creés recordar que anoche, en el viaje de ida, no era así. Qué extraño.

The spirit sings in crashing tones... que ese hombre de... the hour approaches, pounding out the Devil's sermon. ¡No puedo!

En un pantallazo fugaz, ves a alguien haciendo dedo: un bulto informe a un lado, haciéndote señas para que lo lles. Lo pasás velozmente, casi sin verlo. No pensás llevarlo, claro, pero si hubieses querido hacerlo tampoco te hubiera sido posible parar sin pasarte de largo por lo menos medio kilómetro, ya que no lo viste hasta estar prácticamente a su lado y a ciento veinte kilómetros por hora...

La verdad que el pobre eligió mal el lugar para hacer dedo, pensás, aunque en esa ruta no le quedarían opciones. No va a tener suerte hasta que se haga de día. Seguro.

Faltando unos cuarenta kilómetros para Pinamar empezás a notar, ya conscientemente, que algo raro está ocurriendo. Los pájaros van raleando, pero los animalitos peludos cada vez aparecen más seguidos, bruscamente, cayendo bajo las ruedas del Renault con un siniestro ruido sordo, muriendo a montones. La neblina continúa molestando parcialmente la visibilidad dentro del primer metro desde el nivel del camino. Pero lo raro es que éste empieza a mostrarse muy deteriorado, con largas rajaduras cruzándolo de lado a lado y a lo largo. Grandes mordiscos han atacado parte de la banquina y el borde de la ruta. Es asombroso: pasaste por ahí la noche anterior y —estás seguro, casi seguro— no viste esa destrucción. Pensás en un terremoto; luego lo descartás: te hubieras enterado. Sin duda.

El drama empieza cuando llegás a la rotonda de Gesell. Esperás ver ahí los clásicos carteles verdes con el kilometraje, pero no están. La rotonda se ve igual que siempre, cubierta por esos pastos a medio amarilllear, pero las luces están apagadas y sus columnas parecen fostoros quemados: están dobladas, caídas, casi totalmente herrumbrosas. Al girar siguiendo el círculo de la rotonda descubris un cartel, o lo que queda de un cartel:

un triángulo mordido de color anaranjado-rojizo, puro óxido, que se sostiene en los postes por milagro. Te asustás.

Tal vez, ya... this endless night... nada que... soon oh soon the light...

Girás y te metés rumbo a Gesell. Gracias a que la vista de todos esos increíbles detalles te hizo bajar la velocidad podés frenar a tiempo. Unas enormes paredes de arena tapan el camino: médanos; pero médanos gigantes. Te sentís perdido, aterrizado. Volanteás y te zambullís en el camino a Pinamar. Acelerás bruscamente; la mente confusa por el miedo, el terror. Perdidó. Perdidó.

De Gesell a Pinamar son unos veinte kilómetros. A lo largo de ese trecho te cruzás cinco veces con el bulto que hace dedo. No es humano. Tiene un cuerpo peludo como el de los pequeños suicidas pero lleva cola, una cola gruesa y peluda. Su cara queda siempre en las sombras, pero vas armando poco a poco el rompecabezas, retazo tras retazo de destellos vislumbrados, y el resultado no te gusta. Es algo horroroso. Realmente horroroso.

Cuando terminan los veinte kilómetros la entrada a Pinamar no aparece. Enormes médanos flanquean la ruta. En algunos casos las laderas de arena llegan casi a cubrir el pavimento. Sin embargo nunca sobrepasan la línea blanca lateral: un camino cuidado, parecería. Bajás la velocidad, buscando una salida de esa ruta grotesca. El camino continúa indefinida-

mente; recto, deteriorado, fantasmagórico. Cruzás delante de gigantesca moles de arena, algunas tan enormes que no entendés cómo no han engullido la ruta. El rumor constante de los neumáticos transmite sensorialmente a tu cuerpo la geografía destruida de la superficie del camino: grietas, roturas, largas fisuras, como rayos furiosos de una tormenta subterránea. Los animalitos aparecen en manadas. Te parece que lo que quieren es hacerte parar, detenerte. El ruido sordo de sus cuerpos golpeando las cubiertas del auto es continuo, ominoso. Una ojeada al espejo te muestra el panorama trasero: cuerpos aplastados, destrozados, con las vísceras desparramadas, apenas iluminados por el fulgor rojizo de los faros posteriores. Otros que no han tenido tanta suerte —la muerte súbita, piadosa— se arrastran lenta, dolorosamente, tratando de seguir su interrumpido camino. Ves pájaros llevándose los pedazos, lo que explica esos vuelos lentos, rasantes: van a la caza de los sobrevivientes; les gusta la presa viva. Escalo-friante.

On a sailing ship to nowhere, por favor... If the summer changed to winter, yours is no disgrace...

En dos ocasiones la imagen de las dunas te parece extraña. Bajás la velocidad (el miedo te llevó a correr a más de ciento cuarenta) y esperás. De pronto otro montículo se desliza a tu lado, sobre la derecha. No es arena, seguro. Parece una montaña de ramas y bolas blancas. Después pensás y un escalofrío penetrante corre por tu

columna vertebral: huesos. Eso parecen. Huesos. Huesos.

El autoestopista fantasmagórico sigue apareciendo, insistentemente. Echás una ojeada al indicador de combustible: queda algo más de la mitad. A veces el ser peludo intenta cruzarse, ponerse en tu camino para lograr que te detengas. Lo esquivás violentamente, aterrizado. Estás transpirando; hace frío, pero estás transpirando. Es miedo. Miedo de verdad. Auténtico. Doloroso.

Las montañas blancas aparecen más y más seguido. En dos casos te parece ver unos seres zancudos, quitinosos, con pinzas en las patas delanteras, llevándose huesos hacia el extremo de las cabezas puntiagudas. Tienen ojos negros y frios. Tratás de no mirarlos.

Yours is no disgrace, Yours is no disgrace. Death-defying, mutilated...

De las grietas salen formas alargadas, ondulantes, que cruzan velozmente el cono de luz del Renault. En algunos casos te parece que las pisás; la sensación del golpe es diferente a la de los animalitos suicidas: como pisar una rama, un toc apenas perceptible. Mirás para atrás por el espejo lateral y ves el reflejo de tus luces traseras y unas serpientes brillosas, azuladas, que terminan de cruzar, ondulantes, y se deslizan velozmente en las azarosas rajaduras.

Tenés la mente congelada. No podés pensar. Una única esperanza se aferra a los últimos restos de tu cordura: una salida, buscar una salida. La pared de médanos es

ahora constante, sólo interrumpida cada tanto por los montones siniestros de color blancuzco. El cielo se ha puesto negro, totalmente negro. El espectáculo glorioso de la Vía Láctea se ha retirado y ahora reina la oscuridad. Las laderas arenosas se inclinan cada vez más hacia la ruta, imposibles, volviéndose verticales. Empezás a ver a los pájaros anidando en grietas oscuras. Están comiendo. Te miran interesados, con ojos rojizos. No tienen plumas, sino cuero; una piel marrón, aceitosa. Esperan.

No puedo... no puedo hacer nada. Battleships come fighting me, está muerto oh muerto oh Dios and tell me where you are. Lost...

Los sucesos se disparan. Ves una sombra que salta y se lanza sobre los faros: el ser peludo, esa monstruosidad. Frenás y pegás un volantazo. El auto se agacha y se sacude violentamente: uno, dos impactos. Golpes sordos sobre el radiador y el techo. Ves por el retrovisor que ha quedado tirado allí detrás. Los pájaros se acercan. A la distancia ves que un ser con forma de cucaracha y ojos frios lo arrastra hacia su montaña de huesos. Cuando volvéis la mirada al frente te quedás sin respiración: a pocos metros hay una pared. Clavás los frenos y ves cómo se acerca silenciosa, dolorosamente; cómo se aplasta contra la trompa blanca del auto; cómo la atravésas, todavía sin sentir el impacto. Son arañas. Una telaraña inmensa que cruza toda la ruta, superpoblada por cuerpos gordos y jugosos llenos de patas: arañas. El parabrisas

queda cubierto de cuerpos reventados, que derraman un líquido amarillo que te impide ver. Hacés funcionar el limpiaparabrisas, mientras las lágrimas del terror te corren por la cara. Las arañas sobrevivientes caminan por el ángulo que queda entre el capot y el vidrio. Algunas se han aferrado a los brazos del limpiaparabrisas y danzan siguiendo ese movimiento pendular. Aceleras, y el viento y el chorro del limpiador empiezan a llevárselas. Hay varias pegadas por sus propios líquidos en la parte superior del recorrido curvo de las escobillas. Ahí quedan, moviendo las patas débilmente. Sentís náuseas. No mirás las arañas. Preferís seguir buscando una salida. La manera de huir.

El hombre peludo se lanza tres veces más frente a las ruedas. Te has convertido en un esquivador experto. No volvé a tocarlo, aunque rozás un par de veces los altos acantilados de arena, que ahora son los bordes ominosos de un cañadón, como si la ruta estuviese corriendo por dentro de una profunda grieta de paredes lisas, perfectas, habitadas por pájaros carnívoros y otros seres indescriptibles.

*Lost in summer, born in winter...
tápenlo por Dios.*

Atropellás varias telas de araña más, ahora ya sin frenar y con los limpiaparabrisas funcionando al máximo, para evitar los momentos

de ceguera, que pretende aprovechar ese cíclico ente suicida para lanzarse y detener tu marcha. Te parece que las paredes de los médanos ya se han cerrado por encima; así se ve entre la niebla y el reflejo de los faros. Deberías mirar hacia arriba y asegurarte, pero no te animás a abrir la ventanilla. Temés las arañas, los pájaros, el ser peludo, el terror de esa ruta de pesadilla.

Recorrés miles de kilómetros —o así te parece— por un túnel silencioso de arena, huesos y telas de araña. Los pájaros ya no se ven, pero empezás a vislumbrar un movimiento constante sobre las paredes interminables: son gusanos, millones de gusanos, comiéndose vorazmente el propio túnel.

Ya no reaccionás. Has superado el umbral de horror máximo, de miedo supremo. Estás perdido en el Infierno, en un infierno privado y fantasmagórico. Seguis rodando infinitamente, atropellando criaturas monstruosas, rasgando de tanto en tanto las telas, viendo esas paredes que se desmoronan sobre vos, mientras tus manos se retuercen dolorosamente y el atroz reflejo de tu cara en el espejo te sonríe, con una mueca sardónica, una bienvenida triunfal.

*Lost in summer, born in winter,
Travel very far;*

*Lost in losing circumstances,
That's just where you are.*

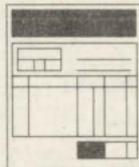
© 1986, Eduardo J. Carletti.

ecos

PRODUCCIONES
GRAFICAS

Le ofrece esto en FOTOCOMPOSICION

SIN ARMADOR
DIRECTAMENTE
DE LA MAQUINA
A LA IMPRESION

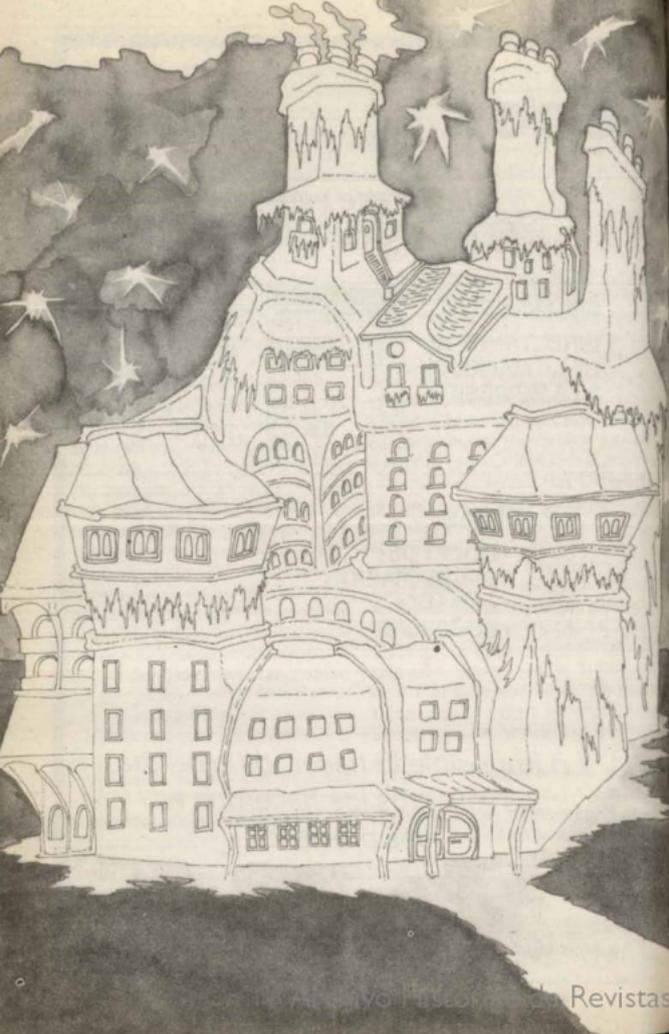


A	H	O	R	A	
L	O				
M	E	J	O	R	
A	L				
M	E	N	O	R	
P	R	E	C	I	O

Y ADEMAS

- BOCETOS
- DIAGRAMACION
- ARMADO
- PELIÍCULAS

*Lo imposible lo hacemos en el día,
los milagros los hacemos en
los precios.*



AVRAM DAVIDSON

LA CASA DE LOS BLACKENEYS

*Un sitio verdaderamente
hospitalario.*

ILUSTRACIÓN DE SERGIO KERN

—Eh —dijo Vieja Grande Mary—, cuatro gentes vienen por el Camino del Bosque.

Joven Rojo Tom comprendió enseguida. —No nuestros, eh.

Se hizo un gran silencio en la larga cocina. Viejo Blancuzco Bill se movió en el sillamiento. —Deben ser Polvorosa Bob y Flaca Jinnie —dijo—. Ayúdeme, alguien, a levantarme.

—No —dijo Vieja Grande Mary—. No son ellos.

—Tienen que ser. —Viejo Blancuzco Bill se levantó, apoyándose en el bastón.— Tienen que ser ellos. ¿Quién otro? Siempre dije, yo, que ella lo había seguido.

Joven Blancuzco Bill puso otra

leñardiente en la flama. —Rudo, rudo —masculló. Entonces todos se pusieron a hablar al mismo tiempo, apiñándose frente a las ventanas. Luego todos callaron. Los grandes calderos burbujaban. Joven Grande Mary murmuraba excitadamente. Luego las palabras sonoclaras.

—Mirad... mirad... no son Blackeneys, digo.

Vieja Pequeña Mary, bajando de la sala de hilar, gritó: —¡Gentes! ¡Gentes! ¡Tres y cuatro gentes por el Camino del Bosque y yo no las conozco, y, oh, rarocaminan!

—¡Cuatro extraños!

—¡No Blackeneys!

—¡Basta de boboparla! ¡Tienen que ser! ¿Quién otro?

—Pero no Blakeney's!

—¡No de La Casa! ¡Mirad, mirad!
¡Gentes... no de La Casa!

—¿Polvorosa Bob y Flaca Jinnie?

—No, imposible. No viejos.

—¿Hijos? ¿Nietos?

Todos los que antes no miroveían se acercaron ahora, todos los de La Casa. Vinieron corriendo del cuarto de las vacas y el cuarto de los caballos y el cuarto de ordeñar, el cuarto de planchar, el cuarto de enseñar, y aun del cuarto de los enfermos.

—¡Cuatro gentes! ¡No Blakeney's, dicen!

—¡Blakeney's o no Blakeney's, no de La Casa!

Robert Hayakawa y su esposa Shulamith salieron del bosque, acompañados por Ezra y Mikicho. —Bien, como decía —observó Robert, con su voz lenta y pausada—, un camino puede terminar en ninguna parte, yendo en una dirección, pero es improbable que termine en ninguna parte yendo en la otra.

Shulamith suspiró. Estaba preñada. —Campos arados. Me alegra eso. No había indicios de ellos en ninguna otra parte del planeta. Debe ser una nueva colonia. Pero ya hemos pasado por todo eso... —Se detuvo de pronto, y todos se detuvieron.

Ezra señaló. —Una casa...

—Se parece más a... bien, ¿cómo llamarla? —Mikicho movió la boca, buscando una palabra. —¿Un... castillo, Robert?

—Sea lo que fuere, no es nuevo —dijo Robert, con mucha suavidad—. Por cierto no es nuevo, Shulamith. ¿Qué...?

Ella había soltado un chillido de alarma, o quizá sólo de sorpresa. Los cuatro se volvieron para ver qué la había sorprendido. Un hombre corría hacia ellos por el campo. Se detuvo, tambaleando, cuando todos se volvieron hacia él. Luego echó a andar de nuevo, con un paso extraño y desmañado.

Al rato vieron que movía la boca. Él señaló a los cuatro, agitó la mano, movió la cabeza.

—Eh —le oyeron decir—. Eh, eh, eh. Mirad. Mum. Mum mum mum. Oh, eh...

Tenía una cara rubicunda, una cara redonda abultada encima de los ojos prominentes y azules. La nariz era aguileña, filosa y ganchuda, y la boca era fofa y trémula.

—Oh, eh. Debéis de ser... oh, ¿cómo se llamaba? Y ella se fue para seguirlo. Hace muchomucho. ¡Jinnie! ¡Flaca Jinnie! Nietosnietos, ¿eh? —Detrás de él, en el campo, dos animales estaban parados ante un arado, agitando la cola.

—Mikicho, mira —dijo Ezra—. Ésas deben ser vacas.

El hombre se había detenido a tres metros. Vestía una tela tosca y holgada. De nuevo meneó la cabeza.

—Vacas, no. Oh no, mum mum, son como vacas, pero estériles. —Algo se le ocurrió, haciéndolo trastabillar de asombro. —¡Eh, no me reconocéis! ¡No me reconocéis! —Rió. —Oh. Qué cosa. Extraños Blakeney's. Viejo Rojo Tom, yo.

Gravemente, se presentaron. Él frunció el ceño, moviendo la boca floja. —No conozco esos nombres —dijo, al cabo de un momento—. No, mum. Los crié, como hijos, en

el bosque. Hace muchomucho. ¡Ah sí! Polvorosa Bob. ¡Sí, así se llamaba! Vuestro abuelo. Muerto, ¿eh?

Cortés y fatigosamente, sintiendo —ahora que se había detenido— el cansancio de la caminata, Robert Hayakawa dijo: —Temo que no lo conozco. Creo que no somos quienes usted cree que somos... ¿Podríamos seguir hasta la casa? —La esposa murmuró su aprobación, y se apoyó contra él.

Viejo Rojo Tom, que estaba boquiabierto, pareció reaccionar de golpe ante una palabra. —¡La Casa! Eh, sí. Seguir hasta la casa. Bien. Mum.

Echaron a andar, más despacio que antes, y Viejo Rojo Tom, tras desatarse a los animales, los siguió gritando cada tanto cosas ininteligibles.

—Un tipo raro —dijo Ezra.

—Habla de un modo tan extraño —dijo Mikicho. Y Shulamith dijo que lo único que quería era sentarse. Luego...

—Oh, caramba —dijo—. ¡Caramba!

—Todos han venido a saludarnos —observó el marido.

Y así era.

Nada similar había ocurrido en la historia de los Blakeney's. Pero supieron comportarse. Llevaron a los forasteros a La Casa, les dieron los sillamientos más mullidos, más cercanos a la flama; les dieron lechecalda y quesocarne y tatoplantas. La fatiga invadió a los recién llegados; comieron y bebieron algo, luego se adormilaron en silencio.

Pero la gente de la casa no guardaba silencio, al contrario. La mayoría de los que no estaban acababan de regresar, y daban vueltas, algunos engullendo algún bocadito, otros estirando el pescuezo para mirar, la mayoría hablando y hablando y hablando, algunos murmurando, ahora que la excitación inicial había decaído un poco. Para los recién llegados, que abrían los ojos con esfuerzo, los de la casa parecían figuras de esas salas de espejos sobre las que habían leído en libros de historia social: las mismas caras y ropas, pero no, por cierto, las mismas dimensiones. Por todas partes, tez rubicunda, ojos azules y protuberantes, huesos abultados en la frente, narices ganchudas y delgadas, bocas fofas.

Blakeney's.

Blakeney's delgados, Blakeney's grandes, Blakeney's pequeños, viejos, jóvenes, varones y mujeres. Parecía haber un modelo tipo a partir del cual se habían bosquejado o comprimido los otros, pero costaba adivinar cuál era el modelo exacto.

—De las Estrellas, pues —dijo Joven Grande Mary, y lo repitió una y otra vez, sonoclara—. Nadie más vive en Mundo de Blakeney. Las Estrellas, las Estrellas. Eh, las Estrellas, igual que los Capitanes.

Joven Blancuzco Bill señaló a Shulamith con una vara de leñardiente. —Bebé crece —dijo—. Pronto, pronto. Bébé pronto.

Con gran esfuerzo, Robert se despertó. —Sí. Pronto tendrá un bebé. Agradeceríamos vuestra ayuda.

Viejo Blancuzco Bill vino a echar otra ojeadita, tambaleándose sobre

el bastón. —Nosotros descendemos —dijo, acercando la cara a la de Robert—, nosotros descendemos de los Capitanes. ¿No habéis oído hablar? ¿No? Raro. Rarorraro. Nosotros descendemos, mirad. De los Capitanes. Capitán Tom Blakeney. Y sus esposas. Capitán Bill Blakeney. Y sus esposas. Hermanos, ellos, Jennie, Mary, esposas de Capitán Tom. Otra Mary, esposa de Capitán Bob. Tenía otra esposa, él, pero no recordamos el nombre de ella. Vivían en las Estrellas, ellos. ¿Vosotros también? ¿Mum? ¿Eh, Estrellas?

Robert asintió. —¿Cuándo? —preguntó—. ¿Cuándo llegaron de las Estrellas? Los hermanos.

Había caído la noche, pero no se encendieron luces. Sólo el fuego movido de la flama, constantemente alimentada con trozos de grasa y leñardiente grasienta, chisporroteaba y alumbraba la gran sala.

—Ah, cuándo —dijo Viejo Rojo Tom, acomodándose en el sillanesto—. Cuando nosotros niños, dicen los viejos Blakeney, eh, cinco centos. Hace muchochuco.

—Rarocaminan —dijo de pronto Vieja Pequeña Mary—. Raropran. ¡Pero, oh, también rarolucen!

—Un bebé. Un bebé. Crece pronto, un bebé.

Y dos o tres Blakeney pequeños, versiones encogidas de sus mayores, gorgotearon y rieron y pidieron ver al bebé de las Estrellas. Los grandes rieron. Pronto, les dijeron.

—Quinientos... —Hayakawa dormitaba. Despertó de golpe.— Nosotros cuatro —dijo— nos dirigíamos en nuestra nave a las lunas de Lor.

¿Habéis...? No, ya veo que no. Es un viaje corto, en verdad. Pero algo nos ocurrió, no sé... cómo explicarlo... chocamos con algo... algo que no estaba allí. ¿Una distorsión? ¿Un agujero? Fue como si la nave se hundiera... Y luego, después de eso, nuestros instrumentos dejaron de funcionar y advertimos que no teníamos referencias celestiales... no conocíamos un solo astro. ¿Cómo es esa frase? "¿Un nuevo Cielo y una nueva Tierra?" Pudimos alcanzarla. El Mundo de Blakeney, como lo llamáis.

Las chispas estallaban y volaban. Alguien dijo: —Horasueño. —Y entonces todos los Blakeney se fueron y Hayakawa durmió.

Era horaseo cuando los cuatro despertaron, y todos los Blakeney de La Casa, grandes y pequeños, se frotaban el cuerpo y la ropa. —Supongo que esa comida de la mesa es para nosotros —dijo Ezra—. Su pondré que es para nosotros. Di la oración, Robert. Tengo hambre.

Después se levantaron y echaron un vistazo. La sala era grande y el extremo opuesto tan oscuro, pese al sol que entraba por las persianas abiertas, que apenas podían distinguir la pintura de la pared. La pintura se estaba descascarando, de todos modos, y una grieta parecida a un relámpago la atravesaba; le habían pegado yeso o algo parecido, pero se había caído casi todo, y su único efecto perdurable era el de deformar aun más la pintura.

—¿Crees que las dos imágenes grandes podrían ser los Capitanes? —preguntó Mikicho, pues Robert les

había contado lo que había dicho Viejo Blancuzco Bill.

—Supongo. Lucen hosclos y resueltos. ¿Alguien sabe cuándo fue la persecución de los poligamos?

Los textos de historia social decían poco sobre ese período, pero los cuatro al fin convinieron en que había sido durante la Era de la Terminación, es decir seiscientos años atrás.

—¿Es posible que la casa sea tan vieja? —preguntó Shulamith.

—Ciertas partes podrían serlo, creo. Te diré lo que pienso. Pienso que esos dos Capitanes partieron como antiguos patriarcas, con sus esposas, familias, rebaños y demás, dirigiéndose hacia alguna parte donde no sufrieran persecuciones. Y luego chocaron... bien, con lo que chocamos nosotros, sea lo que fuere. Y terminaron aquí. Como nosotros. —Y quizá —dijo Mikicho, con un hilo de voz— pasen otros seiscientos años antes que venga alguien más. Oh, nos quedaremos aquí para siempre. No hay duda.

Siguieron caminando, callados e inseguros, por corredores interminables y habitaciones interminables. Algunas estaban bastante limpias, otras estaban llenas de polvo y desperdicios, algunas estaban deterioradas, otras se usaban como pesebres y establos, y en una había una forja tibia.

—Bien —dijo al fin Robert—, debemos sacar el mejor partido de la situación. No podemos alterar la configuración del universo.

Siguiendo los sonidos que oyeron a continuación, llegaron al cuarto de lavar, resbaladizo, tibio, húmedo,

ruidoso. Una vez más fueron rodeados por la extraña figura de Blakeney en sus muchas permutaciones. —¡Horaseo, horaseo! —gritaron los anfitriones, indicándoles dónde poner las ropas, tocándoles las prendas con curiosidad, ayudándoles a enjabonarse, explicándoles cuáles estauques eran alimentados por manantiales calientes, cuáles por manantiales tibios y fríos, dándoles toallas, ayudando atentamente a Shulamith.

—Vuestra casamundo, eh —le dijo a Ezra un Blakeney enjabonado—, ¿más grande que esto? No.

—No —convino Ezra.

—¿Vosotros... Blakeney? No. Mum, mum, Eh. ¿Familia? ¿Más pequeña, eh?

—Oh, mucho más pequeña.

El Blakeney cabeceó. Luego se ofreció a frotar la espalda de Ezra si Ezra le frotaba la suya.

Pasaron las horas, y los días. Aparentemente no había gobierno ni reglas, sólo maneras, costumbres y prácticas. Los que tenían ganas trabajaban; los que no tenían ganas, no. Nadie sugirió a los recién llegados que hicieran nada, nadie les impidió hacer nada. Fue quizá una semana más tarde cuando Robert y Ezra decidieron hacer una excursión a lo largo de la costa de la bahía. Dos caballos robustos arrastraban una carreta desvencijada.

El nombre del cochero era Joven Pequeño Bob. —Tengo que reparar un piso —dijo—. En el cuarto de enfermos. Necesito tablonos. Muchos en ríoagua.

El sol era tibio. Cada tanto La Casa desaparecía detrás de árboles o

colinas, y cada tanto, a medida que el camino seguía la curva de la bahía, reaparecía, dominándolo todo.

—Tenemos que encontrar alguna ocupación —dijo Ezra—. Está bien que esta gente sea una familia grande y feliz, mejor que lo sea, siendo la única familia en todo el planeta. Pero si paso mucho más tiempo en su compañía me volveré tan pegajoso como ellos.

Robert dijo, con una mueca desdenosa, que los Blakeney no eran muy pegajosos. —Además —señaló—, tarde o temprano nuestros hijos tendrán que casarse con ellos, y...

—Nuestros hijos pueden casarse entre sí...

—Nuestros nietos, entonces. Temo que no tenemos las antiguas habilidades necesarias para ser pioneros, de lo contrario podríamos ir... a cualquier parte. Después de todo, sobra lugar. Pero en pocos cientos de años, tal vez menos, nuestros descendientes habrían procreado tanto entre sí que tendrían las mismas rarezas. De este modo, al menos, hay una oportunidad. El vigor de los híbridos, y todo eso.

Vadearon el río en un lugar que estaba justo frente a La Casa. Una delgada voluta de humo se elevaba de una de las grandes y esbeltas chimeneas. La carreta dobló por un sendero cubierto de malezas que bordeaba el río. —Muchos tablones —dijo Joven Pequeño Bob—. Mum mum mum.

Había muchos tablones, tal como él decía, cubiertos por una pátina gris plateado. Estaban apilados bajo el techo de un gran cobertizo abierto. Al costado, una rueda enorme gi-

raba y giraba en el agua. Al igual que el techo, la rueda estaba hecha de un metal opaco e inoxidable. Pero sólo la rueda giraba. El resto de la maquinaria estaba cubierta de polvo.

—Piedras molares —dijo Ezra—. Y sierras. Tornos. Y... toda clase de herramientas. ¿Por qué...? ¿Bob? Joven Pequeño Bob, ¿por qué molés el grano a mano?

El cochero se encogió de hombros. —Hay que hacer harina, eh. Pan.

Obviamente, ninguna máquina estaba en condiciones de funcionar. Pronto fue evidente que ningún Blakeney viviente sabía cómo repararlas, aunque (dijo Joven Pequeño Bob) algunos recordaban tiempos en que las cosas eran diferentes: Vieja Grande Mary, Vieja Pequeña Mary, Viejo Blancuzco Bill...

Hayakawa, con un gesto cortés, interrumpió la enumeración. —Ezra... creo que podríamos reparar todo esto. Ponerlo en condiciones de funcionar. Ésa sería una buena ocupación, ¿verdad? Algo que valdría la pena. Cambiaría mucho las cosas.

Ezra dijo que las cambiaría totalmente.

El bebé de Shulamith, una niña, nació un atardecer de verano, cuando el sol estriaba el cielo de rosa, carmesí, magenta, lima y púrpura. —La llamaremos Esperanza —dijo ella.

—Pinzas para hacer pinzas —llamaba Mikicho al trabajo de reparación. Vio la restauración de la energía hidráulica como el inicio de un proceso que con el tiempo los devolvería nuevamente al espacio. Robert y Ezra no la alentaban en esto. Era un trabajo largo y agota-

dor. Recorrieron y exploraron La Casa desde el deteriorado último piso hasta el vasto sótano con columnas, encontrando muchas cosas útiles, muchas cosas inútiles pero interesantes y curiosas, y muchas cosas no sólo inútiles sino de utilización enigmática. Hallaron herramientas, metal para fabricar herramientas, hallaron una biblioteca completa y hallaron la imprenta fabricada por Blakeney con que se habían impreso los libros; el más reciente era un tratado sobre las enfermedades del ganado, y databa de más de cien años atrás. La decadencia había sido acelerada.

Ningún Blakeney ayudaba mucho en las reparaciones. Eran voluntarios para alzar y mover cosas, hasta que dejó de ser una novedad; luego no hacían sino estorbar. Lo más parecido a una excepción era Gordinflón Rojo Bob, el herrero; y, como su tarea habitual consistía sólo en afilar arados, ni siquiera él era muy útil. Robert y Ezra trabajaban de sol a sol. Habrían trabajado más tiempo, pero en cuanto el aire empezaba a enfriarse, los Blakeney que estaban cerca se ponían inquietos.

—Hay que volver, eh. Hay que regresar.

—¿Por qué? —había preguntado Ezra, al principio—. No hay animales dañinos en Mundo de Blakeney, ¿verdad?

No era nada que ellos pudieran articular en palabras, ni con sonolero ni con murmurarla. No tenían ninguna tradición sobre criaturas que acechan en la noche, pero nada podía persuadirlos de pasar un

minuto de la noche fuera de las gruesas paredes de La Casa. Robert y Ezra prefirieron ceder, regresar con ellos. Hubo tantos arranques falsos en que las máquinas empezaban a funcionar para luego detenerse, que no se llevó a cabo ninguna celebración para señalar tal o cual día como el del triunfo. Lo más parecido a eso fue la tanda de tortas que Vieja Grande Mary horneó con la primera harina molida por la piedra.

—Como hace muchomucho —dijo con satisfacción, lamiéndose migajas alrededor de la boca desdentada. Miró a los recién llegados, le hizo una mueca a la niñita. Se le ocurrió un pensamiento, y al cabo de un instante lo expresó—. No nuestra —dijo—. No nuestra, tú. De otros. Pero te prefiero, yo, antes que a Polvorosa Bob de vuelta, o Flaca Jinnie... Sí, lo prefiero.

Había una sola hacha utilizable, de modo que no se cortaba madera. Pero Ezra encontró una caleta donde la madera flotante —ramas y árboles enteros— se apilaba continuamente; y a la sierra no le faltó madera para morder.

—Muchos tablones, eh —dijo un día Joven Pequeño Bob.

—Estamos construyendo una casa —explicó Robert.

El cochero miró a través de la bahía las poderosas torres y torrecillas, los grandes tejados y las largas paredes. Desde lejos no se notaba ninguna grieta, aunque se veía que dos chimeneas estaban ligeramente ladeadas. —Mucho para construir —dijo—. Eh, techo entero en

esquina del ala norte, mum mum. Está malo, eh, malo.

—No, estamos construyendo nuestra propia casa.

Él los miró sorprendido. —Construir otro cuarto, ¿eh? Fácil, digo. Limpiamos un cuarto de nadie. Eh, ¡muchos cuartos!

Robert postergó el problema esa vez, pero no podía postergarlo para siempre, así que una noche, después de la cena, se puso a explicar. —Estamos muy agradecidos por la ayuda que nos habéis dado —dijo—, pese a que somos extraños y desconocemos vuestras costumbres. Tal vez por eso, porque somos extraños, queremos tener una casa propia donde vivir.

Los Blakeney, por ser los Blakeney, estaban bastante callados. Además no comprendían.

—Es nuestro modo de vida. En muchos de los otros mundos muchas familias viven en una sola casa grande, y son familias mucho más pequeñas que ésta, que la vuestra, que los Blakeney. Pero no en el mundo donde vivíamos nosotros. Allí, cada familia tiene su propia casa. Nos hemos acostumbrado a eso. Ahora, al principio, nosotros cinco viviremos en la casa nueva que construiremos cerca del molino. Pero en cuanto podamos construiremos una segunda casa. Luego cada familia tendrá la suya...

Se interrumpió, mirando con desolación a su esposa y sus amigos. Empezó de nuevo, enfrentado a una incompreensión absoluta. —Esperamos vuestra ayuda. Cambiaremos nuestros servicios por vuestras provisiones. Vosotros nos daréis ali-

mento y vestidos, nosotros moleremos vuestra harina y aserraremos vuestra madera. Podemos ayudarlos a reparar muebles, telares, pisos rotos, paredes, techos. Y eventualmente...

Pero no llegó a explicar qué pasaría eventualmente. Ya tenía demasiado con haber explicado lo de la casa nueva. Ningún Blakeney asistió al levantamiento de la casa. Robert y Ezra prepararon un cabrestante y un montacargas, un soporte y un aparejo, y lograron, con la ayuda de las dos mujeres, terminar de construir la casa. Pero ningún Blakeney volvió con grano para moler, y cuando Robert y Ezra fueron a verlos notaron que los listones recién aserrados y la madera torneada aún estaban donde los habían dejado.

—La comida que nos llevamos se terminó —dijo Robert—. Necesitamos más. Lamento vuestra pena. Os pido comprensión. No es falta de afecto. Es que tenemos que vivir a nuestro modo. En nuestras propias casas.

Un Blakeney pequeño rompió el silencio. —¿Qué es eso, "casas"? Lo silenciaron, aclarándole: —Esa palabra no existe, eh.

Robert continuó: —Os pediremos cosas en préstamo. Queremos suficiente grano y tatoplantas y cosas así para subsistir hasta que podamos levantar nuestra propia cosecha, y animales para ordeñar y bestias de tiro hasta que podamos criar los nuestros. ¿Nos haréis ese favor?

Todos guardaron silencio, excepto Joven Blancuzco Bill, agazapado junto a la flama, que murmuraba "Rudo rudo". Ojos saltones y azules

los miraban, caras quizá más rubicundas que de costumbre, bocazas fofas temblaban bajo largas narices ganchudas.

—Perdemos el tiempo —dijo Ezra.

Robert suspiró. —Bien, entonces no tenemos otra opción, amigos... Blankeney... Tendremos que tomar lo que necesitamos. Pero os lo devolveremos en cuanto podamos, dos por uno. Y cada vez que necesitéis nuestra ayuda o nuestros servicios, contad con nosotros. Seremos amigos de nuevo. Tenemos que ser amigos. Hay tantos modos de ayudarnos mutuamente para vivir mejor... y en verdad, somos los únicos humanos de este planeta. Nosotros...

Ezra lo codeó, incitándolo a irse. Tomaron un carreta y un par de caballos, un carretón y una yunta de novillos estériles, cargados de comida. Tomaron vacas y ovejas, un toro joven y un carnero de un año, unas piezas de tela, y semilla. Nadie se los impidió ni trató de interferir cuando se marcharon. Robert se volvió para mirar a esa gente callada. Pero luego, con la cabeza gacha, sólo observó el camino de la bahía allá adelante, sin volverse para mirar el agua ni los árboles.

—Es bueno que puedan vernos aquí —dijo más tarde—. Eso los obligará a pensar. Tarde o temprano se acercarán.

Vinieron antes de lo que él creía.

—¡Qué alegría, amigos! —Robert salió a la carrera para saludarlos. Lo atraparon y lo sujetaron con inusitada brusquedad. Luego, sin prestar atención a sus angustiosos

gritos de "¿Por qué? ¿Por qué?", entraron en la nueva casa y sacaron a la rastra a Shulamith, Mikicho y la niña. Ahuyentaron a los animales de los establos, pero no tomaron nada más. La cocina era ahora el objeto de mayor interés. Al principio la voltearon, luego desparramaron las brasas, luego encendieron ramas de leñardiente y las llevaron de aquí para allá. Pronto el edificio estaba en llamas.

Los Blakeney parecían poseídos. Las caras rojas, los ojos desorbitados, murmuraban y devaneaban. Cuando Ezra, que estaba trabajando en el galpón, corrió para enfrentarlos, lo tumbaron y lo apalearon. Cuando ellos terminaron, Ezra no se levantó; aparentemente no se levantaría nunca más. Mikicho soltó un largo e incansante gemido.

Robert dejó de forcejear un instante. Sus captos, desprevénidos, lo asieron con menos fuerza. Él se soltó de manos y ataduras gritando "¡Las herramientas! ¡Las herramientas!", y se lanzó hacia el fuego. El techo llameante se desplomó sobre él con gran estrépido. No se lo oyó más. Shulamith se desmayó. La niña empezó un lamento débil y agudo.

Con frenética rapidez, los Blakeney apilaron más madera, desperdicios y objetos alrededor de las máquinas del cobertizo, y pronto incendiaron todo.

Las llamaradas se veían desde lejos.

—No bien, no bien, estaba eso, —repetía Joven Rojo Bob una y otra vez.

—Una cosa mala —convino Vieja Pequeña Mary.

Joven Grande Mary llevó a la niña. Shulamith y Mikicho fueron llevadas a la rastra.—Pequeña niña, eh, eh —canturreaba Joven Grande Mary.

Viejo Blancuzco Bill estaba dubitativo.—Sangre mala, esa —dijo—. Mujeres extrañas darán más bebés. Mum mum —meditó—. Educaremos mejor. No rarocaminarán, ellos.—Cabeceaba y mascullaba, y miraba por la ventana con la boca

fofa abierta de satisfacción.— No bien —dijo—. No bien, otra casa. Imposible otra casa, una segunda, una tercera. Eh, eh. Nunca hubo otra, sólo La Casa. Nunca de nuevo, otra casa. No.

Miró alrededor, abarcando con la mirada las paredes rajadas, los pisos hundidos, el techo flojo. Había un tenue olor a humo en el aire.—La Casa —dijo satisfecho—. La Casa.

Título del original en inglés: *The House the Blakenys Built*.
© 1964 by Mercury Press, Inc. Traducción de Néstor Dietrich.



PARSEC / XXI



Lesly Sánchez
Santiago Castellano
Cecilia Polisena
Luis Benítez
Marta Esviza Garay
Pablo Fuentes
Claudia Stricker
Daniel Barbieri
Santiago Espel
Anibal Melgar
Miguel Doreau
Osvaldo Jorgensen
Jorge Alvarez
Rubén Smolarchik Brenner
Carmen Bruna
Tarik Carson

Selección y coordinación general:
Daniel Rubén Mourelle

Ediciones Filofalsía

PARSEC/XXI

EDICIONES FILOFALSÍA

Ya apareció. Pídalo a C. C. 28 Suc. 11 (B), (1411) Capital. O cómprelo personalmente (con un 25 por ciento de descuento) en Thorne 630, Capital. Giros a la orden del TALLER DE EDICIONES INDEPENDIENTES.
Precio: ₳ 4.-

NOTICIAS: Ya salió Clepsidra/9 (con más páginas) y el ANUARIO/86 con 200 páginas de cuentos inéditos y textos agotados pero imprescindibles.
CLEPSIDRA, suscripción por un año: ₳ 18.-
CLEPSIDRA ANUARIO/86: ₳ 6.-
Informes: 432-2765



LAIRA KRAJIZ

LAS TORTUGAS DE PAJA

*En la inmortalidad
la composición sucede a la
descomposición.*

ILUSTRACION DE JUAN MANUEL LIMA

Oí el ruido extraño de siempre. Salí. Eran las tortugas de paja que volaban. Las observé largo rato. Eran enormes. Planeaban lentas, y a baja altura. No estaban cubiertas de paja sino que *eran* de paja. Oí voces. Un grupo de hombres venía corriendo.

—Debemos atraparlas o nos destruirán —me comentó, casi en secreto, uno que se había detenido, exhausto, a tomar aliento.

Esa noche cuando fui a cerrar la ventana de la habitación encontré en el marco una tortuga pequeña. Quise agarrarla, pero mis dedos penetraban la paja y se tocaban. La tortuga me sonreía burlona-

mente. Dio un salto y se elevó.

A la mañana siguiente me encontré con el hombre que me había hablado. Estaba demacrado. Me explicó que era imposible atraparlas porque al querer asirlas los dedos se tocaban como si detrás de la paja no hubiera nada.

—Es seguro que nos destruirán —concluyó abatido.

—¿Cómo? —pregunté.

—En c...into surja una chispa, la más mínima forma del fuego, en cualquier lugar, prenderá en ellas, y el mundo entero se quemará.

Yo sabía que eso no nos destruiría.

El hombre suspiró y me alargó

la mano para despedirse, pero no pude asírla; mis dedos se tocaban.

Encendí un cigarrillo. Mi mano, ardiendo, se liberó de la paja.

A pesar de eso las cosas continuaron igual. Yo ya lo sabía. Había experimentado a menudo ese incendio total al que aludía el hombre, y que en realidad se limitaba sólo a que se nos quemase la hierba seca del cuerpo, para luego volver a crecer.

Durante algunos días caminábamos invisibles, llevándonos unos a otros por delante porque no poseíamos la paja que advirtiese de nuestra presencia. Pero poco a poco recobrábamos el aspecto de siempre y podíamos evitarnos con facilidad.

Esta aparente destrucción o destrucción momentánea de nuestra apariencia, a la que periódicamente nos veíamos reducidos, nunca nos había afectado demasiado, como tampoco había afectado a las generaciones que se dice nos precedieron.

La afirmación de que con el fuego ardían las tortugas, y que por eso se incendiaba el mundo y también nosotros, era tan exacta como si hubiésemos afirmado, a la inversa, que por el fuego ardíamos nosotros y que por nuestra culpa se quemaban las tortugas. Sin embargo, el haber optado por la primera y de un modo tan dogmático anticipaba acontecimientos sociales que hasta entonces desconocíamos.

En la misma época llegó a mi vida una presencia, la primera que

no era de paja. Cuando me acerqué a ella me dijo que se llamaba Anfis.

Una vez desperté y ella estaba sentada frente a mí, mirándose sin parpadear. Era todavía de noche, y a pesar de la luna todo el valle estaba en tinieblas; por eso no podía verle del rostro más que los huecos de los ojos y los labios. Toda la luz de la luna convergía en su carnoso labio inferior, rebotaba allí, se estrellaba contra el tronco de un árbol y caía a tierra abriendo un pozo blanco del que salían lombrices sonrientes.

Anfis se puso de pie, pero yo ahora ni siquiera le veía los ojos ni los labios; era como si no estuviese, pero sabía que estaba. Sólo cuando habló pude verle los dientes brillantes, como si fuesen ellos los que decían:

—Cuando te mueras, yo también me voy a morir dentro de vos, todos los monstruos se van a morir, y vas a quedarte solo, rodeado de cadáveres.

Se volvió a sentar y entonces le vi la mano blanca que cerraba el hueco de los gusanos rosados. Y no la vi más hasta que amaneció.

Mi relación con Anfis no fue atractiva ni cruel. Fue sólo necesaria. Ahora sé que la aceptación de lo necesario es quizá la más alta forma de libertad.

En el pueblo no le prestaron atención, y esto me permitió intimar con ella.

Un día en que su alucinante presencia me había conmovido más que otras veces, casi en delirio le dije:

—Es una pesadilla. Vos tratás de sumirme en una pesadilla continua de la que sólo voy a poder salir entrando en otra pesadilla. Porque si me quitás la certeza de esto que vivo, las mismas dudas me van a acosar cuando penetre en aquello que aún no vivo.

Anfis se rio de mi angustia:

—La única diferencia es que ahora estás dentro de la pesadilla, pero te parece todo hermoso por la sola razón de que creés que es real. —Y volvió a reír.

—Yo sé —le dije— que si cierro los ojos por un momento, cuando los abra, acá sobre la mesa todavía va a estar la maceta de cretonas.

Su risa se volvió estridente:

—¿Y quién o qué te lo asegura?

—La experiencia de que siempre fue así.

—Entonces lo único que podés afirmar es que hasta ahora siempre sucedió así y que hay una posibilidad de que vuelva a suceder y que vos tenés fe en esa posibilidad y que depositás tu esperanza en ella... A que no te animás a cerrar los ojos ahora que yo te planté la duda.

Anfis reía y reía.

Miré las cretonas, parpadé y ya no estaban.

Desde entonces nunca más supe con certeza si estaban o no.

Por momentos las veía. Por momentos sólo el vacío y la risa estridente de Anfis.

Me acercaba, acariciaba las hojas con las yemas de los dedos. La pelusa áspera me estremecía. Más áspera o más suave según el color, rojo o verde, que rozaba. La fría

maceta de cerámica contrastaba con las tibias nervaduras. Sin embargo, si en esos momentos alguien me hubiese preguntado de repente: "¿Están las cretonas?", yo, sorprendido, no habría sabido responder.

Con el tiempo noté que esa necesidad de certeza me obsesionaba sólo a mí.

Salía por las tardes a caminar por el campo y a cuantos encontraba les preguntaba:

—¿Está el campo?

—¿Está la tarde?

—¿Está la vida?

Me respondían, sonrientes:

—Sí.

—No.

—Más o menos.

Sólo ante una pregunta la respuesta era invariablemente la misma:

—¿Están las tortugas?

Y entonces las sonrisas desaparecían:

—Las tortugas están, ellas están siempre.

Y veía en todos los ojos la desaprobadón de mi duda.

Un día enfrenté a Anfis:

—De acuerdo, admito que no poseemos la certeza de nada...

Ella me miraba divertida.

—Pero tenés que admitir que sí la poseemos con respecto a algo.

—¿Con respecto a qué? —se interesó.

Hice una pausa efecista y exclamé triunfante:

—Las tortugas de paja están siempre.

El rostro de Anfis, por lo común

verde, se puso azul. No rio, cosa extraña en ella. Y haciéndose la distraída se quitó los huesos de una mano, los acomodó sobre la mesa y comenzó a hacer dibujos exóticos con ellos. Siempre me había asombrado su habilidad para construir, con unos cuantos huesos pelados, los paisajes más medrosos sobre el blanco mantel de lino. Los huesos verdes hasta parecían moverse como con un viento huracanado con cada suspiro.

—¡Anfis! —le grité para arrancarla de su ensimismamiento.

Volvió a colocar cada falange en su lugar y haciendo un movimiento con la mano como para acomodarnos, me dijo con desdén:

—No quiero hablar de las tortugas.

Intuí de inmediato que sabía algo que no quería decirme.

—Les tenés miedo —dije.

El acicate dio resultado. Se irguió en la silla y exclamó con furia:

—El mismo miedo que nos tenemos a nosotros, a cómo fuimos o cómo seremos. Llamálo repugnancia, mejor...

Cuando se dio cuenta de su arrebato desapareció.

Observé, por un momento impreso, que las cretonas estaban y no estaban...

Un día en que Anfis andaba de mejor humor le pregunté:

—¿Por qué los hombres persiguen a las tortugas?

—Para saber que están.

—¿Para saber que están las tortugas o que están ellos, los hombres?

—Cuando surgen los incendios y las tortugas se queman aunque no se destruyen, los hombres no pueden verlas por algunos días. Esos días los hombres son invisibles.

Pasó mucho tiempo y Anfis no iba a verme. Una tarde la encontré en el campo.

—¿Por qué no vas a visitarme? —le pregunté.

—Voy a ir cuando tu conversación verse sobre algo más interesante que tortugas de paja —me dijo airadamente, sin mirarme ni detenerse.

Caminé junto a ella. No hablabamos.

De repente una inmensa tortuga voló sobre nosotros. Pude ver que Anfis se entristecía al mirarla. Introdujo una falange en los huecos de los ojos. Yo sabía que hacía eso para no llorar.

—¿Te gustaría ser tortuga, Anfis?

Una furia se desató ante mí:

—Si estoy como me ves es sólo por no querer serlo.

Y el marfil de sus huesos, brillando, hizo salir la luna.

Una mañana volví a ver las tortugas y a notar que los hombres las perseguían. Y comprendí que lo que buscaban era el suicidio definitivo. Nosotros no podíamos morir, y había una confusa creencia de que cuando lográsemos destruir las tortugas lograríamos destruirnos a nosotros mismos.

—¿Cómo piensan matarlas? —pregunté al preceptor del pueblo, que esa noche fue a tomar el café a casa.

—Creemos que debe haber una forma, pero no sabemos cuál.

—Ustedes al destruirlas cometen un suicidio, pero un suicidio universal: un asesinato. Todos moriríamos y quizás no todos queremos morir.

—Debemos decidir por todos; la liberación no puede ser selectiva.

—De la misma manera en que ustedes deciden esto por todo el pueblo, los que no queremos morir podemos decidir por todos la preservación de las tortugas.

Perdió los estribos, se levantó y se fue sin despedirse. No había probado el café.

Se formaron dos grupos: los que querían eliminar las tortugas y los que querían protegerlas, ambos igualmente inútiles, ya que ante la imposibilidad de destruirlas era absurda la intención de defenderlas. Pero esto sirvió para que cada hombre viese al otro como aquél que quería acabar con su vida o como aquél que quería evitar su liberación.

El odio estaba en todas nuestras relaciones, y era peor que cualquier otro odio porque sólo se basaba en una convicción. Ninguno de los dos bandos hacía nada y cada uno temía que lo único que hiciera el otro fuese la derrota definitiva. Los dos estaban en una inactividad amenazadora y tan activa como si estuviesen combatiendo.

Un día fui a la casa del preceptor, donde periódicamente se trataban distintas cuestiones con respecto a las tortugas.

Cuando llegué era el primero; los sirvientes me hicieron pasar a la sala principal para que esperase a los demás.

Allí, el piso encerado parecía reflejarme a la inversa. No era lo mismo que un espejo; estaba unido por los pies al hombre del subsuelo. Erguido sólo veía las piernas del otro; para verle la cara debía inclinarme y entonces era el otro que se inclinaba para ver su reflejo en el subsuelo.

Cuando entraron los otros observé que también abajo había movimiento. El hombre atado a mí ya no me miraba, él también observaría a los que habían entrado.

Cuando todos estuvieron cómodamente sentados, el preceptor preguntó:

—¿Qué tema consideran de mayor urgencia para ser discutido en primer lugar?

—Yo considero —me aventuré— que antes de hablar de las tortugas de paja deberíamos saber si nosotros estamos arriba o abajo.

Y miré el piso. El otro me observaba.

—Querido amigo —me dijo el dueño de casa—, lo importante es que nosotros nos sintamos arriba. Los otros pueden sentir lo que les plazca.

El del subsuelo frunció el ceño y dijo:

—No, lo importante es, por el contrario, decidir esto para saber quién tiene que decidir.

Los del subsuelo, curvándose, nos miraban; nosotros también los mirábamos a ellos.

—Aliémonos —dijo una voz.

—No —dijo el preceptor—, aun así continuarán las competencias y nuestra superioridad sería cuestionada.

—Pero es posible —dije— que tal superioridad no exista.

—Si piensa así puede irse con ellos, pero ellos nunca integrarán nuestro grupo.

Los de abajo se curvaron aun más y casi traspasaban el piso. Nuestros hombres, acostados, trataban de impedirlo haciendo fuerza con sus manos contra las manos de ellos, y con todo su cuerpo.

El dueño llamó a su sirviente:

—Rápido! Traiga aserrín.

Lo desparramaron por todo el piso, dejamos de verlos, ya no podrían venir. El único contacto que teníamos era el piso de esa habitación, y ahora había quedado clausurado.

—Bueno —dijo el dueño de casa— pasemos a otra cuestión.

Mientras hablaban aparte con un dedo un poco de aserrín para espiar. Abajo, el otro también me estaba espiando.

No fui más a la casa del preceptor. Si no podíamos discutir seriamente el problema de nuestras relaciones con los del subsuelo, me parecía absurdo que intentásemos develar los secretos de las tortugas. Y es posible que finalmente en esas reuniones los temas se hubiesen vuelto muy controvertidos, ya que en esa época las autoridades del pueblo prohibieron hablar de las tortugas.

El sólo mencionarlas en público ocasionaba castigos.

Yo tuve que guardar largos silencios al respecto. La única persona en cuya discreción confiaba era Anfis, y ella andaba feliz por la prohibición. A cada palabra mía me hacía con un dedo sobre los dientes un gesto pícaro de silencio.

—Pueden oírnos —me decía.

Y yo, malhumorado, callaba.

Sin embargo un día me detuve. El interrogatorio fue breve. ¿Qué podía decirles yo si nadie sabía nada de las tortugas?

La única pregunta fue:

—¿Están las tortugas?

Y cuando respondí que estaban siempre, no traicioné mis convicciones, pues no tenía ninguna.

Comprender esto me entristeció más que el calabozo que evité.

Decidí ir a ver las tortugas.

Las tortugas, cuando se cansaban de volar, descendían sobre una loma a poca distancia del pueblo. En los días de viento parecían fogatas amarillas crepitando al sol. Despertaban odio, pero también esperanza.

Pensaba que cuando llegase hasta ellas, quizá escaparan volando. Pero cuando me vieron, sus ojos mansos permanecieron indiferentes. En ese momento comprendí lo inútil de mi intento; no sabía cómo comunicarme con ellas; mis palabras sólo eran los sonidos del viento entrando y saliendo de un hueco de paja, nada significaban.

Las tortugas me miraban con pena, y yo también sentí pena por mí mismo. Me aterró que nuestro futuro dependiese de esos seres que no nos entendían y a los que no entendíamos. Lloré. Una de ellas se acercó

y lamí con su lengua de paja las lágrimas que rodaban por mis mejillas de paja.

Remontaron vuelo: pero una parecía cansada y sin intenciones de volar. Las que se habían elevado regresaron. La observaron un largo rato; todas parecían tristes.

Comenzaron a cavar con sus patas de paja un hoyo en la tierra. Cuando fue lo suficientemente profundo la tortuga entró en él y las otras volvieron a tapparlo.

“Así es cómo mueren”, me dije, y regresé al pueblo.

La posesión de este secreto me llenó de angustia. No podía decirme a comunicarlo a los demás. Para aquél que quería morir sería la redención, pero había quienes querían matar.

Nunca dije nada. Los grupos de a poco desaparecieron. Los odios continuaron siendo individuales, sin aforismos ni prosélitos.

Sin embargo yo aún ansiaba conocer algo más sobre las tortugas, así que fui a ver al anacoreta del pueblo, pues se decía que era el único que podía comunicarse con ellas.

Cuando llegué el anacoreta estaba frente a una hoguera entibiándose las manos. El fuego quemaba la tierra lentamente, y cada vez se hundía más. Me senté. Ahora ya sólo una pequeña llama sobresalía del ras del suelo.

—¿A qué viniste? —me preguntó indiferente.

—Quiero saber la verdad sobre las tortugas.

No pareció sorprenderse y dijo: —Es mejor que lo ignores, es mejor que todos lo ignoremos, porque cuando por fin lo sepamos será irreversible.

—Yo quiero saber.

—Creéme, la ignorancia es un bálsamo. No son nada que no sepas, pero todavía tenés el alivio de poder olvidarlas, de poder distraerte con lo que no son; el alivio de la temporal inconsciencia. Algún día el recuerdo quizá sea el castigo, pero será justamente aquello que hemos buscado durante toda nuestra vida. La soberbia de ser hombres la pagaremos todos, pero por separado.

—Sin embargo quiero saberlo ahora —insisti.

—Ahora no se puede, la vida nos advierte, pero no nos destruye. Somos inmortales. La muerte sólo nos separa y nos arroja.

—Pero, ¿qué somos nosotros?

—Ya no quiero hablar con vos, estás perturbando mi olvido. Háceme caso, andáte, y recordá lo distinto de vos para que puedas distraerte de lo igual. Dejé que los otros te lastimen para que no puedas lastimarte vos mismo; nunca es tan cruel la tortura como cuando nos la infligimos nosotros mismos.

La hoguera ya había caído como un metro dentro de la tierra. Y la noche ahora era negra. El anacoreta metía hasta los codos los brazos en el hoyo, pero por su expresión se veía que ya no le llegaba el calor.

Un día estaba cortando magnolias de las ramas de los árboles del bos-

que. Había conseguido formar ya un ramo grande de pétalos blancos cuando sentí la voz de Anfis:

—Qué extraña forma de perder el tiempo.

Noté de inmediato que estaba en uno de sus días irónicos.

—¿Te parece que es perder el tiempo cortar magnolias?

—¿Qué magnolias? —me dijo burlosa.

Miré el ramo, ya no estaba.

—Hacélas volver —le grité furioso.

—Vos estás loco. ¿Qué crees que soy? ¿Una bruja? Las magnolias no están y punto; y eso no significa que alguien se las haya llevado.

Resoplé enojado y emprendí rápido el regreso. Anfis me persiguió por detrás, al trote, y el golpeteo de sus huesos me disgustó aún más.

—El problema con vos —me dijo cuando me hubo alcanzado— es que te preocupás demasiado porque las cosas que están pueden de pronto no estar, y no entendés que de la misma manera las cosas que no están pueden de pronto aparecer. Si no tuvieses tanto temor a la pérdida podrías maravillarte con el advenimiento.

Por primera vez Anfis sonreía dulce, apaciblemente.

Nunca más fui a cortar magnolias; mi mirada desde entonces siempre estuvo llena de pétalos blancos.

Quizá hubiese sido feliz de no suceder lo que sucedió aquel día. Quise volver a tocar con Anfis el tema de siempre:

—¿Y las tortugas...?

No me dejó terminar. Para vengarse me dijo:

—¿Y los monstruos?

—¿Qué monstruos? —le pregunté.

—¿Qué tortugas?

—Anfis, sabés bien que tortugas, ¿no ves las tortugas que vuelan?

—le dije fastidiado.

—¿Y vos no ves los monstruos?

—No, no veo ningún monstruo.

—Es extraño que veas magnolias y no veas monstruos...

Fue suficiente. Sé que lo tenía merecido por importunarla tantas veces, pero su venganza fue excesiva.

El advenimiento de los monstruos marchitó para siempre las magnolias.

Un día que observaba de lejos a las tortugas cerré los ojos y dije:

—No están.

Los abrí y estaban.

—No están —repetí.

Pero estaban, era cierto, ellas siempre estaban.

Y desde entonces, para espantar a los monstruos, iba a ver a las tortugas. Cuando las miraba, aunque fuera de lejos, sólo ellas estaban y estaban, ellas y yo, y todo lo otro desaparecía.

A veces me acercaba más, y aunque no nos entendíamos, sentía con ellas una paz que no experimentaba junto a Anfis.

Un día Anfis me dijo:

—¿Sabés que me amás?

Yo, sorprendido, no pude contestarle.

—Es bueno que lo sepas ahora, antes que yo me vaya —añadió. Su perfil oscuro era un cristal roto en la luz de la tarde.

Anfis muchas veces me señalaba

con su dedo descarnado las altas cumbres y los profundos precipicios. Yo observaba, pero no veía más que llano, una rotunda planicie; sin embargo no me animaba a decirselo.

Un día, después de mucho caminar y mucho fingir que veía, la besé, y aunque nunca llegué a sentir que la poseía, desde entonces, al final de su dedo vi siempre altas cumbres o profundos precipicios.

Otras veces sus alas me molestaban durante la noche y no podía dormir por el cosquilleo en mis costillas, pero permanecía inmóvil e insomne con tal de no separarme de ella. Una de esas noches Anfis me habló:

—Vas a querer olvidarme cuando me vaya, pero no te lo voy a permitir. Te voy a dejar todas las tardes una pluma que te hiera la costilla.

La última vez que vi a Anfis fue cuando me comunicó que se iba del pueblo.

—¿Por qué? —le pregunté, sintiendo ya el desamparo en que me sumiría.

—Me destierran.

—¿Por qué —volví a preguntar estupefacto—, si vos nunca quisiste hablar de las tortugas?

—Pero ellos creen que yo sé mucho sobre ellas, y que puedo llegar a hacer algo que los perjudique. No quieren convencerse de que nadie puede hacer nada.

—Me voy con vos.

—No —Anfis me detuvo con un gesto—, ahora no. Cuando descubras la verdad sobre las tortugas, ese día nos vamos a saludar con

algo como palabras cuando las palabras no existan y nuestras voces no sean los sonidos del viento en los huecos de hueso o de paja, van a ser voces de verdad porque ya no van a inventar sentidos. Mientras tanto, el mismo viento que atravesase mis huesos atravesará tus pajas.

Se metió la falange en el hueco del ojo y se fue, dejándome la metáfora de su lágrima.

Y ya no la vi, y entonces dudé de haberla visto alguna vez, y casi llegué a la certeza de que nunca había existido; pero la primera noche de su ausencia, cuando, como todas las noches, conté por costumbre en mi interior los anónimos espantos, descubrí que había otro, más atroz que los anteriores, más alto, y con un enorme labio iluminado.

Y así continué, olvidándola durante los días y recordándola cada vez mejor durante las noches, que desde entonces fueron más noches que nunca.

• Pero mi vida había perdido todo sentido.

—¡Anfis! ¡Estás! —decía.

—¡Anfis! ¡Estás! —gritaba desesperado.

Era inútil, Anfis no estaba.

Decidí hacer lo que había visto aquel día en el monte de las tortugas. Pensé que tal vez lograría morir de esa forma.

Busqué a una persona de mi confianza. Cavé un foso profundo, entré en él y le pedí que lo tapara. La tierra caía sobre mí. Sentí mucho sueño. Me dormí.

Cuando desperté no estaba dentro de la tierra sino sobre el monte. Me

miré y vi que yo también era una tortuga de paja.

El viento me atravesó y supe que en ese momento también atravesaría a Anfis. Recibí con dolor su saludo.

Las tortugas me miraban tristes. El viento sopló más fuerte. Remontamos vuelo. Abajo, los hombres nos perseguían.

—Hola —me dijo una tortuguita que se acercó a mí cuando nos posamos nuevamente, y al hablar se agitaron las pajas de su boca sin dientes.

—Hola —contesté sin entusiasmo. Yo había querido morir y en cambio estaba allí, vivo como siempre, aunque con una forma distinta.

—¿Cómo lograste llegar hasta nosotras? —me preguntó sonriendo.

—Me enterré —contesté.

—Qué extraño.

—¿Extraño? ¿No es así como llegan todos acá?

—No, sin ir más lejos allá abajo las autoridades han enterrado a varios y al hacerlo éstos simplemente desaparecieron; no han muerto, ya que como debés saber ustedes no pueden morir, y aunque se dice que se fueron del valle esto no es cierto. Los han enterrado y parecen haberse esfumado en el aire, ¿no es gracioso? —terminó riendo.

A mí no me pareció gracioso, ni siquiera lo comprendía. Yo había oído hablar algo de esos desaparecidos, por lo visto no sólo yo conocía el secreto de la muerte, sino que las autoridades también lo habían descubierto y lo utilizaban

para deshacerse de sus supuestos enemigos.

—¿Por qué entonces, si me enterré como los enterraron a ellos, yo estoy acá y ellos no?

—Nadie está seguro de nada. Yo sólo sé que para llegar hasta aquí o para ir a cualquier otro lado lo que importa no es la forma de morir sino la razón por la que se muere.

—También una vez vi enterrar a una tortuga de paja...

—No sé tampoco dónde puede estar ella, pero no pienses más en eso, lo importante es que vos lo lograste y ya estás entre nosotras. Ahora todo te será más fácil.

Tampoco comprendí el entusiasmo de la tortuga, yo no lo compartía de ninguna manera. El cuerpo chato y las patas cortas que tenía ahora me hacían sentir incómodo y ridículo. Entonces me acordé de las alas y más animado decidí probarlas. Remonté vuelo. La sensación era agradable, pero la paja hacía mucho ruido por la fricción con el aire. La gente que trabajaba en el campo levantaba la cabeza para mirarme. Unos hombres me arrojaron piedras que me atravesaron sin dañarme, sólo unas cuantas pajas se desprendieron y cayeron. Más allá otro grupo de hombres se arrodilló a mi paso. "Todo continúa igual", pensé, y regresé al monte.

—¿Por qué estás triste? —me preguntó un día la misma tortuga, que se había hecho mi amiga.

—Extraño a Anfis, quien sabe si la volveré a ver.

—Ella te buscó, es posible que te espere, aunque no siempre se puede

esperar. Hay caminos más rápidos que nuestros pasos.

—Cuando yo aún era un hombre de paja, nada se mantenía inmutable en su existencia, las cosas a veces estaban, a veces desaparecían, pero ustedes siempre estaban. ¿Quiere decir eso que nosotras las tortugas somos lo único real? —le pregunté en otra oportunidad a la tortuguita.

—No, nosotras tampoco somos reales, sólo somos más inteligibles.

—Pero eso es contradictorio. Si nada existe, ¿quién nos intelige?

—Yo no hablo de existir, sólo digo que nada es real... nada de lo que conocemos...

Todas las palabras de mi amiga me resultaban confusas, pero tenía esperanza de comprenderlas alguna vez, como iba comprendiendo poco a poco las frases del anacoreta y de Anfis. Presentía que aún sólo atravesaba transiciones.

Una tarde me llamó la atención el griterío que provenía del pueblo. Volé hasta allá. Una muchedumbre ovacionaba al preceptor. Quise acercarme para saber qué sucedía, pero mi presencia llamaba tanto la atención que dejaron de gritar y me miraban. Me fui.

Llegué al monte y busqué a mi amiga. Cuando la encontré le dije:

—Algo ha sucedido en mi ausencia. El pueblo aclama al preceptor, que era uno de los personajes más odiados, pero no pude enterarme de lo que pasó. No entiendo un cambio tan brusco.

—No conozco el motivo en par-

ticular, pero la razón es siempre la misma, algún acto que halagó especialmente al pueblo.

—Pero eso es una ruindad, una cobardía, aunque el preceptor haya hecho algo bueno, ¿cómo pueden olvidar tan pronto todo lo malo?

—Pueden —dijo la tortuga con evidente indiferencia—; tené en cuenta que son seres ambiguos, que no son del todo paja ni del todo hombres, y nunca serán nada bueno.

—Lo mismo se podría decir de ustedes —grité enfurecido.

—“De nosotras”, dirás. No olvides tu actual condición.

—Bueno, de nosotras, es lo mismo —dije—. No somos ni paja ni tortugas, somos ambiguas.

—Pero tenemos alas —me dijo serenamente mientras se alejaba.

—Iré allá y les abriré los ojos. Después de todo yo fui uno de ellos —dije.

—Andá, pero no vas a lograr nada.

Cuando llegué al pueblo aún continuaba la manifestación. Tal como antes, se callaron al verme, y ante el asombro de todos descendí entre ellos, junto al preceptor. Quise comenzar mi arenga, pero entonces comprendí con estupor que no entendían lo que decía y yo tampoco entendía sus palabras, como si hablásemos idiomas distintos. Recordé entonces que yo mismo había tenido dificultades cuando siendo aún hombre de paja había ido al monte de las tortugas. El preceptor exhortaba al pueblo contra mí, por lo que pude deducir de sus gestos agresivos. Los rostros primero dubitativos de pronto se volvieron decididos y entre

varios me alzaron y comenzaron a llevarme hacia algún lugar específico. Yo podía escapar con facilidad, pero quería ver qué sucedería. Tenía la esperanza de que aunque no hubiesen comprendido mis palabras pero al menos intentarían algún tipo de acercamiento. Quizás me llevaran ante el anacoreta para que sirviese de intérprete.

Decidí esperar los acontecimientos, pero antes de que pudiese hacer nada ya habíamos llegado al río y me arrojaron allí con fuerza.

Intenté salir, pero la paja absorbió el agua y me arrastró al fondo. No podía respirar. Me ahogaba.

Me despertó el golpeteo de huesos. Cuando abrí los ojos vi que estaba en mi valle que al mismo tiempo era y no era lo que había sido. Una oscuridad que no provenía de la noche hacía que todo fuese tenebroso, pero visible y sin embargo sin sombras. Me rodeaban miles de cuerpos en distintos estados de putrefacción, pero hermosos como lo había sido antes, y como ella algunos tenían pequeñas alas de plumas. Yo era sólo un esqueleto pelado.

Junto a mí dos cadáveres, también descarnados, conversaban:

—Mientras haya razones para justificar este desvencijado armatoste, habrá también razones para no hacerlo. Porque el armatoste continúa cada vez más desvencijado de tanto justificarlo, y no de tanto argumento eyaculado sólo para que sea posible parir otro argumento.

—Pero entonces se podría cuestionar el escrúpulo ontológico de

la mosca verde que es gusano para ser mosca, pero sólo es mosca para generar gusanos que se convertirán en moscas generadoras de gusanos generadores de moscas que los generarán para ser generadas. Mientras que nosotros en esta contundente cadena vital seríamos nada más que alimento balanceado.

Me distrajo otro cadáver que se me acercaba. Estaba casi completamente cubierto de carne. Me puse de pie.

—¿Sorprendido? —me preguntó con una sonrisa.

—Bastante —le dije.

—¿Asustado?

—No, pero quisiera comprender.

—Es fácil, todos los que estamos acá nos estamos encarnando.

—¿Encarnando?

—Sí, se llega como vos, sólo hueso, y comienza un proceso paulatino de generación espontánea de la carne.

—Es decir que no somos cuerpos en descomposición sino en composición.

—Exacto.

—¿Y los gusanos? —porque yo veía que estábamos llenos de gusanos de todos los colores.

—Tienen una función importantísima. Ellos devoran los espectros de pajas que aún perduran en nosotros, invisibles, pero que frenan el surgimiento de la carne.

—¿Y cuándo termina el proceso?

—El proceso no avanza por los gusanos, su trayectoria está regida nada más que por el individuo. Hay algunos que quizás nunca pasen de ser meros esqueletos. A propósito de eso, Anfis, antes de irse, me pidió que te diese un mensaje.

—¡Anfis! —exclamé con una alegría que nunca había sentido—. ¿Dónde está?

—Ella te espera y quiso que te dijese que recuerdes que dos veces moriste por amor, la primera por la ausencia, la segunda por la ignominia: que medites mucho sobre tu futuro y que seas presencia y conocimiento para poder ser amor, porque ella siempre aguarda, pero no siempre recibe.

No entendí mucho estas palabras. Sin embargo dije, como para mí:

—Me parece que, sin pensarlo, nunca he dejado de hacerlo. Nunca morí porque una vez me maté y otra vez me mataron. —No podía hablar bien porque los dientes me castañeteaban y los gusanos me hacían cosquillas en los huecos de la nariz.— Creo que de alguna manera siempre he sido inmortal, porque sólo mi mano individual o mi mano colectiva han podido destruirme.

—Sin embargo estás acá más construido que destruido —me dijo el mensajero, que por momentos se desdibujaba.

—¿Es decir que la muerte no existe? —pregunté.

—No, sólo existen los muertos.

—¿Y qué es lo real?

—Real es lo que no puede morir aunque muera.

—Pero entonces todo es real y nada lo es, porque todo vive a pesar de morir, todo muere a pesar de vivir.

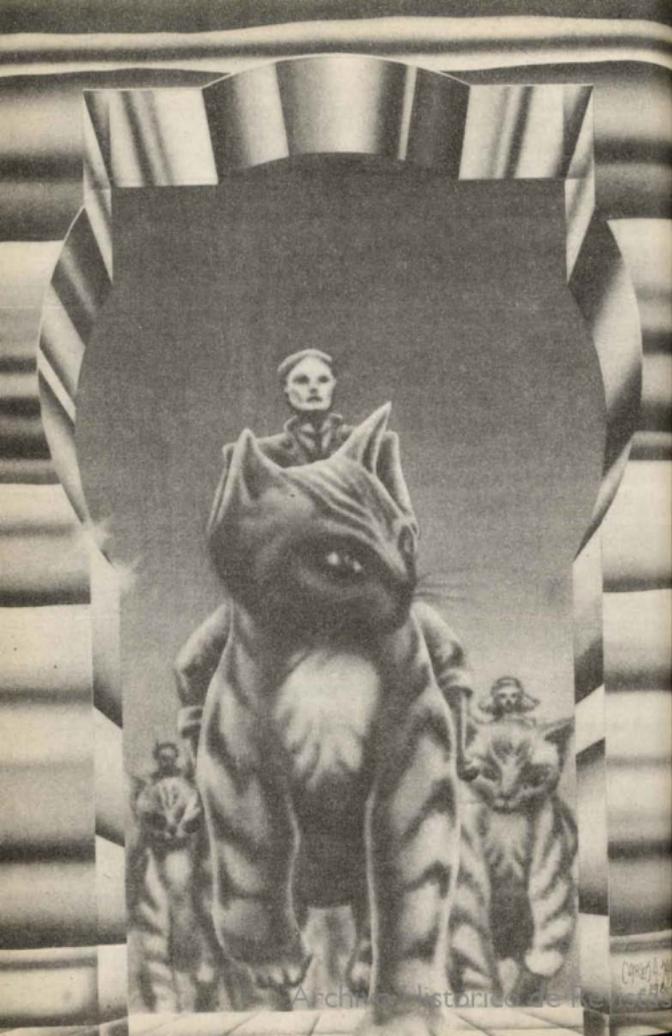
Algo me molestaba en la rodilla. Miré y vi carne.

—¡Me estoy encarnando! —grité. Levanté la cabeza para mirar la cara del mensajero, pero me llamó la atención a lo lejos, en la colina, una imagen conocida. Un corazón empezó a latir con fuerza en mi pecho.

—Es Anfis —dije.

—Soñ Anfis —dijo el mensajero, sin voz.

—¿Soy? —dije también sin voz. El mensajero me daba la espalda. De pronto vi, desde la colina, que en el valle caían huesos, alas, paja, y todo desaparecía. Él me miró, y yo lo saludé con la mano antes de bajar hacia el valle del otro lado.



CORDWAINER SMITH

HASTA UN MAR SIN SOL

*La vida y la muerte
comparten un
mismo recipiente.*

ILUSTRACION DE CARLOS A. SANCHEZ

¡En lo alto, oh, en lo alto, cascabelean en el cielo! Brillante, cuán brillante la luz de esas lunas gemelas de Xanadú, Xanadú la perdida, Xanadú la adorable, Xanadú la sede del placer. Placer de los sentidos, el cuerpo, la mente, el alma. ¿Alma? ¿Quién habló del alma?

I

Donde estaban ellos el viento surraba con suavidad. Cada tanto Madu, en un ancestral gesto femenino, se estiraba la diminuta falda plateada o se ceñía la chaqueta abierta y sin mangas, igualmente diminuta. No porque tuviera frío. Su exigua vestimenta era adecuada

para el templado clima de Xanadú.

Pensaba: "Quién sabe cómo será este Señor de la Instrumentalidad. ¿Será viejo o joven, rubio o moreno, sabio o tonto?". No pensó "apuesto o feo". Xanadú era célebre por la perfección física de sus habitantes, y Madu era demasiado joven para concebir algo menos perfecto.

Lari, que esperaba junto a ella, no pensaba en el Señor del Espacio. Su mente volvía a ver las cintas de video de la danza, los pasos intrincados y el bello frenesí de movimientos de ese grupo de los antiguos días en el Hogar del Hombre, el grupo llamado "Bool-shoi": "Alguna vez", pensaba; "oh, quizá alguna vez pueda bailar así..."

Kuat pensaba: "¿A quién quieren engañar? Hace muchos años que soy gobernador de Xanadú y es la primera vez que viene un señor. ¡Conque héroe de guerra de la batalla de Styron IV! Vaya, eso ha sido hace muchos meses sustantivos... Ha tenido mucho tiempo para recobrase si es verdad que lo hirieron. No, hay algo más... saben o sospechan algo... Bien, lo mantendremos ocupado. No será difícil con todos los placeres que Xanadú tiene para ofrecer... y está Madu. No, él no podrá quejarse, pues de lo contrario revelará sus verdaderas intenciones..."

Y entretanto, mientras el ornitóptero bajaba, el destino de ellos se aproximaba. Él no sabía que sería el destino de ellos; no se proponía ser el destino de ellos, y el destino de ellos no estaba prede-terminado.

El pasajero del ornitóptero en descenso extendió la mente para tratar de percibir el lugar, de aprehenderlo. Era difícil, terriblemente difícil... parecía haber una gruesa capa nubosa —una niebla— entre su mente y las mentes que trataba de tantear. ¿Era él mismo, su lesión mental de la guerra? ¿O era algo más, la atmósfera del planeta, algo para obstaculizar o impedir la telepatía?

El señor bin Permaiswari meneó la cabeza. Estaba tan lleno de dudas, tan confundido. Desde la batalla... ¿Cuánto daño mental permanente habían provocado las sondas desgarrantes de las máquinas de miedo? Tal vez en Xanadú pudiera descansar y olvidar.

Al bajar del ornitóptero el señor

bin Permaiswari sintió un desconcierto aún mayor. Sabía que Xanadú no tenía sol, pero no estaba preparado para la luz suave y sin sombra que lo saludó. Las lunas gemelas parecían suspendidas lado a lado, y millones de espejos reflejaban su luz. En las cercanías se extendían muchos *li* de playas de arena blanca, mientras que más lejos se erguían acantilados de greda con el mar negro como pez lamiéndoles la base. Negro, blanco, plata, los colores de Xanadú.

Kuat se le acercó sin demora. La aprensión de Kuat había disminuido considerablemente desde el primer atisbo del Señor del Espacio. El visitante parecía en verdad enfermo y confundido: en consecuencia, la afabilidad de Kuat aumentó sin esfuerzo consciente de su parte.

—Xanadú te da la bienvenida, oh señor bin Permaiswari. Xanadú y todo lo que Xanadú contiene te pertenece. —El saludo tradicional sonaba extraño en su tono tosco. El Señor del Espacio vio ante él a un hombre enorme, alto y apropiadamente fornido, de músculos relucientes, melena rojiza y barba de tono magenta en la luz de las lunas y los espejos.

—Me contento, gobernador Kuat, con sólo estar en Xanadú, y te devuelvo el planeta y lo que contiene —repuso el señor Kemal bin Permaiswari.

Kuat se volvió para señalar a sus dos acompañantes.

—Ésta es Madu, una pariente lejana, y por lo tanto mi protegida. Y éste es Lari, mi hermano, hijo de la cuarta esposa de mi padre, la que

se ahogó en el Mar sin Sol. —El Señor del Espacio torció la cara ante la risa de Kuat, pero los jóvenes no parecieron reparar en ella.

La gentil Madu ocultó su desilusión y saludó al señor con el recato indicado. Ella había esperado (¿de-seado?) una figura brillante, una armadura centelleante, o tal vez simplemente un aura que proclamara: "Soy un héroe". En cambio veía a un hombre de aspecto intelectual, cansado, que aparentaba un poco más que sus treinta años sustantivos. Se preguntó qué habría hecho, por qué la Instrumentalidad proclamaba a este hombre el salvador de la cultura humana en la batalla de Styron IV.

Lari, por ser varón, conocía más datos que Madu sobre la batalla, y saludó al señor bin Permaiswari con grave respeto. En su mundo de sueños la inteligencia ocupaba un lugar importante, sólo precedida por los bailarines y los corredores gráciles. Éste era el hombre que se había atrevido a lanzar su persona, su mente viviente, su intelecto contra las temidas máquinas de miedo... ¡y había ganado! El precio se le notaba en la cara, pero había GANADO. Lari unió las manos y se las llevó a la frente en un gesto de homenaje.

El señor extendió el brazo en un ademán que ganó para siempre el corazón de Lari. Tocó la mano de Lari y dijo: —Mis amigos me llaman Kemal. —Luego se volvió para incluir a Madu y, casi como si lo hubiera olvidado, a Kuat.

Kuat no advirtió el titubeo. Había dado media vuelta y caminaba hacia lo que parecía una enorme masa

de piel rayada, amarilla y negra. Emitió un chistido extraño, y de inmediato la masa se separó en cuatro enormes gatos. Cada gato estaba ensillado, y cada silla estaba equipada con un anillo para aferrarse, pero al parecer no había un medio para guiar a los gatos.

Kuat respondió a la pregunta de Kemal. —No, claro que no hay un modo de guiarlos. Son gatos puros, sin modificaciones excepto por el tamaño. ¡Aquí no hay subpersonas! Creo que somos el único planeta de la Instrumental que no tiene subpersonas... excepto Norstrilia, desde luego. Pero las razones de Norstrilia y Xanadú están en los extremos opuestos del espectro. Nosotros gozamos de nuestros *sentidos*... no creemos, como los norstrilianos, en esas patrañas sobre el carácter templado por el rigor del trabajo. No creemos en la austeridad y esas tonterías. Simplemente obtenemos mayor placer sensual de nuestros animales no modificados. Tenemos robots para hacer el trabajo sucio.

Kemal cabeceó. ¿A fin de cuentas no estaba aquí para eso? ¿Para permitir que los sentidos le repararan las lesiones de la mente?

No obstante, el hombre que había afrontado las máquinas de miedo casi sin pestañiar no supo cómo acercarse al gato que le estaba asignado.

Madu notó su vacilación. —Griselda es muy amigable —dijo—. Tan sólo espera a que le rasques las orejas; luego se tenderá y podrás montar.

Kemal alzó la frente y captó una expresión de rechazo en los ojos de Kuat. No era una ayuda en su búsqueda de mejoría.

Madu, sin advertir el disgusto de Kwat, había persuadido a la gran gata de arrodillarse y le sonreía a Kemal.

Kemal sintió que algo parecido al dolor lo apuñalaba con esa mirada. Ella era tan bella e inocente que su vulnerabilidad le estrujaba el corazón. Recordó la frase de un sabio antiguo citado por la dama Ru: "La inocencia interior es armadura exterior", pero una telaraña de miedo le cubrió la mente. La apartó con un gesto y montó en la gata.

Casi tres siglos más tarde, mientras agonizaba, recordaría esa cabalgata. Fue tan emocionante como su primer salto en el espacio. El brinco en la nada y la súbita sensación de estar viajando, viajando, viajando sin voluntad, sin control personal el rumbo que tomaría su cuerpo. Antes que el miedo tuviera oportunidad de afirmarse se convirtió en una excitación visceral, casi orgásmica, un torrente de placer casi demasiado fuerte para soportarlo.

Con el pelo oscuro y húmedo volándole en la cara, el señor bin Permaiswari habría sido irreconocible para los señores y damas que se reunían en la Campana de la vieja Tierra en tiempos de crisis. Ellos no habrían reconocido ese júbilo añorado en una cara que estaban habituados a ver grave y preocupada. Él reía en el viento y apretaba las rodillas contra los flancos de Griselda, empujando el anillo de la silla con una mano mientras se volvía para saludar a los demás, que lo seguían a poca distancia.

Griselda parecía notar cuánto le complacían sus brincos largos y ligeros. De pronto la cabalgata cobró una nueva dimensión. En lo alto el ornitóptero que había traído al Señor del Espacio a Xanadú pasó en su camino de regreso al puerto espacial. De inmediato Griselda se apartó del séquito y saltó fútilmente en pos del ornitóptero en ascenso. Mientras ella intentaba alcanzarlo, Kemal tuvo que sostenerse del anillo con ambas manos para no caer ignominiosamente. Ella continuó brincando y pateando en vano hacia la máquina hasta que se perdió de vista. Luego se sentó para lamerse, y de paso, inadvertdidamente, para lamer al pasajero.

Al señor Kemal no le pareció desagradable esa lengua áspera, pero se alarmó cuando el colmillo le rozó la pierna. A cierta distancia, Kwat reía. La cara de Madu, aún a lo lejos, revelaba preocupación; sin embargo, se distendió cuando el señor la saludó con la mano. Lari, confiado en los poderes del héroe de Styron IV, miraba soñadoramente la ciudad distante.

Más despacio, Griselda se reunió con el resto de la comitiva, en una actitud aparentemente avergonzada por haber realizado una travesura de cachorro cuando le habían confiado el bienestar del distinguido visitante.

En la distancia las cúpulas y torres de la ciudad relucían como nácar en la luz suave y sin sombras de las lunas y los espejos. El señor Kemal notó que su sensación de irrealidad se reforzaba. La ciudad lucía tan bella y tan irreal que tuvo la sensación

de que se esfumaría cuando se acercaran. Pronto aprendería que la ciudad y todo lo que representaba eran cosas demasiado reales.

Cuando se acercaron a las murallas, Kemal advirtió que la impecable blancura de la ciudad en la lejanía era una ilusión. Las titilantes paredes blancas de los edificios tenían incrustaciones de gemas en diseños intrincados, flores, hojas, y dibujos geométricos que realzaban la belleza de la increíble arquitectura. En todos los mundos que había visitado, el señor Kemal no había visto nada semejante a esta ciudad; el palacio de Philip en el Planeta de Gemas era una bohardilla comparado con estos edificios.

Jardines formales con fuentes y estanques separaban los edificios. Había arbustos plantados aquí y allá, con una hábil planificación que les daba la apariencia de ser naturales. De pronto el Señor del Espacio reparó en otro aspecto extraño del planeta: no había visto árboles.

Los perros les ladraban desde lejos mientras entraban en la ciudad, pero esta vez Griselda no quiso dejarse tentar. Ahora que estaba en la ciudad había asumido cierta dignidad; era como si quisiera hacer olvidar su descuido anterior. Fue directamente hacia la escalinata del palacio.

El señor Kemal sintió la tensión en los músculos de las ancas de Griselda cuando ella se dispuso a subir los escalones y entrar por la puerta abierta. La abertura sería angosta para ambos. Por suerte Kwat llegó primero a la escalinata y chistó para detenerla. Kemal notó que ella

obedecía de mala gana. Habría preferido subir a los brincos, pero obedeció. Se tendió en el suelo, las patas traseras recogidas, las patas delanteras estiradas; el señor Kemal se apeó ágilmente pero contra su voluntad, lamentando casi tanto como Griselda que el viaje hubiera terminado. Se agachó para rascar las orejas de la gata.

Madu sonrió aprobatoriamente. —Eso es. Si trabas amistad con la gata, ella te obedecerá con mejor predisposición.

Kwat gruñó. —Yo tengo mi propio método para hacerles obedecer si se ponen demasiado caprichosos. —Por primera vez el Señor del Espacio reparó en un pequeño látigo dentado calzado en el cinturón de Kwat, que ahora lo señalaba.

—Kuat, no harías eso —protestó Madu—. Nunca lo has hecho... —No me has visto —dijo él. La cara de ella se enturbió y él añadió como para tranquilizarla:— Hasta ahora no ha sido necesario. Pero no creas que no lo haría.

Kemal notó que las palabras de Kwat no eran precisamente tranquilizadoras. Un velo de duda o asombro pareció oscurecer el brillo franco de la cara de Madu. Una vez más el señor Kemal sintió una punalada de temor por ella y una vez más la desechó.

Temía por la inocencia de la muchacha. Los ojos de ella le recordaban a C'irena, de los viejos días de su juventud verdadera, antes que lo hubieran iniciado en las costumbres de la humanidad, antes que le hicieran saber que las subpersonas y los hombres verdaderos no podían

juntarse como iguales. C'irena con su gracia de cervatillo, la boca suave y gentil, los ojos inocentes de la hembra de gamo de la cual derivaba. ¿Qué le había ocurrido cuando él se había marchado? ¿Aún tendría en los ojos ese candor que ahora veía reflejado en los ojos de Madu? ¿O se habría unido a un venado toscos y parte de esta tosquedad la habría contagiado?

Deese, recordándola con afecto, que ella se hubiera unido a un ciervo elegante que le hubiera dado cervatillos tan suaves y gráciles como ella lo era en su memoria. Meneó la cabeza. Las máquinas de miedo habían despertado toda clase de recuerdos y sentimientos extraños. Distraídamente, acarició a la gata.

Salieron criados para desensillar a los gatos. Con un nuevo sobresalto, el Señor del Espacio advirtió que eran hombres verdaderos, no subpersonas, los que hacían el trabajo, y recordó lo que había dicho Kuat acerca de gozar de la sensualidad de los animales. Había algo más, algo en lo que él casi había pensado, pero que no podía pensar del todo... Era como si tratara de atrapar la cola de un animal elusivo que doblaba la esquina.

Precedido por Kuat y seguido por Madu y Lari, el señor Kemal avanzó por un laberinto de salones y corredores. Cada cual parecía más asombroso que el último. El Señor del Espacio había visto algo similar únicamente en las cintas de video: una reconstrucción del viejo Hogar del Hombre tal como había sido antes de Radiación III. Las paredes estaban adornadas con tapices y

pinturas basadas en reproducciones de las terráqueas; divanes, estatuas, alfombras coloridas y tibias traídas por el fundador de Xanadú, el primer khan. Sí, Xanadú era un regreso al placer de los sentidos, al lujo y a la belleza, a lo innecesario.

Kemal empezaba a relajarse en esta atmósfera de encantamiento, pero el hechizo se rompió cuando, al llegar al salón principal, Kuat se desplomó sin ceremonias en el diván más cercano. Mientras se estiraba cuan largo era, gesticuló vagamente hacia el resto del grupo.

—Sentaos, sentaos —dijo. Había velas que fluctuaban y brillaban; las mesas bajas y los divanes eran invitantes.

Por primera vez desde las presentaciones hechas a la llegada del Señor del Espacio, Lari habló con espontaneidad. —Te damos la bienvenida a nuestro hogar —dijo—, y esperamos hacer todo lo posible para que disfrutes de tu visita.

Kemal notó que había prestado poca atención al joven porque estaba absorto en impresiones nuevas, y (tenía que admitirlo) la muchacha Madu lo había fascinado. Lari, a su modo, era físicamente tan perfecto como Madu. Alto, esbello, ligeramente musculoso, un muchacho dorado. Y, como Madu, tenía un curioso aire de franqueza, de vulnerabilidad. Al señor Kemal le resultó extraño que ambos hubieran creído tan inocentes bajo la tutoría de un hombre tan toscos y brutal como parecía Kuat.

Kuat interrumpió sus ensueños. —¡Vamos! ¡El dju-di!

Madu se dirigió inmediatamente a

una mesa donde descansaba una bandeja color cobre con claros oscuros plateados. En la bandeja había un ánfora de doble pico del mismo material, y ocho copas pequeñas haciendo juego. Una tapa cubría la parte superior del ánfora. Cuando Madu levantó el ánfora, Kuat soltó uno de esos gruñidos que cada vez desagradaban más al Señor del Espacio.

—Cuidate de apoyar el pulgar en el orificio adecuado.

Ella respondió con un tono indulgente, pero tan desdenoso como el que Kemal podía imaginar en la muchacha. —Hago esto desde la niñez. ¿Por qué habría de olvidarlo ahora?

En años posteriores Kemal bin Permaiswari pensaría que esta noche era uno de los giros más importantes que había dado su vida en su tortuoso pasaje por el tiempo. Parecía distante de los acontecimientos mientras ocurrían; parecía un espectador que observaba los actos, no sólo ajenos sino propios, como si no tuviera control sobre ellos, como en su sueño...

Madu se arrodilló grácilmente y apoyó un pulgar sobre uno de los dos orificios de la parte superior del ánfora. La luz de las velas jugaba sobre la ligera pátina de polvo plateado que le cubría toda la superficie de tez desnuda. Mientras ella vertía el líquido rojizo en cuatro de las pequeñas copas, Kemal notó que aun las uñas de sus pequeñas manos estaban pintadas de plata.

Kuat alzó su copa. El primer brindis, según las normas de la cortesía, debía haber sido en homenaje al

huésped de honor, o al menos de la Instrumentalidad, pero Kuat se regía por sus propias normas.

—Por el placer —dijo, y bebió el contenido de un sorbo.

Mientras los demás sorbían despacio su bebida, Kuat se levantó para servirse otra medida. Había empinado la segunda copa antes que los otros hubieran terminado la primera.

El señor Kemal paladeó el dju-di. Diferente de todo lo que había probado antes, ni dulce ni amargo, se parecía al zumo de granada más que cualquier otro sabor que hubiera gustado, y sin embargo era único.

Mientras lo sorbía, una sensación grata y cosquilleante le invadió el cuerpo. Cuando terminó la copa, había decidido que el dju-di era lo más exquisito que había probado jamás. En vez de aturdirlo como el alcohol o de brindarle sólo placer sensual, como el electrodo, el dju-di parecía realzarle los sentidos, la percepción. Los colores eran más brillantes, la música de fondo que antes apenas había advertido era de pronto dolorosamente adorable, la textura del diván de brocado era objeto de regocijo, el perfume de flores que antes desconocía lo abrumaba. Su mente lesionada rechazó a Styron IV y todas sus implicancias. Sentía un fulgor de camaradería, momentáneamente aun hacia Kuat, y de pronto sintió que se había topado con una muralla de Daimoni.

Entonces supo. Su incapacidad para sentir o leer las otras mentes de este planeta no estaba en él mismo ni en ningún defecto provocado por las máquinas de miedo,

sino que se relacionaba directamente con Kuat, con alguna barrera no autorizada que Kuat había erigido. Sin embargo, la barrera era imperfecta. Kuat no había sido capaz de proteger sólo sus propios pensamientos; había tenido que levantar una barrera universal. Esto era obvio porque Kuat no daba indicios de poder leer la mente del Señor del Espacio.

—¿Qué tendrás que ocultar?—, pensó Kemal. —¿Qué cosas intentan tanto contra las leyes de la Instrumentalidad como para que hayas levantado una barrera mental universal?—

Kuat, relajado, sonrió agradablemente.

Por primera vez desde Styron IV el señor Kemal bin Permaiswari intuyó que de veras podría recobrar por completo. Era la primera vez que sentía verdadero interés en algo.

Madu lo trajo de vuelta a la situación presente.

—¿Te gusta nuestro dju-di?— En realidad no era una pregunta.

Kemal asintió; jubiloso y aún absorto en el enigma que había encontrado.

—Puedes beber una copa más— dijo ella—, pero eso es todo lo que te conviene. Después, uno empieza a aturdirse y eso, después de todo, no es agradable, ¿verdad?

Sirvió una segunda copa para Kemal, para Lari y para ella.

Kuat tendió la mano hacia el ánfora, y ella se la golpeó traviesamente. —Una más y podrías servirte pisang por accidente.

El río. —Soy más fornido que la mayoría de los hombres y puedo beber más que ellos.

—Entonces, deja al menos que te sirva yo— dijo ella, y procedió a servirle.

Se volvió nuevamente hacia el Señor del Espacio con una alegría juguetona que no parecía del todo sincera. —Él es alguien a quien todos debemos consentir, pero en verdad es peligroso beber demasiado. ¿Ves cómo está hecha el ánfora?

Ella alzó la tapa para mostrar la división del ánfora. —En una mitad hay dju-di; en la otra hay pisang, cuyo gusto es idéntico al del dju-di, pero que es mortal. Una copa mata a quien la beba en menos de una *esfunjung*. —Kemal tembló involuntariamente. La unidad de tiempo que ella había mencionado era tan pequeña como para ser instantánea.

—¿No hay antídoto?

—Ninguno.

Lari, que había guardado silencio, habló ahora. —En realidad, es la misma cosa. El dju-di es el pisang destilado. Proviene de un fruto que crece sólo aquí, en Xanadú. La Galaxia sabrá cuántas personas habrán muerto comiendo la fruta o bebiendo el pisang fermentado pero no destilado antes que se descubriera el secreto del dju-di.

—Cada una de esas muertes valió la pena— rió Kuat. Toda calidez que el dju-di hubiera despertado en el Señor del Espacio hacia el gobernador de Xanadú se disipó al instante. Sentía curiosidad, sin embargo, por la dualidad del ánfora.

—Pero si sabéis que el pisang es veneno, ¿por qué lo guardáis en el mismo recipiente que el dju-di? Más aún, ¿por qué lo conserváis siquiera en estado puro?

Madu cabeceó aprobatoriamente. —A menudo hago la misma pregunta, y las respuestas que obtengo no tienen sentido.

—Es la excitación del peligro— dijo Lari—. ¿No disfrutas más del dju-di sabiendo que existe la probabilidad de que te sirvan pisang?

—A eso me refería— insistió Madu—. Las respuestas no tienen sentido.

En ese momento intervino Kuat. La voz le resbalaba un poco, pero habló con suficiente claridad. —En primer lugar, está la tradición. En los viejos tiempos, bajo el primer khan y antes que Xanadú entrara en la jurisdicción de los Señores de la Instrumentalidad, las actividades ilegales abundaban en Xanadú. Había luchas de poder por el liderazgo. Venían gentes de otros planetas para saquear nuestras riquezas. Tenía que haber un modo sencillo de eliminarlas antes que supieran que las iban a eliminar. Dicen que el ánfora doble está copiada de un ánfora china traída por el primer khan. No sé nada sobre eso, pero aquí se ha convertido en una tradición. En Xanadú no existe un recipiente de dju-di sin su correspondiente recipiente de pisang. —Cabeceó sabiamente, como si lo hubiera explicado todo, pero el Señor del Espacio no estaba satisfecho.

—De acuerdo— dijo—, fabricáis las ánforas del modo tradicional, ¿pero por qué, por las nubes de Venus, aún debéis llenarlas de pisang?

Kuat, cuando respondió, lo hizo

con una voz aun más resbalosa que antes; los efectos del exceso de dju-di lo hacían parecer ebrio, y el Señor del Espacio decidió tener en cuenta el consejo de Madu de no beber más de dos copas. Kuat sonrió taimadamente y agitó el dedo admonitoriamente ante el señor Kemal.

—Los extranjeros no deben hacer demasiadas preguntas. Aun podría haber enemigos cerca y todos estamos preparados. Sea como fuere, así es como ejecutamos a los malhechores en Xanadú. —Rió sin inhibiciones. —Ellos ignoran lo que les dan. Es como una lotería. A veces juego con ellos. Primero les doy dju-di, y creen que los pondrán en libertad. Luego les doy otra copa, y no sospechan nada. La beben alegremente, porque la primera copa no les hizo nada. Luego, cuando la parálisis los domina... ¡ja! ¡Hay que verles las caras!

Por un instante el disgusto latente que el Señor del Espacio había concebido por Kuat estalló con toda su fuerza. Pero, pensó, este hombre está ebrio. Y luego: ¿estará expresando sus verdaderos sentimientos?

—¡No, Kuat, no! ¡No es eso lo que quieres decir!

Kuat pareció reaccionar... Palmeó la rodilla del hermano para calmarlo. —No, no, claro que no. Creo que me iré a acostar. Cuida de nuestro huésped, por favor.

Se tambaleó un poco al levantarse pero consiguió salir de la habitación con cierta firmeza.

De pronto la barrera desapareció ligeramente. El Señor del Espacio no podía leer la mente de Kuat, pero

captaba, en alguna parte del planeta, algo maligno, extraño, ilegal. Cierta frialdad pareció reemplazar la tibia del dju-di en sus venas.

El viento empezaba a soplar sobre las dunas blancas. Lejos de la ciudad, protegido por el antiguo cráter del mar sin sol, el laboratorio tenía una engañosa placidez exterior. Adentro, el muerto diehr ilegal, aún no del todo sentiente, se movió en el fluido ambigüo; afuera, los árboles cargados con sus frutos mortales parecían temblar con pasmada ansiedad.

Madu suspiró. —Sabía que no debía haber bebido la última copa, pero él es caprichoso. —Se volvió hacia Lari, sin prestar atención al Señor del Espacio, y dijo tranquilizadamente: —Claro que no hablaba en serio en cuanto a jugar con los prisioneros. Ha sido tan bueno con nosotros todos estos años... nadie podría ser tan amable con nosotros y tan cruel en otros sentidos, ¿verdad?

Una vez más el Señor del Espacio miró de soslayo a Lari. La cara joven y apuesta, vital, pero joven, tan joven, tenía un aire de turbación. —No, supongo que no, y aun así he oído historias... —Se interrumpió, recordando la presencia del Señor del Espacio... —Claro que son habladerías —concluyó, pero el señor Kemal tuvo la sensación de que no sólo se empeñaba en tranquilizarse a sí mismo sino en borrar la mala impresión que había producido el hermano.

—Ahora comeremos —dijo vivazmente Madu, y se levantó para entrar en el comedor. De nuevo el Señor del Espacio tuvo la sensación de que cambiaban de tema.

II

En años posteriores el Señor del Espacio recordó. Los pensamientos se le agolpaban en la mente. *Oh Xanadú, no hay nada comparable en todas las galaxias. Los días y noches sin sombra, las llanuras sin árboles, los repentinos estallidos de truenos y relámpagos sin lluvia que de algún modo se suman a tus encantos. Griselda. El único animal puro que he conocido jamás. El ronroneo enorme y rugiente, el hocico blanco y rosado con la mancha negra en un costado, los ojos que parecían escudriñar mi propio ser más allá de los rasgos de mi cara. Oh Griselda, espero que en alguna parte aún brinques y saltes...*

Pero ahora: los primeros días del señor Kemal bin Permaiswari en Xanadú pasaron rápidamente mientras lo iniciaban en los infinitos placeres de Xanadú.

Para el día siguiente a la llegada de Kemal se había planeado una carrera donde correría Lari. El elemento de competición que se había introducido en Xanadú formaba parte de un regreso deliberado a las alegrías simples que la humanidad había olvidado en su mecanización.

Las multitudes del estadio eran alegres y brillantes. La mayoría de las muchachas usaban el cabello suelto y ondeante; las mujeres, tanto mayores como jóvenes, vestían la indumentaria típica de Xanadú: una diminuta falda corta y una chaqueta abierta sin mangas. En la mayoría de los mundos las mujeres de más edad habrían lucido grotescas o al menos ridículas con esta indumentaria, y las mujeres más jóvenes

habrían parecido desvergonzadas. Pero en Xanadú había una inocencia básica y una aceptación del cuerpo, y casi sin excepción las mujeres de Xanadú, al margen de la edad, parecían haber conservado la silueta esbelta y adorable, y no había falsos pudores que destacaran su semidesnudez.

La mayoría de los jóvenes, tanto varones como mujeres, usaban el brillante polvo corporal que el Señor del Espacio había visto por primera vez en Madu; algunos usaban un polvo acorde con sus ropas, otros con su cabello o los ojos. Unos pocos usaban una pátina luminiscente sin color. De todos ellos, Madu era la más encantadora para el Señor del Espacio.

Ella irradiaba una excitación que en parte se comunicaba al señor Kemal. Kuat parecía desprovisto de emociones.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó ella.

—El muchacho ganará, ya sabes. De todos modos, las carreras de caballos son más excitantes.

—Para ti, tal vez. Pero no para mí.

El señor Kemal se interesó. —Nunca he visto esas carreras —dijo—. ¿En qué consisten? ¿Los caballos corren juntos para ver cuál es el más rápido?

Madu asintió. —Parten a una señal y corren por un camino predefinido. El primero en llegar a la meta es el ganador. A él —inclinó la cabeza hacia Kuat, traviesamente— le gusta apostar a la victoria de su caballo. Por eso las carreras de caballos le gustan más que las carreras de humanos.

—¿Y en las carreras de humanos no hay apuestas?

—Oh, no. ¡Sería degradante para los seres humanos apostar por sus logros o aptitudes!

Ese día había tres carreras, cada cual con menos competidores que la anterior. Aun en la primera carrera fue evidente que no había una verdadera competencia; Lari superó a los demás por tanta distancia que fue casi vergonzoso. Si no hubiera sido obvio que era un corredor soberbio, habría sido fácil creer que los otros se retrasaban para permitir el triunfo del hermano del gobernador de Xanadú.

Kuat caminó hacia el centro del estadio para participar en el remedo de un antiguo ritual del viejo Hogar del Hombre que consistía en poner una corona de hojas doradas en la cabeza de Lari.

En ausencia del gobernador, el señor Kemal oyó varios susurros a sus espaldas, en los cuales captó las palabras "bailará con los aros", "el viejo gobernador quedará complacido", "lástima que su madre..." Madu no parecía escuchar.

Después de las celebraciones, cuando el gobernador y su séquito regresaron al palacio, el señor Kemal recordó las curiosas frases; sobre todo lo intrigaba el tiempo futuro de "el viejo gobernador quedará complacido" (en vez de *habría quedado complacido*). Se le clavó en la mente, irritante como una astilla en un dedo lastimado. Su mente apenas empezaba a recobrase de las heridas de las máquinas de miedo, y decidió que no podía arriesgarse a una nueva infección.

Mientras Kuat bebía su segunda copa de dju-di, el señor Kemal preguntó con aire casual: —¿Cuánto hace que eres gobernador de Xanadú, Kuat?

El otro alzó la vista, intuyendo algo bajo el tono casual de la pregunta.

—Yo era pequeño... —interrumpió Lari.

El gesto de Kuat lo silenció. —Hace muchos años —dijo—. ¿Importa cuántos?

—No, era mera curiosidad —dijo el Señor del Espacio, optando por ser franco—. Pensé que la gobernación de Xanadú era hereditaria, pero hoy oí algo que me hizo creer que el gobernador tu padre aún vivía.

De nuevo Lari se apresuró a responder antes que Kuat pudiera silenciarlo. —Pero está vivo. Está con los aroi... Por eso mi madre...

El mal ceño de Kuat lo hizo callar.

—Esto no concierne a la Instrumentalidad. Esto concierne a las costumbres locales de Xanadú, protegidas por el artículo # 376984, subartículo a, parágrafo 34c del instrumento por el cual Xanadú acordó ponerse bajo la protección de la Instrumentalidad. Puedo asegurarte que sólo se trata de cuestiones domésticas de origen puramente autóctono.

El señor Kemal cabeceó para aparentar aprobación. Intuía que de algún modo había descubierto otra pequeña parte del misterio que lo intrigaba, que lo interesaba como nada lo había interesado desde Styron IV.

III

El cuarto "día" de su estadía en Xanadú, el señor Kemal salió con Madu y Lari en su primera expedición fuera de las murallas de la ciudad desde su llegada. Para entonces, el Señor del Espacio ya le había cobrado un gran afecto a la gata Griselda. Se sentía halagado cuando ella soltaba un gran ronroneo de placer y se tendía para que él montara en ella sin esperar una orden.

Veía los animales bajo una nueva luz. Comprendió turbadamente que las subpersonas, animales modificados con forma de seres humanos, no eran en verdad ni una cosa ni la otra. Oh, había subpersonas de gran inteligencia y poder, pero... Dejó ese pensamiento en el aire.

Corrieron por las llanuras con singular alegría. El pequeño planeta, ventoso y sin árboles, tenía una particular belleza salvaje. El mar negro se encrespaba al pie de los acantilados de greda. Kemal, observando esos li de arena, sintió una vez más la extrañeza del lugar. A lo lejos vio un gran pájaro que se elevaba, vacilaba y caía.

Más tarde, mucho más tarde, la canción que escribió la computadora cuando él la alimentó con los datos sobre el momento y el lugar, fue célebre a través de las galaxias:

*Sobre una montaña oscura
solitaria en la nube
el águila se detuvo
y el viento chilló
en voz alta
el trueno rodó
y la bruma de la nube*

*formó la mortaja del águila
mientras ella caía al suelo
las alas maltrechas y rotas.*

*Y el oleaje
al pie
del acantilado
fue blanco
esa noche,
y brillantes
las alas
del ave
que caía.*

*Yo oí
el grito.*

Tal vez fue testimonio de la hondura de sus sentimientos que el señor Kemal alimentara con esos datos la computadora de tal modo que expresaron parte de su dolor.

Madu y Lari también vieron la caída del ave, y algo que ellos no podían entender del todo enturbió su brillante alegría.

—Pero ¿por qué? —susurró Madu—. Volaba tan libremente como nosotros cabalgábamos, nosotros brincábamos mientras ella se elevaba, todos libres y felices. Y ahora...

—Y ahora debemos olvidarla —dijo el Señor del Espacio, con una sabiduría nacida de interminables padecimientos y de una cautela que lamentaba sentir. Pero él no pudo olvidarla. De ahí la computadora.

—Sobre una montaña oscura... Con mayor lentitud, estremecidos por la muerte de la belleza, de la vida, continuaron, cada cual sumido en sus reflexiones.

"¿Qué sentía mi madre?", pen-

saba Lari. "¿Cuáles eran sus sentimientos y pensamientos cuando entró en el mar oscuro, tibio y profundo... y supo que jamás regresaría?"

Madu se sentía confundida y sola. Era la primera vez que enfrentaba personalmente la muerte en cualquier forma de sus formas. Sus padres eran irreales para ella; no los había conocido. Pero esa ave... la había visto viva y libre, volando, sin más preocupación que sus gráciles plumes y aleteos; y ahora, de pronto, estaba muerta. Madu no podía conciliar ambos pensamientos en su mente.

Fue el señor Kemal quien, a causa de su edad y experiencia, se recobró primero. —No me habéis contado —dijo— adónde nos dirigimos.

La sonrisa de Madu fue un pálido eco de su fulgor habitual, pero ella hizo el esfuerzo. —Vamos a rodear el borde del cráter, allá arriba junto al pico. Es un bello panorama, y desde allí casi se tiene la impresión de ver el planeta entero.

Lari asintió, decidido a participar en la conversación pese a los oscuros pensamientos que le habían enturbiado la mente. —Es verdad —dijo—. Desde allá se ve incluso el bosquecillo de árboles buah. El pisang y el dju-di se obtienen del fruto de los árboles buah.

—Eso me despertaba curiosidad —dijo el Señor del Espacio—. No he visto un árbol desde que aterricé en este planeta.

—No —dijeron Madu y Lari simultáneamente. Eso les causó gracia, y ambos rieron espontáneamente, actuando con mayor naturalidad de la que habían demostrado desde

la muerte del ave. Inconscientemente comunicaron esa actitud más jovial a los gatos, que empezaron a brincar nuevamente a mayor velocidad.

La dicha del Señor del Espacio ante la elevación del ánimo de sus jóvenes compañeros se enturbió un poco porque la conversación, que había empezado a ser interesante, no podía seguir en medio de ese galope desenfrenado.

Mientras subían la cuesta, sin embargo, los gatos redujeron gradualmente la velocidad. El cambio fue imperceptible al principio, pero al continuar el largo ascenso, el señor Kemal percibió el creciente esfuerzo de Griselda. Había empezado a creer que nada podía cansarla, pero el ascenso hasta el borde del cráter era mucho más largo de lo que parecía desde abajo.

Y la lentitud de los otros gatos evidenciaba que ellos también sentían el esfuerzo.

El Señor del Espacio reanudó la conversación. —Ibais a hablarme de los árboles —dijo.

Lari fue el primero en responder. —Tienes razón en cuanto a lo de no haber visto ningún árbol. Los únicos árboles que crecen en Xanadú, además de los árboles buah, son los árboles kelapa, y crecen en el fondo de los cráteres de los volcanes más pequeños. También podrás ver algunos de ellos cuando lleguemos al borde del cráter. Pero los árboles buah siempre crecen en bosques: debe haber machos y hembras para engendrar el fruto, y uno sólo puede acercarse al fruto en ciertas épocas. De lo contrario, basta con

inhalarse el aroma para que sean mortales.

Madu asintió gravemente. —Siempre debemos mantenernos a distancia del bosquecillo de buah hasta que Kwat haya consultado a los aros, y cuando él nos dice que la época es apropiada, todos los habitantes de Xanadú participan en la cosecha. Los aros bailan, y es la mejor época de todas...

Lari meneó la cabeza reprobatoriamente. —Madu, hay cosas que no comentamos con los extranjeros.

Ella se ruborizó, los ojos repentinamente húmedos, y tartamudeó: —Pero un Señor de la Instrumentalidad...

Ambos hombres notaron su turbación, y cada cual a su manera se apresuró a remediarla. El Señor del Espacio dijo: —Soy hábil para no recordar lo que no debo.

Lari le sonrió a Madu y le apoyó la mano derecha en el hombro. —Está bien. Él comprende, y tú no querías causar daño. Ninguno de nosotros contará nada a Kwat.

Mientras descansaba en su cuarto después de la cena, el Señor del Espacio trató de reconstruir la tarde. Habían llegado al borde del cráter y había sido tal como había dicho Madu: se tenía la sensación de que el horizonte era ilimitado. El Señor del Espacio había tenido la abrumadora percepción de la magnitud del infinito, algo que jamás había experimentado a tal punto en todos sus viajes a través del espacio o el tiempo. Y sin embargo había tenido la pequeña e insistente sensación de que algo no estaba del todo bien.

Parte de esa sensación se asociaba

con el bosquecillo de buah. Estaba seguro de que había atisbado un edificio mientras el viento indeciso, a veces violento, a veces suave, mecía las ramas de los buah. No había mencionado su observación a los jóvenes. Tal vez era otro elemento autóctono y por lo tanto estaba prohibido comentarlo, de lo contrario uno de ellos lo habría mencionado.

Buscó en su memoria (sí, era indudable que su mente se estaba recordando) una persona, entre los criados del palacio, que pudiera estar dispuesta a hablar con un Señor de la Instrumentalidad. De pronto recordó algo que debía de haber registrado en forma subliminal, sin notarlo en forma consciente en su oportunidad. Uno de los hombres en el establo de los gatos. ¿Qué era? El hombre había dibujado un pez en la arena para los gatos y luego, mirando de soslayo la cara del Señor del Espacio, había borrado la imagen con el cepillo. Más tarde él había visto el destello metálico en el cuello del hombre. ¿Sería una cruz del Dios Clavado en lo Alto? ¿Había en Xanadú un miembro de la Vieja Religión Fuerte? En tal caso, había alguien a quien chantajear.

¿O no? El hombre había intentado comunicarse con él. Ahora que lo pensaba, estaba seguro. Bien, al menos tenía un posible colega. Sólo tenía que recordar el nombre del individuo.

Dejó que su mente asociara libremente; evocó la cara, la mano del hombre tanteando la cadena que le colgaba del cuello... Sí, sin duda

era una cruz, ahora la veía... ¿Por qué no la había visto antes?... Pero allí estaba, registrada en su mente... Y sí, el nombre del criado: Señor-Stokley-de-Boston. La rara sospecha de que hubiera, pese a todo, una subpersona en Xanadú, le cruzó la mente. Señor-Stokely-de-Boston no tenía aspecto de derivado de animal, pero el nombre indicaba algo extraño en su ascendencia.

El señor Kemal bin Permaiswari no podía esperar hasta la "mañana" para tratar de conocer más a Señor-Stokely-de-Boston. ¿Con qué excusa podría bajar a los establos a esas horas? Las puertas de Xanadú permanecerían cerradas las ocho horas siguientes. Luego advirtió que estaba pensando como un ser humano cualquiera. Él era un Señor de la Instrumentalidad. ¿Por qué necesitaba una excusa para actuar a su antojo? Kwat sería gobernador de Xanadú, pero en la jerarquía de la Instrumentalidad era una mota muy pequeña.

No obstante, el Señor del Espacio pensó que le convenía actuar con prudencia. Kwat había demostrado su falta de escrúpulos, y algunas de estas prácticas "autóctonas" parecían muy peculiares. Un Señor del Espacio que "accidentalmente" bebiera pisang mientras tenía la mente trastornada no sería echado de menos. Y había que tener en cuenta el bienestar de Señor-Stokely-de-Boston.

Griselda. Ésa era la respuesta. Había notado que estornudaba esa tarde, e incluso lo había comentado con Madu y Lari, quienes lo habían atribuido al polvo o al polen. Pero

serviría como excusa. Le había cobrado tanto afecto a Griselda que lo habían tomado a broma. Por cierto nadie se extrañaría de que se preocupara por ella.

Los corredores parecían extrañamente desiertos mientras enfilaba hacia el establo de los gatos. Advirtió que no se había aventurado fuera de sus habitaciones después de la última comida del día desde su llegada a Xanadú. Aparentemente todos se retiraban después de la cena, tanto a mos como criados. Se preguntó si los establos también estarían desiertos.

Tuvo la increíble suerte de encontrar solo a Señor-Stokely-de-Boston. Al menos, en el momento, él pensó que el encuentro era fortuito. Más tarde interrogó al hombre-pájaro.

Señor-Stokely-de-Boston resultó ser, como había sospechado el Señor del Espacio, una subpersona.

La sonrisa de Señor-Stokely-de-Boston era sabia y benévola. —Verás, el gobernador Kuat no sospecha que soy una subpersona. Y la barrera mental universal, desde luego, no tiene un efecto operativo en mí. Fue un poco difícil, pero veo que logré comunicarme contigo. Quedé un poco preocupado cuando mi sonda mental mostró todo el tejido cicatricial que te había dejado Styron IV, pero he estado utilizando los métodos modernos para tratar de curarte la mente, y estoy seguro de que nos va muy bien.

Al Señor del Espacio le causó un momentáneo y extraño rencor que esta persona derivada de un animal tuviera un conocimiento tan íntimo

de su mente, pero la furia duró poco porque rápidamente asemejó la empatía que había establecido con Griselda con la comunicación mental que tenía con el hombre-pájaro.

La sonrisa de Señor-Stokely-de-Boston se ensanchó aún más. —Yo tenía razón acerca de ti, señor bin Permaiswari. Tú eres el aliado que necesitábamos en Xanadú, ¿Sorprendido?

El señor bin Permaiswari cabeceó. —El gobernador insistió tanto en que no había subpersonas en Xanadú...

—No ha sido fácil pasar inadvertido —admitió Señor-Stokely-de-Boston—, pero no estoy solo. Y tenemos otras familias humanas, desde luego, pero hasta ahora nadie tan poderoso como un Señor del Espacio.

El señor Kemal descubrió que no le molestaba la presunción de que él era un aliado. El hombre-pájaro le leyó nuevamente los pensamientos y sonrió. Tenía una sonrisa curiosamente seductora, firme pero amable. Parecía digno de confianza, y el señor Kemal estaba dispuesto a aceptar lo que el hombre-pájaro quisiera decirle.

Sus pensamientos se conectaron. —Permite que me presente adecuadamente —linguó el hombre-pájaro—. Mi nombre verdadero es A'duard, y mi progenitor fue el gran E-telekeli, de quien tal vez has oído hablar.

La falsa modestia de esta declaración conmovió al señor Kemal. Inclino la cabeza en señal de respeto; el legendario hombre-pájaro, el E-telekeli, era conocido a través de la Instrumentalidad como cabe-

cilla reconocido y asesor espiritual del subpueblo. Esa subpersona derivada de un huevo podía ser un aliado muy útil para llevar a cabo la obra de la Instrumentalidad o una oposición de proporciones temibles. Los señores y damas que gobernaban la Instrumentalidad ansiaban su cooperación.

Muchas subpersonas eran famosas por sus extraordinarios poderes médicos y psíquicos, y el Señor del Espacio se sintió reconfortado al saber que la persona de origen animal que le había manipulado la mente era un descendiente del E-telekeli. Descubrió que lengua su pensamientos porque A'duard obviamente podía audirlos. Por cierto la resolución del misterio de Xanadú se simplificaría para el Señor del Espacio si ambos cooperaban, pero antes quería saber si esa peculiar alianza violaba alguna de las leyes de la Instrumentalidad.

—No —repuso empáticamente A'duard—. En verdad, se trata de corregir asuntos que están en conflicto directo con las leyes de la Instrumentalidad.

—¿Algo "autóctono"? —preguntó socarronamente el Señor del Espacio.

—La cultura nativa está involucrada en ello —convino A'duard—, pero en verdad se la utiliza como pantalla para algo mucho más maligno... y empleo la palabra "maligno" no sólo en este sentido —alzó la cruz del Dios Clavado en lo Alto— sino en el sentido de la violación básica de los derechos de los vivientes. Me refiero al derecho de una entidad a existir, a existir

en sus propios términos siempre que no viole los derechos de otros, de llegar a su propio acuerdo con la vida, y de tomar sus propias decisiones.

Por segunda vez el señor Kemal bin Permaiswari asintió manifestando respecto y aprobación. —Ésos son derechos inalienables.

A'duard meneó la cabeza. —Deberían serlo —linguó—, pero en Xanadú, Kuat ha encontrado un modo de burlar esa inalienabilidad. Sabes, desde luego, qué son los muertos diehr.

—Desde luego. "Y jamás una vida propia..." —entonó, citando una canción antigua—. Pero ¿qué tienen que ver con los derechos de los vivos? Los muertos diehr se cultivan con trozos congelados de carne de gentes notables muertas hace tiempo. Es verdad que al regenerar la persona física del muerto hemos tenido a veces resultados extraordinarios con los muertos diehr en su segunda vida. Pero a veces no... sus logros parecen haber sido una combinación de circunstancias y genes, no solamente de genes...

A'duard meneó la cabeza otra vez. —No me refiero a los muertos diehr controlados legal y científicamente, aunque a veces siento pena por ellos. Pero ¿qué pensarías de muertos diehr cultivados a partir de los vivientes?

El Señor del Espacio expresó su asombro y horror mientras A'duard continuaba. —Muertos diehr que Kuat controla como marionetas, muertos diehr que sustituyen a los originales, de modo que en verdad ni los muertos diehr ni el original tienen vida propia...

De pronto el Señor del Espacio comprendió qué había en el edificio que había atisbado en el bosquecillo de buah. —Ése es el laboratorio, ¿verdad?

A'duard asintió. —Es un lugar perfecto. Kuat ha difundido el rumor de que el aroma del árbol buah es mortal excepto cuando, tras consultar a los aroi, él proclama que se pueden recoger los frutos sin peligro. De modo que nadie se atreve a acercarse al laboratorio. Son patrañas. Hay sólo un período muy breve, justo antes de la cosecha, cuando el aroma del fruto de buah es mortal... en otras palabras, la dosis de verdad suficiente para dar crédito al rumor. Esta mañana viste la muerte de nuestro explorador...

El señor Kemal no comprendió. —El águila no modificada que viste caer de los cielos esta mañana durante tu cabalgata. La habíamos enviado para observar el laboratorio. La derribaron con un dardo de pisang. Esas cosas son las que hacen creer a la gente que deben mantenerse alejadas del bosquecillo.

—¿Podíais comunicarnos?

Por primera vez el Señor del Espacio creyó ver una sombra de burla en la sonrisa del hombre-pájaro. —Por supuesto. —Luego bajó la cara y los ojos se le pusieron viejos y tristes. —Era un hermano mío; nos empollaron en el mismo nido, pero yo fui elegido para que me codificaran genéricamente como subpersona y él no. Nuestros sentimientos son un poco diferentes de los sentimientos de las personas verdaderas, pero somos capaces de amor y lealtad, y también de tristeza...

El señor Kemal volvió a ver en la memoria el ave elegante y rauda de su cabalgata de la mañana; y sintió la tristeza de A'duard. Sí, podía creer en los sentimientos de las subpersonas. A'duard le tocó la mano con un dedo tentativo.

—Noté que sufrías por él sin conocer las circunstancias. Ésa es una de las razones por las que esta noche hice que vinieras a verme. —De pronto su actitud cambió. —Ante todo debemos encargarnos de los aroi.

—He oído la palabra, pero ignoro qué significa —confesó el Señor del Espacio.

—No me sorprende. Los aroi llevan una vida de placer: cantan y bailan, actúan y practican una suerte de sacerdocio. Hay tanto hombres como mujeres entre los aroi, y se los respeta y honra. Pero hay un requerimiento singularmente siniestro para unirse a los aroi.

El Señor del Espacio no disimuló su curiosidad.

—Todos los descendientes vivos de la pareja actual de la persona que se una a los aroi deben ser sacrificados. O la pareja debe morir, y si hay más de un vástago de esa unión, también debe morir un número equivalente de otros voluntarios.

El señor Kemal comprendió. —Conque ésa es la razón por la que la madre de Lari se ahogó en el Mar sin Sol... para salvar a su hijo. Pero ¿por qué el viejo gobernador se unió a los aroi?

—¿No lo ves? Con Kuat como gobernador y el viejo gobernador con los aroi, ese par de conspiradores ejerce un poder tan absoluto sobre el planeta...

—Conque fue una conspiración desde el principio.

—Claro, Kuat era el hijo de la primera esposa, cuando el gobernador estaba en la flor de la juventud. En la vejez quiso continuar en el poder pero con ayuda de un virrey, por así decirlo.

—¿Y los muertos diehr del laboratorio?

—Ésa es la razón de nuestra urgencia. Están totalmente desarrollados y son casi sentientes. Hay que destruirlos antes que los originales sean reemplazados y muertos.

—Supongo que no hay otro camino, pero casi parece un asesinato.

A'duard no estuvo de acuerdo.

—La sustitución es un asesinato físico y espiritual. Estos muertos diehr son como robots sin alma... —Vio la débil sonrisa del Señor del Espacio. — Sé que no crees en la Vieja Religión Fuerte, pero creo que sabes a qué me refiero.

—Sí. No son, en el sentido que tú dices, seres vivientes. No tienen voluntad propia.

—Los aroi están a dos aldeas de distancia, a unos cien li. Tras haber representado su celebración en esas aldeas, vendrán hacia aquí. Ésa será la señal para que empiece la cosecha del fruto del buah y la sustitución de los seres vivos por los muertos diehr que los imitan. Entonces no habrá oposición a Kuat en el planeta, y él podrá dar rienda suelta a su crueldad... y planear la conquista de otros mundos. Su hermano Lari es una de las víctimas en sus planes porque él teme la popularidad del muchacho entre las multitudes.

—Pero las dos personas por las

que ha manifestado verdadero afecto —repuso el señor Kemal increíblemente— son Lari y la muchacha Madu.

—No obstante, uno de los muertos diehr del laboratorio es una réplica de Lari.

—¿El padre, el viejo gobernador, no se opondrá?

—Tal vez, aunque el solo hecho de que se uniera a los aroi sabiendo cuál sería el costo en términos humanos vuelve improbable su interferencia.

—¿Y Madu?

—La mantendrá como es, por el momento, y tratará de moldearla según su voluntad. El respeta tan poco la individualidad que, si no puede, obtendrá algún fragmento de su carne y la reemplazará por un muerto diehr. Podría contentarse con una réplica física sin preocuparse por la ausencia de la *persona*.

El Señor del Espacio sintió que su mente cansada trataba de ingerir más de lo que era posible en una sola vez. A'duard lo comprendió de inmediato.

—Te he retenido demasiado tiempo. Debes descansar. Estaremos en contacto. Y no te preocupes; la barrera mental de Kuat también lo afecta a él; sólo quedan exentas las subpersonas y los animales, y todos estamos mancomunados.

Mientras regresaba a sus aposentos, el señor bin Permaiswari notó nuevamente el silencio, la ausencia de toda actividad humana en el palacio. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde que había salido de su habitación para buscar a Señor-Stokely-de-Boston en los esta-

blos. Lamentó no haberse acordado de preguntar a A'duard cómo había adquirido ese nombre improbable. De inmediato oyó la voz de A'duard en la mente: —Me fue otorgado por un pequeño servicio que presté a la Instrumentalidad en el viejo Hogar del Hombre.—La sorpresa sobresaltó al Señor del Espacio. Había olvidado que no había barreras espaciales para el lenguaje mental si dejaba la mente abierta.—Gracias —linguó, y luego cerró la mente.

IV

Cuando despertó de un sueño tumultuoso, el Señor del Espacio sentía una fatiga que A'duard sin duda habría llamado cansancio del alma. No había manera de comunicarse con la Instrumentalidad. La próxima nave con destino al puerto espacial encima de Xanadú estaba planeada para un futuro demasiado lejano como para ser de alguna utilidad en el asunto de los muertos diehr ilegales. A'duard tenía razón. La sustitución debía detenerse antes que comenzara. Pero ¿cómo? Le parecía un poco humillante para su condición de Señor del Espacio tener que depender de una subpersona; el único consuelo era que esa subpersona era un descendiente del gran E-telekeli.

Mientras comían la primera comida del día, Madu parecía desanimada; Lari no estaba presente. El señor Kemal, con la voz más agradable de que era capaz, preguntó a Kuat por el muchacho.

—Ha ido a Raraku para bailar

con los aroi —dijo Kuat. Luego, aparentemente, advirtió que el Señor del Espacio debía desconocer la palabra "aroi"—. Es un grupo de bailarines y actores que tenemos en Xanadú—explicó amablemente. Kemal sintió un frío en el corazón.

No veía el momento de comunicarse con A'duard.—Lari no está —linguó en cuanto estuvo seguro de que Kuat no reparaba en su expresión.

—Todos los muertos diehr están todavía en su lugar, informan nuestros exploradores —repuso A'duard—. Trataremos de encontrarlo y de comunicarnos contigo.

Pero el tiempo pasaba; lo único que las subpersonas pudieron asegurar al señor Kemal fue que Lari no estaba con los aroi ni en Raraku y que su réplica diehr aún estaba en su lugar en el laboratorio. Parecía haber desaparecido del planeta.

Madu había tomado literalmente la afirmación de Kuat; ahora estaba mucho más callada, pero aparentemente creía que Lari estaba bailando con los aroi. El Señor del Espacio intentó sondearla con prudencia.

—Por lo que oí, entendía que los aroi eran un grupo cerrado al cual uno debía unirse para participar.

—Oh, sí, para participar plenamente —dijo Madu—, pero antes de la cosecha se permite que los mejores bailarines bailen con los aroi, sean miembros o no. Ahora no falta mucho tiempo. Los aroi se han trasladado de Raraku a Poike. Luego vendrán aquí. Me alegrará ver a Lari de nuevo; siempre lo echo de menos cuando se va a correr o bailar.

—¿Se ha ido antes para bailar? —preguntó el Señor del Espacio.

—Bien, no. A bailar no. A correr, pero no a bailar. Pero él es muy bueno. En realidad antes no tenía la edad suficiente.

—¿Y hay otros festejos de la cosecha además del baile? —preguntó el Señor del Espacio, aún buscando una clave del paradero del desaparecido Lari.

La sonrisa de ella tenía parte de su viejo esplendor.—Oh, sí. Es entonces cuando tenemos las carreras de caballos de que te hablaba. Es el deporte favorito de Kuat. Sólo que esta vez —la cara de Madu se oscureció— temo que su caballo no tendrá muchas oportunidades de ganar. Gogle ha corrido demasiado y en condiciones muy duras; las patas traseras se le están desgastando. El veterinario hablaba de hacerle un trasplante de músculos en cuanto tuvieran un donante adecuado, pero dudo que lo hayan encontrado.

Sin embargo, ante la perspectiva de volver a ver pronto a Lari, ella parecía más cerca de esa alegría que el Señor del Espacio asociaba con Madu. Salieron a cabalgar, y el señor Kemal gozó nuevamente de esa abrumadora sensación de asombro y placer mientras él y la gata Griselda se convertían en un solo ser. Sus sentimientos estaban tan íntimamente ligados que él no tenía que apretar las rodillas ni chistar para que ella obedeciera cada uno de sus deseos. Por primera vez en muchos días, el señor bin Permaiswari pudo olvidarse de A'duard y los muertos diehr, de su preocupación por Lari y su temor de

que la Instrumentalidad no aprobara su cooperación con el hombre-pájaro.

Por primera vez, también, el Señor del Espacio empezó a preguntarse cuánto se querrián Madu y Lari. Ahora que tenía a Madu para él solo, sentía más que nunca la fuerte atracción que ella ejercía sobre él. En todos los mundos que había conocido, jamás había sentido semejante atracción por una mujer. Y, tal era su honor, empezó a pensar que era aún más imperativo encontrar a Lari sano y salvo antes de expresarle a ella sus sentimientos. Trató de comunicarse mentalmente con A'duard.

—Nada —dijo el hombre-pájaro—. No hemos encontrado rastros de él. La última vez que lo vio uno de los nuestros estaba en las inmediaciones del palacio, y se dirigía a los establos. Eso es todo.

En el día del festival anterior a la cosecha, el Señor del Espacio, usando a Griselda como pretexto, fue nuevamente a los establos.

A'duard trabajaba con ahínco como Señor-Stokely-de-Boston. Miró gravemente al Señor del espacio, pero su mente permaneció cerrada. No linguó. El señor bin Permaiswari sintió fastidio. Abrió la mente y linguó: —¡Animales!

A'duard torció la boca pero aun así no linguó.

El Señor del Espacio se disculpó.—Lo siento. No lo dije en serio.

Esta vez A'duard le respondió.—Sí, lo dijiste en serio. Y somos animales. Pero ¿por qué tanto desprecio? Cada cual es lo que es.

—Me fastidió que me cerraras la

mente a mí, un Señor del Espacio. Tienes derecho a cerrar la mente ante cualquiera. Te pido disculpas.

A'duard aceptó grácilmente la declaración. Dijo: —Había una razón para que mi mente estuviera cerrada. Estaba tratando de resolver cómo contarte algo. Y necesitaba conocer bien tus sentimientos sobre Madu y Lari antes de linguar con libertad.

El señor bin Permaiswari sintió un poco de vergüenza; no se había comportado como un Señor del Espacio, sino como un niño. Trató de ser completamente franco. —Estoy sinceramente preocupado por Lari. En cuanto a Madu, debes saber que existe una fuerte atracción, pero antes debo averiguar dónde está el muchacho y ver cuáles son los sentimientos de ella.

A'duard cabeceó. —Hablas como yo esperaba que lo hicieras. Hemos encontrado a Lari. Ha quedado inválido para siempre.

El señor Kemal inhaló, y el aire le quemó la garganta. —¿Qué quieres decir?

—Kuat ordenó a su veterinario que cortara al muchacho los músculos de los tobillos y los trasplantara a su caballo favorito, Gogle. El caballo podrá correr una carrera más a toda velocidad, burlando así a los que apuesten en contra de Kuat. Es improbable que un tratamiento quirúrgico consiga que el muchacho camine de nuevo, y mucho menos que corra o baile.

El Señor del Espacio tenía la mente en blanco. Advirtió que A'duard todavía lingüaba.

—Tendremos al muchacho en su silla ruedas mañana, en la carrera de caballos. Necesitarás la ayuda de Madu. Entonces podrás decidir qué hacer.

Hasta el día siguiente en el momento de la carrera, el señor Kemal se sintió como en un sueño, observando desapasionadamente sus movimientos. A'duard le lingüó una sola vez. —Hay que despachar de inmediato a los muertos diehr —le dijo—. Mañana después de la carrera, cuando todos estén celebrando, será el momento. Mantén ocupado a Kuat y yo me haré cargo del asunto.

Temeroso y desdichado, sintiéndose más débil que nunca desde Styron IV, el señor Kemal bin Permaiswari acompañó a Madu y al gobernador Kuat hasta la carrera de caballos. En el palco estaba Lari, pálido, delgado, aquejado, en una silla de ruedas. —¿Por qué? —gritó en su mente el Señor del Espacio.

La voz de A'duard le llegó cor mucha más calma. —Kuat pensó que en realidad le hacía un favor. Con el muchacho lisiado, no puede ser el héroe corredor que ha sido para el pueblo de Xanadú. Kuat pensó que de ese modo no tendría que reemplazarlo por un muerto diehr. No advirtió que le ha quitado al muchacho la razón principal para querer vivir; es casi como si lo hubiera sustituido por un muerto diehr.

Madu sollozaba. Kuat, en lo que pretendía ser una tosca amabilidad, le acarició el cabello. —Cuidaremos de él. ¡Y, por Venus! ¡Hoy burlare-

mos a los apostadores! Creen que Gogle no puede correr más. ¡Se llevarán una sorpresa! ¡Desde luego, es sólo por esta carrera, pero valdrá la pena!

“Valdrá la pena”, pensó el Señor del Espacio. Valdrá el resto de la vida de Lari, lisiado, incapaz de hacer lo que más amaba.

“Valdrá la pena”, pensó Madu. No bailar más, no correr, no sentir el viento en el cabello mientras las multitudes vivaban.

“Valdrá la pena”, pensó Lari. Qué importa todo ahora.

Gogle ganó por medio cuerpo. Kuat, eufórico, dijo a los demás: —Os veré en el salón principal del palacio. Tengo que recaudar mis apuestas.

La cara de Madu parecía tallada en mármol mientras conducía a Lari hacia un carro especial, tirado por dos gatos, que lo habían llevado al estadio. El señor Kemal, sin una palabra, montó en Griselda. Necesitaba soledad, al menos por un rato.

Se alejaron, en callada comunicación, de las murallas de la ciudad. El señor Kemal oyó un grito desde las puertas de la ciudad, pero no le prestó atención. Pensaba en Lari. De nuevo el grito. Otro brinco. De pronto Griselda tambaleó, rodó, se desplomó. El Señor del Espacio cayó de bruces junto a la cara de la gata. Los ojos de Griselda eran vidriosos. Entonces vio el dardo que le atravesaba el pescuezo. Pisang. Ella trató de lamerle la mano; él la acarició, los ojos llenos de lágrimas. Ella soltó un suspiro enorme y desgarrador, escudriñó el ser de

Kemal, se estremeció y murió. Una parte de él murió con ella.

Cuando llegó a la puerta interrogó al guardia.

Nadie debía abandonar la ciudad entre el final de las carreras y la cosecha del fruto del buah. Griselda era víctima de un error de la negligencia administrativa. Nadie se había acordado de informar al Señor del Espacio.

Él regresó en silencio por los senderos de la ciudad. Cuán bella le había parecido poco tiempo atrás. Cuán vacía y triste le parecía ahora.

Legó al salón principal poco después que entraron Madu y Lari en su silla de ruedas.

Era extraño que el deseo germinal que sentía por Madu se hubiera agostado como una flor en la escarcha.

Kuat entró, riendo.

Una pregunta torturaría durante más de dos siglos al señor Kemal. ¿Cuándo el fin justificaba los medios? ¿Cuándo la ley era absoluta? En su mente veía a Griselda brincando sobre dunas y llanuras, una Madu tan inocente como el alba, Lari bailando bajo una luna sin sol.

—¡Dju-di! —pidió Kuat.

Madu avanzó grácilmente hacia la mesa baja. Recogió el ánfora de dos orificios. El señor Kemal vio, a través del lenguaje mental de A'duard, que el jugo de pisang era vertido en el fluido ambiótico de los muertos diehr. Pronto estarían muertos de veras.

Kuat rió. —Hoy gané todas mis apuestas.

Desvió los ojos, de Madu hacia el de Madu se movió de un orificio al otro.
 señor Kemal. El señor Kemal no hizo nada en
 Casi imperceptiblemente, el pulgar la noche sin fin.

Título del original en inglés: *Down to a Sunless Sea.*

© 1975 by Mercury Press, Inc. Traducción de Néstor Dietrich.

Publicado por acuerdo con el agente del autor, Scott Meredith Literary Agency,
 845 Third Ave., Nueva York, N.Y. 10022, USA.



Carlos Gardini
 LA PERSISTENCIA DE
 LAS VISIONES

A mediados de los años 70, en un artículo publicado junto con una antología de premios Nebula, el crítico australiano Peter Nicholls* comentaba que el Imperio de la Ciencia Ficción sufría una crisis profunda: bárbaros hirsutos habían invadido las fronteras, algunas provincias amenazaban con separarse, por todas partes corrían rumores de traición. El Imperio, declaraba Nicholls, estaba en

* Peter Nicholls, "1975: The Year in Science Fiction or Let's Hear It for the Decline and Fall of the Science Fiction Empire!", en *Nebula Award Stories 11*, compilado por Ursula K. Le Guin (Gran Bretaña, Victor Gollancz, 1976).



JOHN VARLEY: *La persistencia de la visión* y *En el salón de los reyes marcianos (The Persistence of Vision)*; traducción de Domingo Santos; Martínez Roca, Barcelona, 1984.

franca decadencia. Pero se apresuraba a añadir: "Ya veo que algunos de ustedes palidecen y piden un trago fuerte, pero no hay que preocuparse. La decadencia no es algo tan tremendo. Mucha gente lo pasa muy bien mientras se produce la decadencia, que a menudo es un estímulo para la creatividad de los artistas. De cualquier modo, si los imperios no se desmoronan, todos estaríamos sometidos a algún mandamás que vive demasiado lejos para entender nuestros problemas." Por cierto el Imperio ya no es lo que era antes, y la decadencia aún causa escándalo y alarma. Muchos admiradores de la ciencia ficción tradicional —con una actitud asombrosamente conservadora en aficionados a la "literatura del cambio"— miran con recelo a los autores que han recurrido al género, como decía Michael Moorcock, "por sus metáforas antes que por sus racionalizaciones prospectivas". Algunos llegan a afirmar, con un celo por la ortodoxia más propio de un burócrata que de un lector, que esos autores no escriben "verdadera" ciencia ficción. Después de todo, como recordaba el mismo Nicholls, "ciencia ficción" es un término inventado por los editores para vender revistas y libros, y no siempre lo emplean con coherencia, hoy día menos que nunca". Por suerte, el Imperio es mucho más complejo y dinámico de lo que quieren los clasificadores, y hay zonas intere-

santes tanto en las fronteras donde operan bárbaros como Brian Aldiss o Stanislaw Lem como en las regiones centrales y tradicionalmente dominadas por figuras como Arthur C. Clarke o Fred Hoyle. Las Edades de Oro son siempre ilusiones agradables, pero la realidad nos aconseja no pensar en términos excluyentes.

En la misma época que Nicholls hacía esa evaluación entusiasta de la crisis, el joven norteamericano John Varley empezaba a demostrar lo que aún podía hacerse desde el centro del Imperio. Este escritor, nacido en 1944 y diplomado en física en la Universidad de Oregón, ha sido saludado por Isaac Asimov como una suerte de nuevo Robert Heinlein. Se trata, por decirlo de algún modo, de un tradicionalista innovador.

Sus relatos emplean un repertorio convencional de máquinas pensantes, seres simbióticos, colonos de otros mundos y presencias extraterrestres, con una rigurosa atención al detalle científico-tecnológico, pero no hay solemnidad ni afán didáctico, sino una narración despojada donde los personajes no ocultan las partes pudendas de sus sentimientos. Varley inició su carrera literaria en 1974 y ha publicado novelas (*The Hophiuchi Hotline* —arbitrariamente traducida como **Y mañana serán clones—**, **Tián, Wizard, Demon**) y libros de cuentos (*The Persistence*

of Vision, *The Barbie Murders*). **La persistencia de la visión** y **En el salón de los reyes marcianos** constituyen la versión castellana en dos volúmenes de *The Persistence of Vision*, publicado originalmente en 1978. El primero de ellos contiene una novela corta y tres cuentos ("La persistencia de la visión", "En el cuenco", "Cantad, bailad", "Perdido en el banco de memoria") y el segundo está integrado por cinco cuentos ("En el salón de los reyes marcianos", "El fantasma de Kansas", "Incurción aérea", "Verano retrógrado", "El paso del agujero negro"). Aunque se trata de relatos independientes, la mayoría de ellos están ambientados en el mismo mundo, y por lo tanto cada cual enriquece a los demás.

En ese mundo futuro ideado por John Varley, los seres humanos han sido expulsados de la Vieja Tierra por unos misteriosos Invasores, pero han colonizado el sistema solar. En lugar de los desconformes imperios galácticos, Varley ha preferido ceñirse a una medida más familiar para presentar descripciones veristas de nuestros mundos vecinos. Cada colonia del sistema ha desarrollado, desde luego, características propias: los lunarios viven reclusos en cavernas subterráneas, los habitantes de Venus pueblan con hologramas sus inhóspitos desiertos, parejas simbióticas hombre-planta viven en los anillos de Saturno. La ma-

nipulación genética y el trasplante de órganos son tareas rutinarias, y por lo tanto el prestigio social de los médicos no es mayor del que en nuestra sociedad tienen los mecánicos o los electricistas. Parques llamados disneylandias reproducen paisajes originales de la Tierra, y los humanos se recrean nostálgicamente en el disneylandia de Kansas, el disneylandia de Kenya o el disneylandia del Sahara. Se ha conquistado una forma dudosa de inmortalidad: la personalidad de los individuos se graba en cubos de memoria que luego se insertan en un cuerpo clónico. El arte ambientalista maneja los factores climáticos para crear sensaciones estéticas con las lluvias y los vientos. La alta tecnología ha alterado radicalmente ciertos usos y costumbres: un asesino puede ser enjuiciado por su víctima resucitada; una persona disconforme con su sexo puede "Cambiar" para modificarlo; el concepto de paternidad masculina ha perdido sentido en un mundo donde se practica la inseminación artificial y el transsexualismo; los hijos pueden divorciarse de sus madres. Estaciones espaciales intentan captar los mensajes que una desconocida raza alienígena envía desde una zona lejana de la galaxia, la Línea Ofiaca. La mayoría de esos mensajes son indescifrables, pero el resto ha sido la clave para hallazgos tecnológicos fundamentales. La manipulación genética y electrónica de los seres

humanos no ha desplazado el amor sexual; por el contrario, ha multiplicado y enriquecido el jardín de las delicias: una traviesa ninfa intenta seducir a un turista para transformarlo en padre adoptivo o amante; un hombre perdido en la memoria de un ordenador desea ardentemente a la muchacha que controla la máquina; una empresaria hace el amor con una pareja simbiótica para recorrer un camino inexplorado del arte musical; un hombre y una mujer que trabajan en sendas estaciones espaciales se excitan mutuamente con mensajes holográficos, anhelando el momento de poder tocarse de veras; una mujer resucitada en un cuerpo clónico se enamora de alguien que es, literalmente, la versión masculina de sí misma. El avance tecnológico, sin embargo, no ha satisfecho ciertas apetencias elementales. Dice la mujer resucitada, consciente de que pese a toda una parte de sí misma ha muerto: "¿Por qué hacemos esto? Sinceramente, no lo sé. Supongo que el ansia humana de vivir eternamente es tan fuerte que nos aferramos incluso al más decepcionante sucedáneo. Hubo un tiempo en que la gente se hacía crionizar cuando moría, con la esperanza de ser descongelada en un futuro, cuando los seres humanos supieran cómo invertir el proceso de la muerte. Contemplen la Gran Pirámide en el disneylandia de Egipto si desean comprobar el auténtico tamaño de esta ansia."

Visiones tradicionales de la ciencia ficción han persistido con nuevos ropajes en los mundos de Varley. También han persistido las visiones tradicionales de otro arte popular, el cine. Así describe una ambientalista los contornos de un disneylandia: "Era como caminar por la parte de atrás de unos estudios de cine. Todo el paisaje estaba comprimido en una sola dimensión, y las collinas frente a mí estaban pintadas en bajorrelieve. Se suponía que todo aquello tenía que ser visto a distancia." Pese al exotismo tecnológico, hay un aire familiar en esos ámbitos y personajes que evocan situaciones típicas de Hollywood. En el gran set cinematográfico de un futuro a veces siniestro, Varley pone a sus personajes en apuros, pero ellos, como en las más edificantes historias de "acción positiva", siempre salen airosos. En ese mundo espectacular pero hostil, el hombre tiene dos herramientas, la tozudez y la ciencia: "Fuera o no posible la supervivencia, era necesario mantener la ilusión de que sí lo era. De otro modo, mejor abrirse las venas. Mejor no haber nacido siquiera, ya que la vida es una inevitable y fatal lucha por sobrevivir" ("En el salón de los reyes marcianos"). Y el tema de la supervivencia se enlaza, desde luego, con otra tradición de los Estados Unidos, el Mito de la Frontera: "No será fácil, pero como norteamericanos debéis estar orgullosos de vuestra herencia de pioneros. Vues-

tros antepasados sobrevivieron, y lo mismo haréis vosotros" ("Incusión aérea"). Una limitación de los futuros de Varley es que en cierto modo son cando-rosamente norteamericanos, típicos del país que creó una de las formas contemporáneas de la épica, el *western*, y que hoy, en una apelación publicitaria al espíritu aventurero de sus habitantes, llama Frontera Alta al espacio orbital.

Algís Budrys define a John Varley como un hombre que no gusta hablar de sí mismo ni de lo que escribe, pues prefiere que sus historias hablen por él. Es indudable que esas historias hablan, aunque algunas de ellas producen una sensación semejante a la de los hologramas que pueblan sus paisajes: la ilusión es convincente, pero insustancial. Pese al sólido oficio de Varley y su innegable talento para capturar al lector, la mera efica-

cia supera con frecuencia a la magia. Aún así, deben destacarse en estos dos volúmenes por lo menos un par de relatos excepcionales: "Incusión aérea", la historia de un singular grupo comando de viajeros del tiempo, y "La persistencia de la visión", que obtuvo los premios Hugo y Nebula en 1978. Esta novela corta es, por una parte, una variante del tema de la supervivencia que tanto obsesiona a Varley: una comunidad de sordociegos, en lugar de dejarse vencer por sus limitaciones, las transforma en claves para un nuevo código social, una nueva forma de sensualidad y, en definitiva, una nueva visión del mundo; también es una relectura de un clásico cuento de H. G. Wells, "El país de los ciegos", de 1904. La comparación de ambos textos no sólo revela las diferencias entre dos escritores individuales sino, en un sentido más general, un cam-

bio radical en la valoración del prójimo y el extraño.

H. G. Wells situaba su historia en un rincón del Perú, que para él era una región exótica, y la contaba casi como una leyenda. Varley sitúa su comunidad de sordociegos en los Estados Unidos de un futuro cercano, envueltos en una reconocible crisis económica y social, y cuenta la historia en primera persona, desnudando las reacciones más viscerales del protagonista. El desenlace de Wells nos devuelve tranquilizadamente a nuestra visión habitual del mundo. Varley, junto con su época, prefiere desconfiar de los valores rígidos y guiarnos hacia una experiencia más inquietante. Las visiones han persistido, pero las imágenes son más turbulentas. El Imperio de la Ciencia Ficción no es una zona estable, y las convulsiones han llegado aun a su propio centro.

Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto 1º 531, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto 1º 531, teléfonos 362-2128/7364/7496. Fotocomposición: Estudio Fotoarte, Pilcomayo 782, 1er. Piso, Of. 3, teléfonos 362-1124/2165. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1986, Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina.

Esta edición de 3000 ejemplares, se terminó de imprimir en Impresiones Sudamerica, Atuel 666, Capital Federal, en el mes de marzo de 1986.

LA IMAGINACION

Los nueve primeros títulos de una colección que abarcará los mejores textos de ficción especulativa escritos en castellano.

